

DOS
semanas
y una noche

WHITNEY G.

Phoebe

WHITNEY
G.

DOS
semanas
y una noche

Traducción de María José Losada



Phoeba

Título original: *Two Weeks Notice*

Primera edición: noviembre de 2019

Copyright © 2018 by Whitney G.

Published by arrangement with Brower Literary & Management

© de la traducción: María José Losada Rey, 2019

© de esta edición: 2019, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-47-4

BIC: FRD

Ilustración y diseño de cubierta: CalderónSTUDIO

Fotografía: Dean Drobot/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

DOS MESES DESPUÉS

6

6 (B)

SEIS MESES DESPUÉS

7

8

9

10

DOS AÑOS COMPLETOS DESPUÉS

11

12

13

14

15

15 (B)

16

17

17 (B)

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

UNA SEMANA DESPUÉS

33

34

DOS SEMANAS DESPUÉS

35

36

TRES SEMANAS DESPUÉS

37

38

39

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*A mis lectores.
Gracias por traerme de vuelta a mi lugar de origen.
Amor y F. L. Y.
Whitney G.*

PRÓLOGO

TARA

«Los ganadores nunca se rinden, y los que se rinden nunca ganan...».

Ojalá me hubieran dado un dólar por cada vez que mi madre me había dicho esas palabras: en este momento me encontraría bebiendo vino en mi propia isla privada en la costa amalfitana.

Cuando me puse a llorar porque odiaba el ballet, me embutió los pies en esas horribles zapatillas de color rosa y me obligó a ir a practicar. Cuando le dije que quería cambiar la especialidad de «empresa» por «algo más creativo», me amenazó con no pagarme la matrícula. Y cuando le comuniqué que estaba a punto de decirle a mi primer jefe de verdad que se fuera a la mierda, solo suspiró y me dio consejos certeros y de eficacia demostrada.

Había insistido en que mi reacción a todos los correos electrónicos que tenía que enviarle de noche no eran más que «un derroche de quejas», que mis gritos de odio encajaban más en «admiración inapropiada» y que todas las veces que me había hecho trabajar más de cien horas a la semana eran «algo necesario para forjar mi carácter».

Pero después de dos largos años trabajando para él, por fin he aceptado que nada de eso es verdad.

Preston Parker es mi jefe, y también es imbécil. Punto. Fin de la discusión.

Mi madre puede decir que me estoy rindiendo todas las veces que quiera, pero nunca se imaginará lo que es trabajar para un hombre así. Un tipo cuyo ego es más grande que el de todos los hombres de Nueva York y Las Vegas juntos.

Sí, cualquier mujer moja las bragas al oírle pronunciar una sola sílaba con esa boca perfectamente moldeada y hecha para besar. Sí, sus profundos ojos —de un tono entre verde esmeralda y gris— son sin duda impresionantes, y la forma en la que hace que parezca que cualquier traje ha sido confeccionado especialmente para él nunca deja de sorprenderme.

Pero ya he tenido más que suficiente.

Ya no puedo seguir trabajando para él, y por fin estoy redactando el preaviso de dos semanas que debería haber escrito el primer mes que trabajamos juntos. No, el primer mes no, la primera semana.

Sin embargo, estoy adelantando acontecimientos. No puedo comenzar esta historia desde el amargo final o la miserable mitad. Tengo que empezar desde el desafortunado principio...

UNO

PRESTON

«EL MUY DESAFORTUNADO PRINCIPIO...».

La mejor parte del día siempre eran para mí las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada, pues era el raro momento en el que Nueva York está tranquila y silenciosa, cuando se puede dar un paseo por las calles y admirar todos los edificios que han tenido la suerte de llevar mi apellido.

Estaba la Parker & Rose Collection, que poseía un espacio en cada manzana del centro de Manhattan, The Grand Alaskan, que daba alojamiento a los clientes vip con una incomparable privacidad, y mi hotel favorito de todos, el que había arrebatado al Waldorf Astoria el trono de los hoteles de lujo de la Gran Manzana por décimo año consecutivo: The Grand Rose, en la Quinta Avenida.

Era mi hotel número cien, el décimo en Nueva York. Era la razón por la que sabía que Manhattan era mía y siempre lo sería. Todos los hoteles de lujo de la ciudad quería tener mi toque, y las recientes reformas en el Hilton y el Marriott no eran más que malas imitaciones. Yo había inventado el toque moderno de la marca de lujo, y todos los demás se habían limitado a tomarlo prestado.

—Los periódicos del día, señor. —El chófer me los entregó cuando abrió la puerta trasera del coche que usaba en la ciudad—. Hoy hay titulares interesantes.

—Lo dudo mucho.

Abrí el primero mientras él se incorporaba al tráfico, y gemí al ver aquellas audaces palabras en negrita:

MÍSTER NUEVA YORK – RUMORES

Preston Parker, de hoteles Parker, al que hemos nombrado «Mister Nueva York» por octavo año consecutivo, ha sido sorprendido saliendo de su ático del lujo con la *top model* Yara Westinghouse. Y esto ha sido días después de que lo vieran con Marsha Avery, y semanas después de disfrutar la compañía de Hanna Bergstrom.

Nuestro reportero lo detuvo delante del edificio donde se encuentra el ático para preguntarle si alguna de esas relaciones era seria, a lo que él respondió con un contundente «Abandone mi propiedad».

Como siempre, dudamos mucho que ese hombre llegue a establecerse con alguna mujer, pero consigue que la portada de octubre resulte impresionante.

EL IMPLACABLE MAGNATE PRESTON PARKER COMPRA LA CADENA HOTELERA SONOMA Y DESPIDE A TODA LA DIRECTIVA

El arrogante y despiadado hotelero Preston Parker ha llevado a cabo su jugada más cruel hasta la fecha. Una vez más, ha cortejado a una cadena hotelera durante meses, fingiendo que pretendía una fusión amigable con la marca, pero ha terminado por despedir —algo que no resulta sorprendente— a todos sus empleados. El equipo de prensa de Parker International ha revelado que los hoteles Sonoma pronto se convertirán en hoteles de lujo.

MÍSTER NUEVA YORK, PRESTON PARKER, TIENE UN HIJO SECRETO

Una mujer misteriosa que dice haber tenido una aventura de una noche con Preston Parker insiste en que su bebé de dos semanas es hija de él. Le pide quinientos mil dólares al mes en concepto de manutención e insiste en que él pague las facturas del hospital.

«¿Qué coño...?».

Lancé el último periódico a un lado y me concentré en los otros dos, negando con la cabeza al leer

cada palabra que no se ajustaba a la verdad. La absoluta desidia de aquellos titulares comenzaba a cabrearme.

Parecía que los periodistas estaban dispuestos a escribir cualquier cosa con tal de que les compraran sus diarios, y aún no me había enviado nadie un cheque con mi parte por todos los ejemplares que les ayudaba a vender.

En el pasado, era más que despiadado, pues destripar hoteles para asegurarme de que nunca compitieran con los míos y comprar propiedades para que no lo hiciera nadie antes era parte de mi trabajo, pero esa época había pasado. Estar en la cima del negocio hotelero durante más de una década significaba que ya no tenía que ser tan despiadado, y también que no tenía mucho que celebrar.

Las interminables fiestas en los yates que había adquirido y los extravagantes saraos en los áticos de mi propiedad habían perdido su atractivo con los años, y la única razón por la que me seguían viendo con *top models* era para despistar a los medios de comunicación de cualquier negocio que estuviera cerrando en secreto.

Si se preocuparan por mirar con un poco más de atención, se darían cuenta que mi vida en esos momentos era un permanente *déjà vu*; tanto era así que podía predecir todas las conversaciones que iba a tener con la gente, y ya nada me sorprendía. Me mantenía al margen, nunca hacía amigos, y vigilaba a todos mis enemigos.

Como la relación con mi familia era inexistente, me enterré en el trabajo, y esperaba que todos a mi alrededor hicieran lo mismo. Si era capaz de trabajar un mínimo de cien horas a la semana, ellos también podían. Si no necesitaba dormir, tampoco necesitaban hacerlo mis colaboradores.

Cuando por fin llegué a la sede de la empresa, me dediqué un segundo a admirar la P plateada y gris que estaba grabada en el centro del vestíbulo de mármol. Esperé un instante a ver si mi asistente ejecutivo se reunía conmigo con los informes matutinos que le había solicitado y mi café favorito, pero pasaron tres minutos y no apareció.

«Por supuesto...».

Irritado, subí en el ascensor hasta mi despacho, y la recepcionista principal de la planta, Cynthia, me saludó de inmediato.

—¡Buenos días, señor Parker! —Siempre estaba demasiado alegre para esas horas de la mañana—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Igual que ayer. ¿Tengo alguna llamada esperándome?

No me respondió, se limitó a sonreír mientras me miraba, clavando en mí sus grandes ojos castaños cada pocos segundos.

—¿Tengo alguna llamada esperándome o no? —insistí—. ¿Ha llegado documentación nueva para el asunto que cerraré esta mañana?

Siguió sin responderme.

—¿Hay alguna razón particular para que me mires así en lugar de responder mis preguntas?

—Contestaré a tus preguntas después de que respondas a las mías. —Bajó la voz—. Te envié un mensaje a tu teléfono privado la noche pasada. ¿Por qué no me has respondido?

—Porque bloqueé tu número hace tres semanas.

—Estaba tratando de enviarte una foto que me hicieron en vacaciones —explicó—. No llevaba nada más que un bikini.

—Espero una llamada del Rush Estate esta mañana. —Me negaba a continuar con esa conversación—. ¿Puedes asegurarte de que esté conectada a la segunda línea para que pueda grabarla, por favor?

—En la fotografía parezco una *top model* —dijo—. Acostumbrabas a salir con mujeres así, ¿verdad?

Al menos eso dicen las revistas de cotilleos.

—También estoy esperando una remesa de documentación y archivos del nuevo equipo de Berkley. Tienes mi permiso para firmar el parte del repartidor.

—Creo que ya es hora de que salgas con una mujer real, que coma patatas fritas, en lugar de con chicas que solo posan con ellas en las redes sociales, ¿sabes? —Contoneó las caderas y sonrió—. Y también creo que deberías darle una oportunidad a alguien cercano. Será diferente...

Le lancé una mirada de advertencia. Me largaba el mismo sermón cada dos días. Si ella no estaba coqueteando descaradamente conmigo, estaba intentando —sin conseguirlo— ponerme celoso. Y para ello fingía hablar con numerosos hombres por teléfono.

—Será mejor que la llamada de Rush me llegue por la línea correcta cuando sea el momento —le advertí—. Y tienes suerte de que tu trabajo sea irreprochable, Cynthia. De lo contrario, me vería obligado a ...

—¿Castigarme? —Sonrió—. Por favor, ¿podrías decirme exactamente en qué consistiría ese castigo?

«¡Dios!».

Me alejé y cerré la puerta de mi despacho. Era la recepcionista más joven de la compañía, y también era la mejor. Si hubiera tenido un título universitario en empresa o experiencia en temas legales, le habría dado la oportunidad de ser mi asistente ejecutiva.

Por otra parte, con ese coqueteo cada vez más temerario y descarado, lo mejor a largo plazo sería con toda seguridad mantenerla a distancia.

Me senté detrás del escritorio y me di cuenta de que no había ningún café colombiano esperándome. Ni tampoco notas escritas sobre las reuniones a las que debía asistir. Ni correos electrónicos explicándome por qué. En otras palabras, mi asistente se había vuelto loco.

Suspirando, abrí el correo electrónico para escribirle preguntándole cuánto iba a tener que esperar mi café y mis notas, pero un *email* de mi abogado apareció en ese momento en la bandeja de entrada.

ASUNTO: Tu nuevo asistente personal está en mi despacho (de nuevo)

Preston, por favor, ven aquí.

Ahora.

George Tanner

Abogado jefe de Parker International

El correo electrónico de George llegaba con puntualidad británica cada dos viernes, y lo único que cambiaba era a qué «nuevo asistente personal» se refería. Había pasado por tantos que los llamaba «Taylor» a todos, ya que nunca duraban lo suficiente como para que me aprendiera sus nombres reales.

Fui a su despacho y allí estaba mi último Taylor, sentado en el sofá. Vestido con un holgado traje azul que habría debido ir directo al contenedor de basura más cercano, tenía los ojos rojos e hinchados, y parecía que no había dormido desde hacía días.

—Venga, dile al señor Parker lo que me acabas de decir a mí —le animó George, entregándole un Kleenex—. Vamos...

El último Taylor me miró y emitió un largo suspiro.

—Señor Parker, estoy sobrecargado de trabajo y abrumado con todo lo que debo hacer por usted, señor. No puedo comer, no puedo dormir, y siento que este trabajo me está consumiendo.

—Empezaste a trabajar aquí hace dos semanas.

—Déjale terminar, Preston —me advirtió George—. No necesitamos problemas con Recursos Humanos, ¿verdad? —me murmuró luego por lo bajo.

—Es solo que me paso la vida... —Taylor soltó un sollozo—. Me paso la vida tratando de que usted quede satisfecho, y nunca es suficiente. Me suena el teléfono constantemente, la bandeja de entrada de mi correo electrónico nunca tiene menos de quinientos mensajes, y no creo que sepa cuál es mi nombre real.

No hice ningún gesto.

Se limpió la cara con la manga.

—Cuando mi novia viene a casa, tiene que oírme llorar toda la noche por el agobio del trabajo.

—¿Todavía tienes novia después de que te vea llorar todas las noches?

George me lanzó una mirada penetrante, y me crucé de brazos.

—Aprecio la oportunidad que me ha dado, pero incluso a pesar del alto salario que ofrece, no es suficiente para mí. Presento mi dimisión formal a partir de hoy mismo.

—La mayoría de los empleados suelen hacer esto por escrito, a través de un preaviso de dos semanas —repose—. No veo qué necesidad había de que viniera aquí a ver tus patéticas lágrimas.

—Lo que el señor Parker quiere decir es que acepta tu renuncia. —George negó con la cabeza mirándome con expresión reprobadora—. Y dado que queremos asegurarnos de que podemos facilitarle sus funciones al próximo asistente, ¿ha habido algo que él haya hecho que te haya provocado sentirte incómodo? ¿Algo que podamos mejorar para la próxima vez?

—Sí. —Asintió con la cabeza—. La semana pasada me pidió que actualizara su móvil personal.

—Oh, ¡qué horror...! —comenté con ironía, mirando el reloj.

—Fue horrible, señor. No se imagina lo que decían algunos de esos viejos mensajes, mensajes de muchísimas mujeres diferentes... Francamente, me han asustado.

—¿Qué decían exactamente esos mensajes? —preguntó George.

—Es demasiado... —Taylor apartó la vista de mí—. «Mi coño te echa de menos...». «¿Por qué ya no vienes por aquí a clavarle tu polla?». «Tienes la polla más grande que he chupado... ¿Puedo comértela de nuevo?». «Nunca me habían follado como...».

—Vale, ya es suficiente. —Resistí el impulso de poner los ojos en blanco—. Muchas gracias por el trabajo que has realizado aquí, en Parker International, Taylor. Estoy seguro de que nadie te echará de menos.

—Me llamo Jim. Y esa es exactamente una de las razones de mi renuncia.

—Estás dejando el trabajo porque eres un incompetente. —Saqué el móvil y envié el correo electrónico estándar «Otro que se rinde» a Recursos Humanos—. Puedes recoger el finiquito y el último sueldo en el sótano.

Se echó hacia delante y le dio un abrazo a George, un abrazo que duró varios segundos más de lo necesario, y luego se fue hacia la puerta.

En cuanto esta se cerró, George soltó un suspiro.

—Bueno, estaba seguro de que un graduado en Harvard podría conseguir lo que muchas de tus decepciones anteriores no pudieron lograr. ¿Sabes que eres el único director de la industria hotelera de lujo que no puede decir el nombre de su asistente personal?

—Solo sé que soy el director que más éxito tiene en la industria hotelera de lujo. —Me acerqué a las ventanas—. Y eso es lo que más me importa en este momento.

—Si tú lo dices... —replicó, aclarándose la garganta—. Antes de que empecemos a abordar este problema interminable, tenemos que hablar sobre el último cambio. —Se paseó por la habitación—. No entiendo por qué has decidido ofrecer de regalo desayunos *gourmet* en algunos de los hoteles. No

estás dirigiendo un Hampton Inn.

—En un Hampton Inn no sirven desayunos *gourmet*.

—Ya sabes a lo que me refiero, Preston. Los hoteles de lujo son de lujo debido al hecho de que los huéspedes pagan por todo. Cuantas más estrellas y ganancias para nosotros, menos cosas gratis para ellos.

—Es solo un experimento —expliqué—. Además, parece estar funcionando. Los ingresos han aumentado en un diez por ciento.

—Bueno, con suerte, esa medida durará más que el próximo asistente. —Me lanzó una carpeta azul brillante.

—¿Qué es esto?

—Es el último *curriculum vitae* que hemos recibido, y la carta de presentación correspondiente —dijo—. Es de una chica, y me he tomado la libertad de elegirla; puedo garantizarte que durará más de unos meses.

Hojeé el documento, e inmediatamente supe que no duraría más de una semana. Era como todos los asistentes que él me había recomendado antes. Estudios en la Ivy League y años de experiencia en gestión hotelera... Sí, parecía totalmente destinado al fracaso. Incluso la declaración personal de por qué quería trabajar para mí me sonaba como una campanilla familiar que anunciara un inminente fracaso:

«Realmente creo que puedo ayudar a que Preston Parker sea mejor director convirtiéndome en la mejor asistente personal que haya contratado».

Nunca se lo había mencionado a George, pero me parecía muy irónico pensar que yo había subido de rango en la industria hotelera antes de obtener mi título universitario en dirección de empresas, y que los primeros hoteles de los que me había hecho cargo alcanzaron el éxito gracias a mis ganas y desesperación por destacar, nada más.

«¿Por qué nunca nos habíamos arriesgado con alguien así?».

—Como puedes ver, esta chica se graduó en Yale como la mejor de su clase. —George sonrió mientras hablaba, diciendo lo mismo que había dicho cientos de veces antes—. No solo ha trabajado en la industria hotelera durante más de diez años, sino que también ha pasado mucho tiempo en los departamentos de marketing de las cadenas Hilton, Marriott y Starwood. Creo que deberías elegirla para conseguir que te dé consejos sobre la competencia.

—Llevo de número uno diez años. No tengo competencia.

—La tendrás si no empiezas a preocuparte por ello. —Gimió por lo bajo—. En algún momento debes aceptar que necesitas ayuda para poder mantener la empresa en funcionamiento. Y de alguien que no solo pueda echarte una mano en el despacho, sino que también pueda ir en tu lugar a las reuniones cada vez que decidas tomarte un descanso o, Dios no lo quiera, unas vacaciones, como una persona normal.

—Vale. —Cerré la carpeta y se la entregué—. Será una chica. Dame unas semanas para seleccionarla y la probamos, y si no funciona, dejaré que la siguiente la elijas tú.

—Muy bien —convino—. Sin embargo, quiero estar presente en todas las entrevistas.

—¿Por qué? ¿No confías en que pueda hacerlo bien?

—¿Ahora que sé que las mujeres te envían mensajes de texto hablándote de sus coños, y que quieres que tu próximo asistente sea una mujer? ¡Ni hablar!

Dos

PRESTON

UNAS SEMANAS DESPUÉS...

«Por favor..., que no me esté haciendo falsas expectativas...».

—¿Puede hablarme un poco sobre su experiencia previa en 'Toys 'R' Us, señorita Jackson? — pregunté a la pelirroja que estaba sentada delante de mí—. Su currículum informa de que ha estado al cargo del departamento de ventas.

—Bueno, sí. —La joven sonrió—. Mmm..., me encargaba de parte de la contabilidad y de los envíos internacionales.

Hice tamborilear los dedos contra el escritorio. Hasta ese momento, aquel era un historial impresionante, pero había algo que no encajaba. Ella se sonrojaba cada vez que sus ojos se encontraban con los míos —típico—, pero cuando le hacíamos una pregunta, se miraba la palma de la mano como si hubiera escrito en ella una chuleta.

«¿Quién demonios necesita una chuleta para una entrevista?».

—Lamento que la compañía se haya visto obligada finalmente a cerrar las puertas —comentó George—. ¿Qué crees que puedes aportar de tu trayectoria en el mundo del juguete al mundo hotelero?

—Mucho. Tengo mucha experiencia asegurándome de que los clientes queden satisfechos, y también garantizando que se cumplan los objetivos de ventas mensuales y se brinde un servicio de alta calidad.

George asintió, algo complacido.

—¿Coincidiste alguna vez en un proyecto con mi buen amigo Tim Lause?

—¿Con quién?

—Con Tim Lause —repitió—. Era el jefe de ventas. Si has estado en ese departamento, habrás trabajado al menos en algunos proyectos con él, ¿no?

—¡Oh, sí! Correcto. Exactamente. He colaborado en muchos proyectos con el señor Lause.

—¿Podrías decirnos de qué tipo eran esos proyectos? —le pregunté—. ¿Puedes contarnos algunos detalles reales?

—Oh..., mmm... —Empezaron a ponerse rojas las mejillas, y volvió a mirarse la palma de la mano—. Es que yo... Ah..., eh...

—Nos sentimos muy impresionados de que conozca todas las vocales, señorita Jackson —dije—, pero estoy más interesado en los detalles de sus proyectos anteriores.

No dijo nada.

—¿Tengo que repetir la pregunta? —pregunté—. ¿O es que no entiende lo que significa «proyectos anteriores»?

—Vale, vale, está bien, mire. —Abrió mucho los ojos al tiempo que se sentaba—. Solo he puesto a Toys 'R' Us en el currículum porque se han declarado en quiebra, y he pensado que no habría forma de que pudieran llamar para pedir referencias. Por lo general, menciono otras empresas más pequeñas en el apartado de trabajo actual, y supongo que debería haber hecho lo mismo en esta ocasión.

¡Maldición!

—Entonces, ¿nunca has trabajado en Toys 'R' Us? —preguntó George.

—Era muy buena cliente.

—¿Tienes de verdad el título de Derecho de Yale?

—No, pero he asistido a uno de sus cursos de verano cuando estaba en el último curso del instituto.

—Nos miró a uno y a otro—. Obtuve unas notas perfectas. Y antes de que pregunten, no he mentido sobre lo buena que soy en atención al cliente. Pregúntenle a mi jefe en Starbucks. Nadie hace un café con leche de calabaza como yo.

—Ya hemos terminado. —Cerré el currículum—. Puedes marcharte.

—¿Me llamarán para una segunda entrevista?

Le lanzamos una mirada significativa.

—¿Eso quiere decir que no?

—Claro que quiere decir que no. —Señalé a la puerta—. Fuera. Ahora mismo.

Lanzó un resoplido mientras cogía su bolso, y cerró la puerta al salir.

—Como estés pensando en llamarla para una segunda entrevista... —dijo George.

—En lo que estoy pensando es en pasarle una factura por hacerme perder el tiempo.

Cuando estaba borrando su nombre de la lista, una de las chicas de contabilidad, Linda, entró en el despacho.

—Lamento molestarlo sin haber pedido cita, señor Parker —dijo—. Pero acabo de volver a calcular los informes de pérdidas y ganancias de The Grand Rose Hotel.

—¿Y?

—Parece que esas pérdidas recientes no llevan a nada en particular, y que son bastante asumibles. Unos cinco mil dólares al mes. —Se acercó y me entregó una hoja con todas sus anotaciones.

Apreté los dientes. Ninguna pérdida era «asumible» en mi empresa; necesitaba saber siempre a dónde iba cada centavo.

—¿Debería suponer que alguien me está robando? —pregunté.

—Todo lo contrario, señor. El director del Grand Rose está seguro de que las pérdidas se deben a un cliente. En realidad, dice que se deben a un «no cliente».

George y yo intercambiamos una mirada, y supe, sin lugar a dudas, que algún miembro de mi personal estaba mintiendo y robándome. Había pensado que, al arruinar de forma personal las carreras de las últimas personas que se atrevieron a robarme, nunca más tendría que preocuparme por eso otra vez, pero alguien estaba a punto de recibir un duro recordatorio de lo despiadado que podía llegar a ser.

—Díales que me personaré allí la semana próxima para que puedan explicarme de una forma concluyente cómo un «no cliente» puede robarme miles de dólares sin enterarme —dije con la sangre hirviendo en las venas—. Díales que quiero que imprima hasta el último papel, y si no se encuentra justificación de cada centavo, los despediré a todos y me aseguraré de que nunca vuelvan a trabajar en esta ciudad. También te despediré a ti si descubro que los estás cubriendo. ¿Necesitas decirme algo más?

—No. —Tragó saliva y se fue hacia la puerta—. Eso ha sido todo, señor.

Revisé todos esos números mentalmente mientras golpeaba el escritorio con los dedos.

«Cinco mil dólares al mes multiplicado por doce meses son sesenta mil dólares al año. Si logran repetir esa hazaña en otras cuatro propiedades, sumaría casi un cuarto de millón. ¿Quién demonios pensaría que no los pillarían al hacer eso?».

—Tengo una idea, Preston. —George me arrancó de mis pensamientos—. Bueno, dejando aparte el

hecho de que has amenazado con despedirla, ¿por qué nunca le has pedido a Linda que sea tu asistente personal?

—Le ofrecí el puesto, y ella lo rechazó. Me dijo que ya la hago beber, y además su marido no quiere que pase demasiado tiempo conmigo.

—Vale, ¿y Cynthia?

—Cynthia tiene solo veinte años. —«Y quiere follar conmigo».

—Bueno, quizá podría madurar en el puesto. Tú tenías solo veinte años cuando compraste el primer hotel, y mira cómo transformaste aquella ruina en un lugar de referencia. Mira cuánto has avanzado en los diecinueve años que han pasado desde entonces. Quizás Cynthia sea la próxima Preston Parker en ciernes.

—Te puedo garantizar que no lo es.

—¿No estás dispuesto a darle una oportunidad?

—Ni siquiera quiero pensar en darle una oportunidad.

—Bueno, pues yo creo que es una muy buena idea.

—Déjame demostrarte por qué no lo es. —Marqué la extensión—. Cynthia, ¿puedes venir a mi despacho un minuto, por favor?

—Con mucho gusto, señor Parker.

En cuestión de segundos, entró en mi oficina. Tenía las mejillas coloradas, y la falda, definitivamente, terminaba unos centímetros más arriba que antes.

—Oh. —Se detuvo en seco cuando vio a George—. Pensaba que me decía que viniera aquí para que pudiéramos estar solos. —Se aclaró la garganta—. ¿En qué puedo ayudarle, señor Parker?

—Como sabes, en estos momentos estoy buscando un nuevo asistente personal. Me preguntaba si estarías interesada en el puesto de forma interina si las próximas entrevistas no dan frutos.

—Oh, por supuesto. —Se mordió el labio inferior, sonrojándose aún más—. Si me convirtiera en su asistente personal, ¿significaría que sería su persona favorita para todo? ¿Y que, probablemente, pasaríamos mucho más tiempo juntos?

—Sí.

—¿Que tendríamos reuniones privadas y viajes de negocios nocturnos? ¿A solas?

—Sí.

—¿Que compartiríamos habitación de hotel cuando estuviéramos fuera de casa?

—En absoluto. Por lo general, mi asistente personal tiene su propia habitación cuando es necesario viajar.

—Bueno, no me atrevería a ser una molestia exigiendo una habitación propia. Me encantaría que se ahorrara el dinero, y en nuestra relación nada tendría que ser demasiado formal. —Se acercó con los ojos cada vez más abiertos—. Al menos, no al principio. Eso le facilitaría las cosas, haría que se tomara las cosas con calma, pero tengo que ser sincera y admitir que me gusta que sea más bien salvaje y duro. Si realmente nos llevamos bien, después de que sea su asistente personal durante unos meses, deberíamos hablar de...

—Vale, es suficiente. —George no la dejó terminar—. Gracias por tu tiempo, Cynthia. Ya te llamaremos si las próximas entrevistas no dan resultado.

—Sinceramente, espero que sea así. —Se lamió los labios como un animal muerto de hambre, y me sonrió antes de salir de la habitación.

Cuando ella cerró la puerta, George me miró.

—¿Está haciéndote proposiciones sexuales directas y todavía no la has despedido? ¿Por qué?

—Porque hace un trabajo excelente. Además, es una de las pocas personas del equipo que no llora

cada vez que le pido varias cosas a la vez.

—Tomo nota. —Cogió el ordenador portátil y lo puso en el borde de mi escritorio—. Antes de ponernos con los negocios de hoy, quería preguntarte una cosa. ¿Vas a ir a casa a ver a tu familia estas fiestas? Sé que normalmente no lo haces, pero estoy cuadrando tu agenda y me gustaría saberlo con tiempo.

—Yo no tengo familia —dije secamente—. Ya hemos discutido esto antes.

Por muy bien que me llevara con George, las discusiones sobre mi familia (o la falta de ella) estaban prohibidas. Nunca hablaba de ella con nadie, y eso era algo que no iba a cambiar.

—Ya sé lo que piensas de este tema, pero yo... —Cambió de tercio cuando vio la expresión de mi cara—. De acuerdo, estos son los datos del último estudio.

Me mostró sus últimos hallazgos y se centró en las cuestiones que quería discutir, y después de cuatro horas de internarnos en las ramificaciones legales del último contrato, abandonó mi oficina.

Todavía inquieto, y con ganas de ocupar mi tiempo con el trabajo, le pedí a Linda que me enviara un correo electrónico con los números contables finales del Grand Rose para poder estudiarlos por mí mismo. En el momento en que terminé de volver a calcular el déficit, supe que algo no encajaba.

Todas las pérdidas habían tenido lugar los tres mismos días de la semana, y por la razón que fuera, todas habían ocurrido por la mañana. Miré la tabla donde estaba anotado el dinero en efectivo y vi que todos los asientos correspondían a esas fechas.

Hirviendo de ira, pedí a Recursos Humanos que preparara el despido de la directiva en bloque, y le dije a George que pusiera al equipo legal a preparar una demanda.

Luego cogí el teléfono y llamé al hotel directamente.

—Soy Preston Parker. Iré por ahí mañana para despedir a quien sea que me haya estado robando.

TRES

TARA

Era oficial: no había nada peor que ser joven, estar en la ruina y sin trabajo en Nueva York.

Nada.

Me quedaban exactamente quince dólares y cuarenta y ocho centavos en la cuenta. Cada día suponía una lucha para llegar al siguiente, y sabía que si no conseguía un trabajo pronto, me quedaría sin hogar.

Los títulos que había conseguido en la universidad podrían estar impresos en papel higiénico, porque hasta ahora no habían servido para nada. Era como cualquier otra chica que se hubiera trasladado aquí después de licenciarse en la escuela de Derecho, llena de esperanzas y sueños. Lo primero fue darme cuenta de que el apartamento de mis sueños en Manhattan iba a tener que ser un estudio compartido en Brooklyn, y que el trabajo que pretendía encontrar en una compañía Fortune 500 se había convertido en ser escritora *freelance* de fantasmadas tipo *Castigada por el primo del padre de mi bebé* por algunos cientos de dólares.

Aunque había logrado concentrar cuatro o cinco entrevistas por semana, casi nunca me llamaban. Solo me enviaban fríos rechazos por correo electrónico.

En los seis últimos meses había solicitado más de trescientos empleos, y todas las noches, entre lágrimas y un tazón de fideos *ramen*, seguía haciendo búsquedas en Google para averiguar si era posible demandar a la universidad si no conseguías un trabajo después de graduarte.

Había estado a punto de volver a casa, en Pittsburgh, pero mi orgullo no me lo había permitido. Había trabajado demasiado duro para rendirme ahora, y sabía que alguien acabaría contratándome.

«Los que se rinden nunca ganan, y los ganadores nunca se rinden, Tara. Te aseguro que hoy vas a conseguir el trabajo», murmuré para mis adentros mientras me recogía el pelo en una coleta de lado. Me miré en el espejo por última vez, asegurándome de que el vestido azul marino no estuviera arrugado, y luego cogí el bolso y abrí la ventana a la escalera de incendios.

Cuando ya estaba fuera, saqué un puñado de paquetitos de condones del bolso y los alineé en el fondo del alféizar antes de apoyar encima con suavidad la ventana para poder volver a abrirla más tarde. Mi compañera de piso y yo teníamos un retraso de una semana en el pago del alquiler, y necesitábamos tener acceso a nuestras pertenencias en caso de que el propietario decidiera echarnos.

—¿Estás ahí, Tara? —Se oyó una voz ronca al otro lado de la puerta mientras bajaba la escalera de incendios—. ¿Estás roncando, Ava? ¿Dónde está mi maldito dinero?

No respondí, seguí bajando lo más rápido que pude y eché a correr hacia la estación de metro más cercana en el momento en que puse los pies en la acera. Bajé los escalones del metro y me salté el turno justo a tiempo de tomar el tren C a Manhattan.

Me agarré a una barandilla, y cerré los ojos cuando el tren se precipitó hacia adelante. Respiré hondo y repasé las líneas que había estado ensayando durante las últimas dos horas.

«Quiero trabajar en la Compañía Russ de Valores porque creo que seré un gran activo para la empresa. He estado investigando, y he creado una presentación sobre cómo creo que podemos competir con las demás empresas, y si me dan una oportunidad, puedo prometerles que no se arrepentirán. Por favor, solo denme una oportunidad...».

—Próxima parada, Manhattan —dijo el altavoz del tren, haciéndome volver a la realidad.

Cuando se abrieron las puertas, salí pitando y me dirigí a las calles llenas de gente, para coger el próximo medio de transporte: el Grayline Tour Bus.

Tras ponerme unas gafas de sol, saqué un billete viejo del bolsillo y se la mostré al conductor.

—Bienvenida a bordo, señorita —me deseó el hombre—. Disfrute del recorrido.

—Gracias.

Tomé asiento cerca de la parte de atrás y comencé a mover el pie llena de nerviosismo, esperando que no pasara nadie y comprobara que mi ticket tenía dos marcas en vez de una. Varios turistas subieron y ocuparon los asientos que había a mi alrededor. Solté un suspiro.

—¡Bienvenidos todos a la Gran Manzana! —El guía turístico se detuvo en el medio del pasillo cuando el autobús se puso en marcha—. El *tour* de hoy nos llevará a través de Times Square, Broadway y hasta el río Hudson. Nos detendremos en algunos puntos de referencia en el camino, pero antes de que pueda comenzar a entretenerles con chistes terribles e informarles sobre la gran historia de nuestra ciudad, necesito escanear todos los tickets. Por favor, ténganlos a mano.

«¡Mierda!».

Me moví en el asiento, esperando que pasara junto a mí. Luego miré el cielo gris, preguntándome si el universo me daría por fin un respiro y conseguiría por arte de magia que me apareciera en la mano un billete legal. Me conformaría simplemente con bajarme del autobús dentro de cinco manzanas para estar más cerca del lugar donde tenía la entrevista de trabajo.

—¿Señora? —El guía se detuvo delante de mí, reduciendo a cenizas todas mis esperanzas—. Señora, ¿podría enseñarme el ticket para este *tour*?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien, ¿puedo verlo para poder escanearlo?

—Oh, lo he perdido en la última parada. Lo siento.

—Todavía no hemos hecho ninguna parada.

—¿Está seguro?

—Déjeme ver su ticket. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Ahora mismo.

—Está bien, mire... No tengo ticket, pero...

—¡Detén el autobús! —gritó—. ¡Se ha colado una vagabunda!

—¿Qué? No soy una vagabunda —protesté, notando que me sonrojaba—. No puedo pagarme un taxi, así que estoy usando el autobús. Cuando consiga un trabajo, les pagaré por todos los viajes que he robado, lo prometo.

—¿Nos ha robado más de un viaje?

—Está a punto de llover —dije en tono suplicante—. ¿Podrían, por favor, permitir que me bajara en la primera parada? Tengo una entrevista de trabajo muy importante y no quiero llegar tarde.

—Eso no es problema mío. —Señaló la puerta—. ¿Cuántas veces ha ido en el *tour* sin pagar?

El autobús se detuvo bruscamente, y me puse de pie para abrirme paso antes de responder a esa pregunta.

Al pisar la acera, eché un vistazo por encima del hombro mientras el guía les pedía a todos los turistas que me miraran.

—Damas y caballeros, si miran a su derecha, verán un ejemplo perfecto de la peor escoria de Nueva York —dijo por el micrófono—. En serio, espero que esto sea lo más cerca que estén de ver a un vagabundo de carne y hueso en la ciudad. ¡Dense prisa! Revisen sus pertenencias y asegúrense de tenerlas todas antes de que la perdamos de vista.

Sonaron un montón de risas, y sentí que las lágrimas me hacían arder los ojos.

Me negué a permitir que se me cayeran por las mejillas mientras emprendía la larga caminata que me esperaba por la Quinta Avenida. Ensayé el discurso que diría en la entrevista una y otra vez, convenciéndome de que hoy era el día en que iba a lograr el trabajo de mis sueños.

Cuando llegué al edificio correcto, me di cuenta de que todavía tenía media hora libre antes de la entrevista. El estómago me rugía de pura hambre, y aunque me había prometido a mí misma que nunca volvería a robar comida, el hambre pudo más.

Anduve hasta la esquina y me detuve delante de la impresionante entrada dorada del Grand Rose Hotel.

—Buenos días, señorita. —Los dos porteros sonrieron al unísono cuando abrieron las puertas y me dejaron entrar en el hotel más lujoso de todo Manhattan.

Como siempre, me quedé paralizada en el vestíbulo durante varios minutos, asimilando todo aquello con sorpresa.

Unas brillantes lámparas de araña colgaban de los altos techos, había una enorme fuente de agua en forma de rosa en el centro y la letra P aparecía grabada en oro en el centro del suelo de mármol gris.

Los recepcionistas estaban vestidos con trajes azules y grises a medida, como de costumbre, y me llevó solo cinco segundos escucharles decir el mantra de su hotel: «No solo vendemos habitaciones de hotel. Vendemos un estilo de vida».

En anteriores «estancias» aleatorias e ilegales en ese lugar, había descubierto que había seis restaurantes, cuatro *spas* y una enorme piscina y un salón en el ático. Sin embargo, la mejor parte del hotel era lo que me había estado salvando la vida durante los últimos meses: la barra de desayuno bufé.

A diferencia de los Hampton Inns que frecuentaba de vez en cuando, este era un desayuno *gourmet*. Fresas salpicadas de chocolate con *bagels* de mantequilla y trufa o tortitas personalizadas hechas al momento por un personal que no hacía demasiadas preguntas. Y, si me hacían alguna, guardaba una llave del hotel «perdida» en el bolsillo trasero para hacerme pasar por un cliente en el momento que fuera necesario.

El ligero sonido de un trueno rugiendo fuera hizo que me diera cuenta de que necesitaba apurarme y acabar allí cuanto antes.

«Mantén la calma y concéntrate...».

Se me hizo agua la boca, me dirigí al bar y miré por encima del hombro a la recepción, asegurándome de que nadie me estuviera mirando. Cuando me convencí de que tenía vía libre, cogí un plato y lo llené de fresas y *croissants* recién cortados. Me unté un panecillo con trufa de canela y comencé a preparar una taza de café. Antes de que pudiera recorrer el pasillo y salir por la entrada lateral, como siempre, un hombre mayor con un traje gris se detuvo delante de mí.

—Disculpe, señorita —dijo—. ¿Es usted cliente del hotel?

«Aggg... ¿Cómo podían pillarme dos veces en un día?».

—¿Qué? —Me detuve, buscando otra salida, en caso de que intentara bloquearme el camino—. Me ofende incluso que me pregunte eso.

—Todavía no me ha respondido. —Se cruzó de brazos—. ¿Es usted cliente de este hotel?

—Sí, por supuesto que soy cliente.

—Vale, muy bien. —Sacó un pequeño dispositivo del bolsillo—. Bueno, ¿le importaría decirme el número de su habitación?

—Mmm... —Noté que se me calentaban las mejillas y que me sudaban los dedos con los que sostenía el plato del desayuno—. ¿Por qué?

—Tengo mis razones. —Tocó la pantalla—. Parece ser que últimamente tenemos un problema con

un extraño que entra y se conduce como Pedro por su casa por el bufé del desayuno *gourmet* sin ser cliente, por lo que queremos asegurarnos de que todos estén registrados en el hotel.

—¿Es realmente robar si el desayuno es gratis? —pregunté—. Quiero decir, ¿cómo puedes medir algo así en el día a día?

—De acuerdo. —Guardó el dispositivo—. Estoy llamando a seguridad.

En el segundo en que la palabra «seguridad» salió de sus labios, dejé caer el plato y corrí hacia las puertas. Presa del pánico, me abrí paso entre los clientes de verdad y su equipaje de diseño, pero antes de que pudiera saborear el aire fresco, choqué cara a cara con otro traje.

Caí al suelo con un ruido sordo, y sentí un dolor instantáneo en las manos al no poder frenar la caída. Me puse de pie rápidamente, cogiendo el bolso y el móvil.

Volví a acercarme a las puertas, pero el hombre de traje con el que había chocado estaba frente a mí, bloqueándome la salida. Luego levanté la vista y me quedé sin aliento.

«¡Oh, Dios mío!».

—Creo que te dejas algo... —Me mostró dos de los paquetes de condones que se me habían caído y sonrió—. Estoy seguro de que los necesitarás con quien sea que estés buscando. ¿No te parece?

Sin palabras, se los arrebaté y los metí en el bolso. Luego me quedé quieta, paralizada por los impresionantes ojos gris verdosos del hombre. Tenía una mandíbula perfectamente cincelada y un pelo negro azabache por el que tuve la tentación de pasar los dedos; todo él era de una perfección absoluta.

Mientras lo miraba, sus labios se curvaron en una sonrisa lenta y sexy, lo que le hizo tener el mismo aspecto que si acabara de posar para una portada de la revista *GQ*.

No tuve ninguna duda de que la corbata que llevaba puesta estaba personalizada y costaba más de lo que yo jamás ganaría en una semana. El traje negro de tres piezas dejaba en evidencia el hecho de que estaba ocultando músculos bien tonificados, e inmediatamente reconocí el reloj plateado que llevaba. Lo había visto dos veces en mi vida. Una vez, en la muñeca de un multimillonario que salía siempre en la lista de los más ricos de *Fortune 500*, durante una entrevista, y otra vez más en el tablero de Pinterest que había titulado «Cosas que nunca me podré permitir».

El Señor Traje me estaba mirando tan intensamente como yo lo estaba mirando a él, y no podía romper el contacto visual aunque lo intentara. Sentí que se me endurecían los pezones por debajo del vestido, y estaba segura de que tenía las bragas mojadas.

Antes de que pudiera obligarme a recuperar la cordura y recordar que tenía que huir sin mirar atrás, el hombre de traje gris de antes se acercó y se interpuso entre nosotros, jadeante.

—¡Señor Parker! No le esperábamos hasta las diez en punto, señor. Todavía estamos preparando los informes que nos pidió.

—Estoy seguro de ello —repuso él, sin dejar de mirarme—. Quería estar aquí en el momento en el que terminarais y poder asegurarme de despedir al que sea responsable de todas esas pérdidas inexplicables.

—Bueno, está viendo la causa número uno de todas esas pérdidas en este mismo momento, señor. —Él entrecerró los ojos para mirarme—. La joven que tiene delante ha estado robando parte del desayuno *gourmet* y café desde hace más de dos meses. Viene de tres a cuatro veces por semana, en ocasiones más de una vez al día, fingiendo ser una cliente, y se va antes de que podamos acercarnos a ella. Estamos seguros de que tiene guardada una llave que alguien perdió, y de que usa la entrada lateral de vez en cuando. Espera a que llegue un cliente y muestra la llave falsa para poder entrar justo después.

El hombre del traje inclinó la cabeza hacia un lado; parecía estar divirtiéndose, pero la sonrisa no

asomó a sus labios.

—¿Es consciente de que ese robo se ha convertido en un delito? —preguntó, mirándome—. ¿Que el total que me ha robado hasta ahora es más que un robo menor cualquiera?

Asentí. Me había quedado sin voz, y sin la agudeza para responder.

—Tengo a la policía en la línea uno, y los del equipo de seguridad están en camino, señor. Estoy deseando testificar con respecto a esta futura delincuente que casi nos deja sin trabajo.

—Llámalos —dijo el del traje—. Ahora mismo...

—¿Qué? —intervine.

—Ya me ha oído —dijo, mirándome—. Creo que podemos hablar de esto como adultos, ¿no cree, señorita...? —Hizo una pausa—. ¿Cómo se llama?

—Ashley Smith.

—Su nombre de verdad —dijo, sabiendo de sobra que le estaba mintiendo—. El que usa cuando no la pillan robando. Si no quiere decírmelo a mí, puedo hacer que se lo confiese a las autoridades.

—Tara —me rendí—. Tara Lauren.

—Señorita Lauren, soy Preston Parker —se presentó—. Le diría que es un placer conocerla, pero no me gusta que la gente robe en mis hoteles.

—Lo siento —murmuré—. Supongo que usted es el director.

—No, yo soy como el dueño... —La forma en que dijo esas palabras me excitó por alguna razón—. Hablemos.

Me hizo un gesto para que lo siguiera y me llevó más allá del contrariado hombre del traje gris. Echó un vistazo a la comida que había tirado al suelo y se dirigió a la barra de desayuno. Cogió un plato y lo llenó con fresas frescas y *croissants*. Luego extendió mantequilla de trufa en un panecillo sin gluten antes de ofrecerme el plato.

Mantuvo los ojos fijos en mí mientras íbamos hacia los ascensores, mirándome de arriba abajo a cada paso, aunque, si era sincera, no estaba segura de si él me estaba llevando a algún sitio para arrestarme en privado.

Evité su ardiente mirada mientras subíamos, agradecida de que hubiera otros clientes entre nosotros. Cuando llegamos al piso treinta, se bajó todo el mundo, y él sacó una llave que pasó por el teclado. Luego apretó el botón que tenía la etiqueta «SUITE PRESTON».

Las puertas se deslizaron silenciosamente al abrirse unos segundos después, para revelar un suelo dorado brillante que era aún más impresionante que el de abajo.

—Buenos días, señor Parker —le saludó una mujer desde detrás del escritorio—. Me alegro de verle hoy por aquí.

—Buenos días —dijo él sin mirar en su dirección, y todos los demás presentes se dispersaron en direcciones diferentes.

«¿Por qué parecen tan aterrorizados?».

—Por aquí, señorita Lauren. —Abrió la puerta de un despacho que era diez veces más grande que mi apartamento. Cuando entré, se encendieron las luces y se deslizaron las persianas, que revelaron la típica vista de la ciudad con la que siempre había soñado.

Me mordí la lengua para evitar ponerme poética al respecto y decirle lo afortunado que debía sentirse.

Desde ahí arriba, la lluvia ya no parecía tan triste. Desde ahí, Nueva York todavía era tan mágica como alguna vez pensé que era.

—Siéntese —dijo, sacando una silla para mí. Esperó a que me acomodara antes de ir tras su escritorio. Luego se reclinó en su silla y me miró con aquellos deslumbrantes ojos verdes, haciendo

que humedeciera más las bragas contra mi voluntad.

—Dígame, señorita Lauren —dijo un golpecito en la mesa—, ¿me ha estado robando por alguna razón en particular?

—Quizá.

—¿Tendría la amabilidad de decirme cuál es esa razón?

—Antes tengo que estar segura de que no está grabando esto con una cámara indiscreta con la esperanza de entregarme a las autoridades justo después de confesar.

—Si hubiera querido llamar a las autoridades, nunca la habría invitado a mi oficina, señorita Lauren. —Mantuvo los ojos clavados en los míos—. Habría llamado a la comisaría que hay al otro lado de la calle, y nunca habría pasado la esquina.

—Ah, claro. —Me aclaré la garganta, e inmediatamente él cogió la jarra de agua del escritorio y me sirvió un vaso.

—Y ahora, ¿dónde estábamos? —Esperó a que tomara unos sorbos—. Oh, sí... Estaba a punto de dejar de irse por la tangente y responder a mi pregunta sobre por qué ha estado robando en mi hotel.

—Nunca he pensado que estaba robando a alguien de carne y hueso... —confesé—. Estoy intentando asimilarlo en este momento, y su hotel está muy cerca de donde me han hecho las últimas entrevistas. Estaba planeando devolverle el dinero cuando encontrara un trabajo. —Saqué el teléfono e hice clic en el calendario, para enseñarle la pantalla—. Las equis rojas son las veces que he desayunado aquí. Iba a multiplicarlo por quince dólares y...

—El coste del desayuno *gourmet* para los que no se alojan en el hotel es de ochenta y cinco dólares —me interrumpió.

Silencio.

—Mmm, vale... —Parpadeé—. Aun así, seguiré multiplicando las equis rojas por quince dólares y le enviaré un cheque al director, bueno, a usted, con una nota de disculpa.

—¿Qué indican las equis azules?

«Las veces que he robado el almuerzo *gourmet*».

—Los días que he hecho ejercicio.

—Pero ya tiene la palabra «entrenamiento» escrita en algunos de los cuadros...

—Debe de ser una confusión. —Le quité el teléfono—. Le aseguro que estoy hablando en serio sobre devolverle el dinero. Hoy tengo la tercera entrevista con una empresa, y estoy segura de que conseguiré el empleo. De hecho, estoy totalmente convencida.

—¿Qué compañía la va a entrevistar? —preguntó.

—La Compañía Russ de Valores. —Jadeé al volver a mirar el teléfono y ver la hora. Ya habían pasado dos minutos de cuando debía presentarme a la entrevista.

—¿Va algo mal, señorita Lauren?

—Sí..., en este momento deberían estar entrevistándome. ¿Cree que podría llamarlos y decirles por qué llego tarde?

Puso los ojos en blanco.

—Vale. Bueno, es que yo... —Tragué saliva—. Gracias por no llamar a la policía, pero tengo que irme.

—Todavía no hemos terminado de hablar. —Su voz era firme—. ¿Para qué la van a entrevistar exactamente?

—Me iban... —le corregí, pues dudaba mucho que me dieran una oportunidad ahora—. Optaba al puesto de asistente personal del director general.

Arqueó una ceja.

—¿Tiene un título en Empresa?

—Sí, y también un título en Derecho. Aunque para lo que valen...

—¿Dónde ha trabajado por última vez?

—Todavía estoy buscando mi primer empleo.

Me miró de una forma intensa y prolongada, sin decir una palabra, lo que me hizo llegar a pensar que no iba decir nada más. Y por fin, por primera vez desde que me había mudado a Nueva York, estaba a punto de llorar.

—Bueno, muchas gracias por..., mmm..., haberme escuchado... —dije, poniéndome de pie—. Se lo agradezco mucho.

—Sí, debería... —Se reclinó en la silla—. ¿Me prometes que no volveré a verla robando comida en ninguno de mis hoteles?

—No, a menos que también sea el propietario de The Grand Alaskan, en la Quinta Avenida.

—Sí, The Grand Alaskan, en la Quinta Avenida, también es mío.

—¡Oh...! —«¡Mierda!»—. ¿Y también tiene The Loft, en Wall Street?

—Sí. —Él entrecerró los ojos mientras me miraba fijamente—. ¿No está familiarizada con todos los hoteles de la cadena?

—No, pero buscaré todos los nombres alternativos para los hoteles Marriott y Hilton esta misma noche, y prometo evitarlos en consecuencia.

—Este es un hotel Parker, señorita Lauren. —Parecía ofendido—. Solo en esta ciudad hay veinte, y tenemos más ingresos que todos los hoteles Marriott y Hilton juntos.

—Oh...

—Sí —dijo—. Oh...

—Bueno, en ese caso, ¿realmente le molesta si no le pago? ¿Y si le envío una disculpa perfectamente redactada, pero sin el cheque?

Parecía que estaba conteniendo una risa, pero luego apretó los labios hasta que formaron una línea.

—Solo si me prometes que es el último día que roba en uno de mis hoteles. La próxima vez la encerraré personalmente.

—Vale, trato hecho.

—Bien. Y también puede ahorrarse la nota de disculpa, ya que creo que no lamenta mucho nada.

—Sí, lamento que me hayan pillado.

Aquella lenta y sexy sonrisa se extendió por su rostro nuevamente, y sentí que el corazón comenzaba a acelerarse. No habría podido dejar de mirar a ese hombre aunque lo hubiera intentado, y supe en ese mismo momento que sus rasgos iban a aparecer en todas mis fantasías durante mucho tiempo.

—¿Señor Parker? —La voz surgió por el intercomunicador, rompiendo el festival de miradas que nos dirigíamos.

—¿Sí? —respondió.

—El señor Tanner quiere saber cuánto tiempo más durará su desayuno.

—Terminaré dentro de cinco minutos. —Se puso de pie.

—Ha sido un placer conocerle —le dije, extendiéndole la mano.

—Soy de la misma opinión, señorita Lauren. Nunca he conocido a una delincuente de esta forma tan cercana y personal antes.

Me estrechó la mano, e inmediatamente sentí que un cálido hormigueo me bajaba por la espalda. Cuando por fin me la soltó, abrió la puerta y me indicó que saliera. Los empleados se dispersaron una vez más ante su aparición, como si sus vidas dependieran de ello.

—¿Qué especialidad ha hecho en la escuela de Empresa? —preguntó mientras íbamos hacia el ascensor.

—En realidad he hecho tres —expliqué—. Contabilidad e impuestos, relaciones públicas y desarrollo de proyectos.

—¡Impresionante!

—Está claro que no resulta lo suficientemente impresionante para la mayoría de las compañías en esta ciudad. —Entré en el ascensor, esperando que él regresara a su despacho, pero entró después de que yo lo hiciera. Presionó el botón marcado con H en lugar del de la planta baja, y se acercó a mí.

—En estos momentos estoy intentando contratar más personal —dijo—. Y aunque normalmente no considero a los ladrones como personas dignas de ser tenidas en cuenta para trabajar en mis hoteles, algo me dice que debería hacer una excepción en su caso.

—Bueno, gracias... —No podía pensar con claridad con él tan cerca de mí—. ¿Le importa que le pregunte cuánto ganan las gobernantas de planta por hora?

—Señorita Lauren, no quiero contratarla para limpiar. —Hizo desaparecer el espacio que nos separaba—. Necesito una asistente personal, alguien que pueda trabajar con facilidad bajo mis órdenes y a quien no le importe el nivel de intensidad.

—¿Se refiere al volumen del trabajo que realice?

—Eso también —convino—. Prefiero a alguien con experiencia en hoteles, pero como la mayoría de las personas que he contratado en el pasado tienden a renunciar muy pronto, creo que ha llegado el momento de buscar en una dirección diferente.

—¿Por qué renunciaron exactamente sus últimos asistentes? —pregunté llena de curiosidad.

—Supongo que no tenían la resistencia necesaria para seguirme el ritmo. —Sonríó.

El ascensor se detuvo en el nivel G antes de seguir descendiendo de nuevo lentamente, y traté de no fijarme en la forma en la que dijo la palabra «resistencia».

—Sin embargo, si realmente tiene los títulos que dice en Derecho y Empresa, estaría más que dispuesto a contratarla como mi asistente personal.

—¿Sin una entrevista?

—Acabamos de terminarla.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta H dejando a la vista otro espacio lleno de lujo. Paredes completamente blancas, relucientes candelabros y elegantes muebles grises.

El señor Parker permaneció en la cabina, pero me indicó que me bajara. Lo miré, todavía confundida.

—Entonces, ¿debo rellenar una solicitud *online* y esperar a que verifiquen que estoy en posesión de esos títulos?

—No; la gente de Recursos Humanos lo hará en unos minutos. —Señaló el pasillo—. Si lo confirman, está contratada.

—¿Qué-é? —Abrí los ojos como platos.

—No tartamudee. Recursos Humanos queda a la izquierda. Puede decirles que está aquí por el puesto AP-122, y ellos se encargarán del resto.

—Gracias, pero...

—Pero ¿qué? —Se cruzó de brazos.

—Bueno, tengo algunas preguntas. Necesito saber todo lo que implica aceptar el trabajo.

—Por eso está a punto de hablar con Recursos Humanos —explicó como si fuera tonta—. No me sé de memoria la descripción de las funciones que realizará, señorita Lauren.

—Quería decir que tengo que hacerle algunas preguntas a usted.

—Déjame adivinar... —dijo—. Respuesta número uno: no, el desayuno no está incluido. Respuesta número dos: el salario es de trescientos cincuenta mil dólares al año.

Me quedé boquiabierta.

—Me está tomando el pelo...

—No. Al parecer, soy un jefe muy intenso y tiendo a provocar estrés en las personas que trabajan directamente para mí.

—¿Quiere decir que los estresa o que los exprime?

—Como prefiera... —Sonrió.

—¿Señorita? ¿Señorita? —Una voz en el pasillo me obligó a apartar la mirada de él—. Señorita, salvo que esté aquí por algo relacionado con Recursos Humanos de Preston International, debe abandonar este piso de inmediato. ¿Es su caso?

Centré mi atención en Preston y él arqueó una ceja.

—¿Lo es? —preguntó, dejando que las puertas del ascensor se cerraran antes de que pudiera responder.

—¿Señorita? ¿Señorita?

Me pellizqué para asegurarme de que no estaba soñando, que realmente estaba a punto de conseguir el trabajo de mis sueños.

—Estoy aquí por un trabajo —le indiqué a la mujer—. Asistente personal de Preston Parker.

CUATRO

PRESTON

Horas más tarde, eché un vistazo por la ventana del restaurante y vi que Tara abría un paraguas negro y dorado debajo del toldo del hotel. Todavía parecía un poco confundida mientras andaba contra el flujo de gente y tráfico, apretando el bolso contra el pecho. La observé hasta que desapareció entre la multitud, y no pude evitar notar que todos los hombres que la veían se volvían a mirarla una segunda vez.

Al instante le envié un correo electrónico al director de Recursos Humanos.

ASUNTO: El puesto de asistente personal

Walsh:

¿La solicitante que he enviado a RRHH esta mañana posee los títulos correspondientes?

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

La respuesta fue instantánea.

ASUNTO: Re: El puesto de asistente personal

Señor Parker:

Me complace hacerle saber que Tara Lauren está más que cualificada para el puesto de asistente personal. Por mi parte, creo que es la mejor contratada hasta la fecha.

Incluyo su currículum a continuación, y me complacerá responderle cualquier otra pregunta sobre el trabajo de la señorita Lauren, que comenzará el próximo lunes.

Currículo de Tara Lauren:

-BA de la universidad de Princeton

-MBA de la universidad de Princeton

-JD de la universidad de Harvard

-La señorita Lauren también ha estudiado varios cursos en el extranjero: en Francia, Australia y Japón

-Habla tres idiomas (español, francés y alemán)

Por cierto, me preguntó si podríamos proporcionarle un anticipo de novecientos dólares para pagar el alquiler. ¿Puedo aprobar esta cantidad?

(Además, odio tener que acusarla de esto, pero estoy bastante seguro de que me ha robado el paraguas...).

Saludos.

Walsh Jones

Director de Recursos Humanos de Parker International

ASUNTO: Re: Re: El puesto de asistente personal

Walsh:

Proporciónale nueve mil. (Me aseguraré de que me lo devuelva cuando comience).

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

Puse el teléfono boca abajo, divertido. Luego me pregunté en dónde demonios se estaría alojando la señorita Lauren en Nueva York por novecientos dólares al mes.

No podía dejar de reproducir en mi cabeza el aspecto que tenía en mi despacho, la forma en que salían aquellas suaves palabras de sus sensuales labios rosados. Supe que no debía contratarla después de echar una mirada a su cabello color café, que le caía sobre los senos; a sus ojos almendrados, que resultaban demasiado inocentes, y a la forma en la que el vestido azul marino se aferraba a sus curvas.

Nunca en mi vida me había sentido tan atraído por una mujer después de verla por primera vez, y sabía que tenerla cerca de mí continuamente acabaría convirtiéndose en un problema.

—Lo siento, llego tarde. —George se sentó delante de mí y me entregó una carpeta—. Tenemos la primera entrevista con el exdirector del *resort* dentro de treinta minutos, y la segunda entrevista con el asesor legal de Broadway justo después. La agenda de reuniones internacionales comienza dentro de tres semanas; dime, ¿cómo vamos a organizarnos?

—He cancelado esas entrevistas hace una hora.

—¿Qué? —Se sentó en la silla—. ¿Por qué?

—Porque acabo de contratar a mi asistente personal.

—¿Sin que yo la viera?

—Ha sido algo instintivo —me justifiqué—. Me he quedado muy impresionado por sus creativos medios de supervivencia.

—¿Instintivo? ¿Medios creativos de supervivencia? —Parecía que su cabeza estaba a punto de explotar—. ¿Estás tomándome el pelo, Preston?

—En absoluto. —Cogí el café y di un largo sorbo, rebobinando mentalmente al momento en el que Tara Lauren entró a mi despacho.

—¿Qué aspecto tiene, Preston?

«Es la mujer más sexy del mundo»:

—No estoy seguro de cómo esperas que responda esa pregunta, George. Me parece que se graduó en una universidad de la Ivy League. No estoy seguro de qué aspecto debe tener una persona así, pero ella obtuvo el título en Princeton. Tiene una licenciatura en Derecho y otra en Empresa. También habla tres idiomas, los mismos que yo.

—¿Y qué aspecto tiene, Preston? —insistió—. Como abogado tuyo, tengo que saber qué tipo de intuición has seguido: la de tu polla o la de tu cerebro.

—Ha sido lo último, por supuesto.

—Estoy seguro de ello. —Me arrebató la carpeta—. Como ya sabemos cómo va a terminar esto, hazme el favor de decirle a Cynthia que re programe esas entrevistas dentro de tres semanas a partir de ahora para que podamos disponer de alguien de administración que te acompañe a esa reunión internacional.

—¿Crees que la mujer que he contratado solo durará tres semanas en el puesto?

—Por la expresión que has puesto al preguntarte por su aspecto, apostarí a lo que quieras a que no dura más de dos.

CINCO

TARA

Me tomé mi tiempo para regresar a Brooklyn bajo la lluvia, mientras mi mente daba vueltas en un montón de direcciones diferentes. Había estado hablando con el equipo de Recursos Humanos durante más de una hora, convencida de que todo debía de ser un sueño, pero cuando me dieron un número oficial de empleado y me entregaron la tarjeta de entrada a mi nuevo despacho, por fin acepté que era real.

Firmé todas las páginas del contrato en cuestión de segundos cuando me lo pusieron delante, repitiéndome el salario una y otra vez. El puesto de asistente personal en la Compañía Russ de Valores era de ciento cincuenta mil dólares al año, y los demás empleos para los que había realizado entrevistas tenían un sueldo de setenta u ochenta mil al año.

«¿Trescientos cincuenta mil dólares al año? Después de los impuestos, eso sigue siendo más de veinte mil dólares al mes. ¡Al mes!».

Cuando llegué al edificio donde estaba el apartamento, decidí entrar por la entrada principal. Como sospechaba, el casero había cambiado las cerraduras mientras estábamos fuera, así que deslicé un paquete de condones entre el marco y la cerradura nueva y usé una horquilla para abrir la puerta.

—¡Hola, compañera de piso!

Ava, la chica con la que compartía el apartamento, se acomodó en nuestros gigantescos pufs, dejando a un lado una revista de chismes.

—¿Qué tal te ha ido todo hoy?

—¡Genial! ¡Tengo buenas noticias! —Cerré la puerta y metí una toalla debajo del hueco—. ¡Adivina!

—Enseguida juego a las adivinanzas, pero primero tienes que oír lo que me ha pasado. ¡Tengo dos noticias increíbles!

—Soy toda oídos.

—Vale. —Se sentó—. Ya sabes que he robado papel higiénico en el trabajo para el apartamento, ¿verdad?

—Sí...

—Bien, pues el gerente ha cambiado de la terrible marca de papel de lija por otra más suave de dos capas, por lo que estamos a punto de limpiarnos el culo con papel de categoría A de ahora en adelante. —Sonrió con orgullo—. Ya he pillado seis rollos, y los he guardado en el armario, así que avísame cuando notes la diferencia.

—Lo haré. —Me reí—. ¿Cuál es la otra cosa?

—He pagado el alquiler esta tarde, pero ese imbécil ya había cambiado las cerraduras, por lo que me ha dicho que solo nos dará la llave si pagamos a tiempo el alquiler el mes que viene.

—¿No nos va a dar una llave de la cerradura nueva?

—No. —Negó con la cabeza—. Dice que nos estamos arreglando muy bien para entrar y salir sin tener la llave. Sin embargo, me preguntó si podíamos darle algunos paquetes de condones.

Las dos nos reímos, y me dejé caer en el sofá.

—¿Sabes?, me da la impresión de que estás a punto de estallar si no me sueltas tus buenas noticias.

—Se puso de pie—. Sin embargo, voy a tratar de adivinarlas antes de que explotes.

—Adelante.

—Antes de nada, ¿por fin has roto con tu novio, al que odio con cada fibra de mi ser porque no es lo suficientemente bueno para ti?

—No...

—Tenía que preguntártelo. —Sonrió—. ¿Has descubierto la nueva contraseña de la wifi del vecino?

—En realidad, sí la he conseguido. —Asentí—. Es «Dejad de robarme, putas ladronas».

—¿Hay algún espacio o va todo seguido?

—Va todo seguido.

—Voy a probar. —Cogió el móvil y tocó la pantalla varias veces—. ¡Perfecto! ¡Funciona! Ahora dime, ¿cuáles son las buenas noticias de verdad?

—¡He conseguido mi primer trabajo! —Las palabras me salieron de la boca más rápido que nunca—. Un trabajo real con bonificaciones, gastos de reubicación y vacaciones pagadas. ¡Y de camino a casa, el director de Recursos Humanos me ha enviado un correo electrónico diciendo que me darían un anticipo de nueve mil dólares a descontar de mi primer sueldo!

—¿Qué? —Se puso a dar saltitos—. ¿De verdad?

—¡Sí! —Me sequé las lágrimas de los ojos—. Me han contratado en el acto, y el importe de mi salario es tan absurdo que todavía no puedo creerlo.

—¿Ochenta mil al año?

—No, más.

—¿Ciento veinte?

—Todavía más.

—Mmm... —Parecía aturdida—. ¿Ciento cincuenta?

—¡Trescientos cincuenta mil dólares al año!

Nos pusimos a gritar a la vez, y sin hacernos ninguna indicación, lo celebramos de la misma forma que siempre que teníamos algo por lo que alegrarnos. Sacó una botella de champán barato, y yo cogí del congelador nuestra posesión más preciada: la masa de galletas Dean & DeLuca.

—Cuéntame cada detalle —me pidió al tiempo que descorchaba la botella—. ¿La Compañía Russ de Valores te hizo pensar que no iban a contratarte antes de que mostraran el contrato? ¿Hubo aplausos cuando lo firmaste?

—No voy a trabajar para la Compañía Russ de Valores. Esa es una historia para otro día. —Esperé hasta que sirvió los dos vasos y levantó el suyo para tomar un sorbo a modo de celebración—. Tienes delante a la nueva asistente ejecutiva..., no, espera... a la nueva asistente personal de Preston Parker, el director y propietario de los hoteles Parker.

—¿Qué? —Escupió el champán como si fuera un sifón—. ¿Qué acabas de decir?

—Que soy la nueva asistente personal de Preston Parker, de los hoteles Preston. ¿O son los hoteles Parker?

—Definitivamente son los hoteles Parker. —Dejó el vaso encima de la mesa, sin parecer ya tan emocionada. Más bien estaba aterrada.

—¿Ya no te sientes feliz por mí? —pregunté—. Sé que no es como ser asesora legal, pero ser su asistente personal cubre un ámbito completo de responsabilidades y requiere un título en Empresa o Derecho. Incluso me han dicho que si hago un buen trabajo, puedo acceder al departamento legal dentro de tres años.

—Mira... —Negó con la cabeza y soltó un suspiro—. Como tu mejor amiga, me siento muy feliz de que por fin hayas conseguido un trabajo, pero no creo que debamos celebrarlo.

—¿Por qué?

—Porque estás a punto de trabajar para Preston Parker. Preston Parker —repitió.

Puse los ojos en blanco.

—Hasta hoy no tenías ni idea de quién era, ¿verdad?

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Es más que un simple director?

Suspiró y fue hacia su extensa colección de revistas de cotilleos, desde donde me lanzó cinco ejemplares de *Míster Nueva York* y tres de *Page Six*.

El perfecto rostro de Preston Parker aparecía en cada portada, haciendo que me diera cuenta de que era aún más sexy en persona, pero los titulares de *Page Six* estaban lejos de resultar halagadores:

**MÍSTER NUEVA YORK VUELVE A GANAR A LO GRANDE,
PERO UNO DE SUS ANTIGUOS ASISTENTES PERSONALES LO CUENTA TODO**

**MÍSTER NUEVA YORK PISOTEA A SU COMPETENCIA
MIENTRAS SE CARGA A UN ASISTENTE MÁS**

**MÍSTER NUEVA YORK HACE QUE CADA NUEVO
ASISTENTE FIRME UN ACUERDO DE CONFIDENCIALIDAD
DESPUÉS DE DEJAR AL ÚLTIMO TIRADO EN PARÍS**

—Entonces ¿es una celebridad? —pregunté.

—No, es millonario. Un magnate asquerosamente rico y muy arrogante. —Se dejó caer en uno de los mullidos pufs—. Si alguna vez hubieras leído las revistas de chismes conmigo, habrías corrido como alma que lleva el diablo en el momento en que te ofreció ese trabajo.

—¿Incluso cuando me ofreció trescientos cincuenta mil dólares al año?

—¿Quién te ha dicho que durarás un año? —Señaló las revistas—. Léelas, por favor.

Hojeé las páginas de la primera revista, sintiendo que se me oprimía el pecho con cada palabra impresa, que se me aceleraba el corazón con la incertidumbre.

«Es un gilipollas despiadado. Un jefe de corazón frío. El peor jefe para el que he trabajado. Lo único bueno de él es su aspecto, hasta que abre la boca...».

Pasé por alto el problema pensando que las declaraciones eran de hacía un par de años, y que esas palabras habían salido de boca de alguien al que acababan de despedir, y pensé con lógica que una entrevista más actual arrojaría una imagen mejor, pero cuando leí las primeras líneas de una me quedé boquiabierta.

Presentador: ¿Cómo se siente al ser de nuevo uno de los cinco finalistas para el premio «Míster Nueva York», señor Parker?

Señor Parker: Lo cierto es que siempre debería estar entre los dos primeros, y nunca debería ser el número dos.

Presentador: Bueno, Reeve Henderson, de NYB, también está teniendo un buen año, señor.

Señor Parker: Reeve Henderson es millonario. Yo soy multimillonario.

Presentador: Bien, en esta etapa de su carrera, seguramente sabe que el dinero no lo compra todo.

Señor Parker: Cuando por fin tengas una fortuna, ya verás lo que realmente se puede conseguir...

Lancé esa revista al otro lado de la habitación y abrí otra, y luego otra. Luego me di cuenta de que acababa de firmar un contrato para trabajar con el gilipollas más gilipollas de todo Nueva York, que había sellado mi destino con un tipo que una vez le había dicho a un hombre que le estaba

entrevistando: «Espero que folles mejor de lo que haces las entrevistas; de lo contrario, si fuera tú, me plantearía mejorar mucho, porque como entrevistador eres un inútil».

¿Dónde demonios me había metido?

DOS MESES DESPUÉS...

SEIS

TARA

«LA MISERABLE MITAD...».

«Por favor, no suenes todavía... Por favor, no suenes aún...».

Las mañanas como esa me hacían desear tener acceso a una máquina del tiempo para poder regresar al pasado y darme una paliza a mí misma por tomar las decisiones que me habían llevado a ese momento. Eran solo las tres de la madrugada, pero el cielo se había abierto para soltar una lluvia implacable sobre la ciudad, y me estaba obligando a «disfrutar» del único momento del día que tenía para mí misma.

Estaba tendida sobre los pufs, con los pies envueltos en compresas de hielo para aliviar el dolor de haber corrido por Nueva York sobre unos *stilettos* de un diseñador de postín. De los labios me sobresalía un termómetro que mostraba una traidora temperatura «normal», y no dejaba de observar el despertador como un halcón. Esperando a que el segundero llegara a las cinco para poder tomar el siguiente chute de medicación para el estrés y lidiar con mi «trabajo soñado» durante otro día más.

En los dos últimos meses, había recibido un cursillo intensivo sobre el mundo de los hoteles, y era mucho más complicado de lo que pensaba. Cada día venía acompañado de una nueva ronda de reuniones de crisis, un nuevo objetivo de «excelencia Parker» que cumplir y de clientes que pagaban un mínimo de quinientos dólares por noche por alojarse en cualquiera de las propiedades de Preston; rendirse no era una opción.

Para garantizar la perfección, Preston no se detenía ante nada para conseguirla. Era completamente despiadado, y todos lo sabían capaz de despedirte al instante. En el poco tiempo que llevaba trabajando para él, nunca se había tomado un día libre, nunca había mencionado la necesidad de descansar ni de desplazarse para pasar tiempo con su familia. De hecho, se rumoreaba que no tenía familia.

Era una máquina, y estaba segura de que nunca dormía. También era un imbécil, y estaba todavía más segura de que no seguiría trabajando para él durante mucho tiempo más.

Ring. Ring. ¡Ring!

El aviso para tomar la medicación para el estrés que sonó en el móvil me llevó a tragarme las pastillas con agua.

Después de mirar los mensajes de texto, le envié a mi novio Michael un mensaje relámpago.

«¡Hola! Estoy pensando en ti antes del trabajo.

Espero que todavía puedas ayudarme a buscar un apartamento nuevo este fin de semana...».

Él me respondió de inmediato.

«Oh, ¿sigues viva? Ja, ja, ja...

Claro, cariño. Si tu jefe te permite tener una vida después del trabajo este fin de semana, allí estaré.

¿Nos vemos esta noche?».

«Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada, ya que el jefe está organizando una junta de accionistas. Tendremos que dejarlo para otro momento en ese caso...».

«Claro. Te enviaré un correo electrónico durante la jornada laboral para que te olvides de él. Estoy ansioso por volver a estar a solas contigo cuando consigas la libertad condicional [emoticono de gota de agua] [emoticono de berenjena] [emoticono de gota de agua]».

Le envié un beso también con emoticonos y sonreí. Solo habíamos pasado algunas horas juntos desde que comencé a trabajar con Preston Parker, y aunque a veces estaba irritada por ello, una parte de mí —una a la que no lograba comprender— estaba perfectamente satisfecha con la nueva etapa.

Cuando revisé la hora de nuevo, sentí que mi sonrisa se desvanecía lentamente.

«Y en tres, dos, uno...».

El teléfono se puso a vibrar en mi mano, y la bandeja de entrada de mi correo cobró vida el sexagésimo primer día de mi nueva carrera.

ASUNTO: Desayuno del señor Parker: confirmar antes de recogerlo

ASUNTO: Solicitud de reunión para el señor Parker

ASUNTO: Notas para la reunión de Sarasota

ASUNTO: Cambio de horario: pasar al lunes la apertura de Jones

ASUNTO: Confirmación de cancelación: vuelo privado a Roma: ¿pasarlo para el próximo miércoles?

ASUNTO: Solicitud de entrevista con Mister Nueva York

Gruñí y me levanté del puf, me di una ducha rápida y me puse mi vestido *nude* favorito con unos *stilettos* rojos.

—¿Sabes lo que no voy a echar de menos de vivir en este apartamento? —Ava se levantó del colchón de aire que teníamos en el rincón.

—¿Qué?

—El hecho de que puedo escuchar todos tus movimientos, incluso cuando estoy durmiendo. —Se rio—. ¿Por qué insistes en levantarte tan temprano todos los días? No tienes que estar en el trabajo hasta las ocho en punto.

—Porque, señorita Lauren —dije, imitando la voz de Preston—, las personas que no dependen directamente de mí no tienen que estar en el trabajo hasta las ocho. Sin embargo, mi mano derecha debe estar en pie a la misma hora que yo, y tiene que presentarse la primera para dar ejemplo. O de lo contrario...

—¿Alguna vez ha explicado qué va detrás de «O de lo contrario...»? —preguntó—. Porque si se trata de un castigo sexual, creo que deberías empezar a considerar llegar tarde todos los días.

Me reí.

—Espero no saberlo nunca. He decidido oficialmente que solo voy a trabajar para él durante seis meses, así lograré tener suficiente dinero en el banco para mantenerme hasta que encuentre algo menos intenso.

—¿Estás segura?

—Por completo.

Cogí el maletín y encendí las luces antes de salir por la puerta. Cuando pisé la calle, había un coche esperándome como siempre, y el conductor sostenía, abierta, la puerta trasera.

—Buenos días, Taylor —me saludó.

—Me llamo Tara. Ya te he dicho a ti y a todos los de la compañía mi nombre, y todavía seguís llamándome Taylor. ¿Es muy difícil de pronunciar o algo así?

No me respondió, se limitó a mantener la puerta abierta con una sonrisa.

Me deslicé al asiento trasero, y logré responder cinco correos electrónicos antes de llegar al final de la manzana.

—Taylor, ¿puedes confirmarme todas las paradas de esta mañana? —me preguntó el conductor.

—Sí. —No me molesté en corregirlo esta vez—. Tenemos que detenernos en Aldman's para una recogida, en Tom Ford a por sus trajes, en el muelle para asegurarnos de que el nuevo yate ha atracado correctamente, en Dean & DeLuca para recoger el desayuno y, por último, el café.

Asintió y me pasó una pequeña cesta de bombones antes de subir el volumen de la música y tomar rumbo hacia Aldman's.

Cuando estábamos a mitad de camino, «Preston», el nombre del gilipollas de mi jefe, apareció en la pantalla de mi móvil. Estuve a punto de no responder, de descubrir qué era lo que venía después de «O lo contrario...».

Me rendí antes de que saltara el buzón de voz.

—Buenos días, señor Parker —respondí, con un tono de alegría fingida—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Te llamo para asegurarme de que llegarás a tiempo al trabajo esta mañana; ayer apareciste seis minutos tarde.

—En realidad llegué solo dos minutos tarde.

—Aun así, llegaste tarde —insistió con su voz profunda—. Lo suficientemente tarde como para que yo no fuera el único en darse cuenta. Eres la mejor asistente personal que he tenido: no puedo permitir que nadie piense que obtienes por ello privilegios especiales de mí, que te me subes a las barbas, cuando está claro que tu posición está debajo de mí. Tampoco quiero que pienses que podrías llegar a la hora que quieras sin mi permiso, en especial cuando los dos comencemos a trabajar en el acuerdo de Von Strum a puerta cerrada. ¿Ha quedado claro?

No dije nada. No estaba segura de por qué la voz de ese hombre era capaz de hacerme mojar las bragas en cuestión de segundos, incluso en los momentos en los que destilaba sarcasmo, pero sus palabras surgían de una manera que siempre me hacía pensar en el sexo.

—¿Está ahí, señorita Lauren? —insistió—. ¿O estoy hablando solo?

—No, señor Parker. Le he oído, fuerte y claro.

—Bien. Ahora, además de decirle que es necesario que llegue a la hora exacta que hemos convenido, y que es la que yo quiero y no usted, me gustaría hacer un cambio en el pedido del café de hoy.

—¿Ha decidido bajar a buscarlo usted mismo?

—¿Perdón? —Su voz fue seca—. ¿Qué acaba de decir?

Carraspeé.

—Nada. Tenía algo en la garganta.

—Mmm —dijo—, hoy lo prefiero del café Sweet Seasons, con crema de caramelo. Y asegúrese de que el café esté exactamente a sesenta y cinco coma seis grados centígrados.

«¿En serio?». Puse los ojos en blanco.

—Perfecto. ¿Algo más, señor?

—Va a ser que no —aseguró antes de colgarme sin despedirse.

—¡Agggg!

—Taylor, ¿va algo mal? —El chófer me miró por el espejo retrovisor—. ¿Es necesario que me detenga?

—No, sigue arrastrándome al infierno, por favor. —Ignoré la grosería de Preston y logré llevar a cabo los primeros recados.

—Sé por qué está llamando, señora Vaughn, y lo siento —respondí al teléfono en el momento en que sonó—. No estoy segura de por qué el estilista del señor Parker no deja los trajes a tiempo últimamente, pero lo investigaré tan pronto como pueda. —Esperé a que continuara con sus preguntas y luego las respondí antes de dedicarme a atender la llamada del entrenador personal de mi jefe. Luego fue su abogado. Luego su piloto. Más tarde, el maldito servicio de limpieza de sus yates. (Nunca entendería por qué este hombre necesitaba ocho yates).

—Son las siete y treinta y cinco, señorita Lauren —me recordó el chófer—. ¿Tenemos que parar en el Sweet Seasons?

—No. Lo haremos en McDonald's.

Asintió y aparcó el coche justo delante del McDonald's que había en esa calle.

Abrí el bolso y saqué una taza vacía que me había agenciado en el Sweet Seasons. Esto se había convertido en parte de mi rutina durante la última semana y media, ya que para ir al Sweet Seasons había que desviarse cinco manzanas, y era un capricho completamente ridículo. Allí los camareros elaboraban los cafés con grano especial de Colombia a quince dólares la taza, y los servían de uno en uno. Se negaron a aceptar pedidos *online*, y aunque Preston era un cliente fiel desde hacía años, se negaban a que el café estuviera listo de antemano. Afirmaron que la «experiencia» de degustar el café recién hecho era lo que justificaba su precio, y no querían prostituir la marca.

También les preguntaban a sus clientes a qué temperatura querían que les sirvieran el café, como si alguien pudiera apreciar sinceramente la diferencia entre sesenta y sesenta y cinco grados centígrados.

«Todos los cafés saben igual...».

—Quiero un café grande, todo normal, por favor —pedí, deteniéndome en el mostrador de McDonald's—. ¿Puede echarle caramelo y servírmelo en esta taza?

—Por supuesto.

Llegué a su despacho con diez minutos de adelanto, así que le preparé el escritorio como a él le gustaba: café a la derecha, carpeta llena de artículos impresos e informes a la izquierda, libro de trabajo de tapa dura en el centro.

Me aseguré de que la lista de tareas pendientes, un exhaustivo resumen de cada correo electrónico que debíamos responder, y la agenda del día estuvieran listas. Incluso agregué algunas notas y sugerencias propias.

—Atención todo el mundo..., ¡el jefe ha entrado en el edificio! —gritó alguien en el pasillo—. ¡Está en el vestíbulo!

Se me cayó la carpeta al suelo.

«¡Mierda!».

Lo recogí todo lo más rápido posible, esforzándome para dejar los documentos como estaban. Cuando estaba volviendo a poner los informes financieros en su lugar, vi una vieja foto de Preston con *otro* Preston que llevaba una toga y un birrete negro. Detrás de esa imagen había otra con una doble dosis de «Prestons», esta vez con vaqueros azules, y estaban posando delante de una valla publicitaria en Times Square. Ambos hombres eran idénticos, hasta sus impresionantes ojos verdes con manchas grises eran idénticos.

«¿Tiene un gemelo?».

—¡El jefe está en el ascensor! —advirtió una segunda voz.

Llegué a mi despacho con unos segundos de sobra y me metí en un par de bailarinas que tenía bajo mi escritorio.

Unos momentos después, Preston salió del ascensor con un traje gris oscuro de Tom Ford que hacía quedar en evidencia a todos los hombres que usaban traje. Los gemelos plateados destellaban bajo las brillantes luces del pasillo, y las mejillas de la recepcionista adquirieron un resplandeciente color rosa al verlo.

Pasó ante mi puerta abierta, saludándome con un seco «Señorita Lauren», y nada más.

Cerró la puerta y esperé el correo electrónico habitual para asegurarme de que estaba preparada.

La bandeja de entrada me avisó de ello unos minutos después.

ASUNTO: La lista de tareas pendientes

Señorita Lauren:

He leído el resumen que me ha facilitado esta mañana, pero me ha llevado más tiempo del necesario porque ha escrito mal «variedad», «residuales» e «intrascendente». Además, ha añadido sus propias notas —algo que no le he pedido— y me ha dado su opinión sobre ciertas reuniones, lo que no necesito.

¿Su currículo no decía que tenía aprobada la asignatura de lengua?

Estoy tentado de llamar a Princeton y preguntar por su política de devolución.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

Mientras me mordía la lengua, saqué el archivo titulado «Nuevos trabajos» y rellené dos solicitudes para firmas de abogados cercanas antes de dedicarme a responder a los mensajes que recibía en la bandeja de entrada. Preston entró en mi despacho mientras rechazaba una entrevista para *Míster Nueva York*.

—Señorita Lauren. —Se dirigió a mí con una expresión indescifrable—. ¿Podría hablar con usted en mi despacho un minuto?

—No me lo puedo creer, ¿de verdad me lo está preguntando y no ordenando? —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas dos veces.

—Ahora mismo, señorita Lauren. —Me indicó que me levantara.

Lo seguí hasta su despacho, y cerró la puerta cuando estuvimos dentro. Esperó a que me sentara frente a su escritorio, y luego se reclinó en la silla.

Me miró durante varios segundos; me dio la impresión de que era tan intenso como en mis fantasías nocturnas, y luego comenzó a hablar.

—Me enorgullecía contratar a buenas personas, señorita Lauren —comenzó—. Gente en la que podía confiar que no me robara o me traicionara. Aunque, dada la forma en la que comenzó nuestra relación, no puedo decir sinceramente que pensara que nunca volvería a robarme, pero esperaba no tener que dejar en evidencia su traición.

«¿Qué?».

—Señor Parker, le puedo asegurar que no le he traicionado de ninguna manera. Soy como un libro abierto y he sido una tumba en cada reunión la que he asistido. Además, he sido sincera desde el primer día.

Levantó la mano y me hizo callar. Luego continuó, como si no hubiera escuchado una palabra de lo que le había dicho.

—Dado el hecho de que ha conseguido durar más que los diez últimos asistentes personales...

—Que los veinte últimos—le corregí.

—¿Perdón?

—He durado más que los veinte últimos asistentes personales.

Una lenta sonrisa se extendió por su rostro y cogió su café, del que tomó un largo sorbo.

—De acuerdo —convino—, ha durado más que los veinte últimos asistentes. Dado de que ha durado más que ellos, había llegado a pensar que tal vez podríamos cimentar una base sólida de confianza, que tal vez esto era una señal de que estaba preparada para comenzar a trabajar conmigo en asuntos más importantes. Sin embargo, durante la última semana y media, me ha llamado la atención que me ha estado traicionando todas las mañanas. —Entrecerró los ojos para mirarme—. No aprecio a los traidores, señorita Lauren, y tiendo a despedirlos en cuestión de segundos después de descubrir su traición, sin importarme lo trivial que sea su delito.

Silencio.

Palidecí. No tenía ni idea de qué demonios estaba hablando, y fuera un jefe terrible o no, no podía permitirme el lujo de perder el trabajo en ese momento.

—Le he dicho que quería café puro Colombia del Sweet Seasons, en Park Avenue —soltó finalmente—. ¿No es eso lo que le he pedido?

«¿Qué coño...?».

—Sí.

—Interesante. Bien, pues en el Sweet Seasons tienen un toque único, y es que colocan una onza de chocolate negro en el fondo de cada taza. —Levantó la taza de café y la vertió en un vaso vacío—. Y siempre se queda pegada al fondo cuando terminas de beberlo.

Giró la taza vacía hacia mí y tragué saliva.

—No hay otra cafetería en Manhattan que haga eso, señorita Lauren. Es una especie de marca de la casa, un guiño sutil a sus clientes leales que están dispuestos a gastar quince dólares por taza. Así sé que estoy bebiendo su especialidad o que mi asistente personal está llenando una de sus tazas con mierda.

—Es que yo no quería que...

—Como puede ver —dijo, sin dejarme terminar la frase—, señorita Lauren, si no puedo confiar en que me traiga la taza de café perfecta, me costará mucho confiarle nada más. —Dejó la taza y una sonrisa cruzó sus labios—. Sin embargo, soy un hombre que cree en las segundas oportunidades, así que le daré exactamente treinta minutos para que me traiga el café que le he pedido.

—Vale. —Me puse de pie, pero él levantó la mano y me indicó que me quedara.

—Una última cosa, señorita Lauren —me detuvo, haciéndome odiar la forma en la que decía mi nombre. La forma en que era capaz de excitarme a pesar de su grosero comportamiento—. No estoy seguro de que haya leído completamente el manual del empleado, pero disponemos de soporte técnico para marcar e informar de todos los correos electrónicos que se envían y reciben de cualquier dominio que pertenezca a mis competidores. —Hizo una pausa—. Bueno, los dominios que pertenecen a personas que se consideran mis competidores. ¿Conoce la dirección de correo electrónico michael.elliott@marriott.com?

—Sí. De hecho, es la dirección de correo electrónico de mi novio. Es pasante en Marriott, aunque solo se trata de un trabajo temporal. No es un espía corporativo.

—Mmm —repuso, mirándome de arriba abajo—. Bueno, ahora que sé que no está tratando de obtener ningún secreto de usted, indicaré a los que se encargan del soporte técnico que apaguen la alerta. Dicho esto, permítame darle un consejo a usted y a su novio. —Cogió una hoja de papel y se acercó a mí, lo que hizo que el corazón se me acelerara con cada paso—. Creo que debería ver lo que

envía usando el servidor de la empresa, porque ciertos correos electrónicos están lejos de ser apropiados.

—Solo le he llamado «idiota insufrible» una vez en mis correos electrónicos.

—No estoy hablando de eso. —Me miró y luego miró el papel—. «Asunto: Déjame hacerlo mejor. (Sí, estoy hablando de follar)».

Jadeé, esperando que el suelo se abriera debajo de mis pies y me tragara en ese mismo momento.

—Luego hay un gran problema con el mensaje en sí. —Preston continuó leyendo, sonriendo mientras lo hacía—. «Tara, nena, no te preocupes por el imbécil de tu jefe. Estoy más que dispuesto a ayudarte a desestresarte cada vez que tengas un descanso. Quiero llenarte la vagina con mi pene, y quiero chupártelo todo el tiempo que sea necesario para que te olvides del trabajo. Solo tienes que pedírmelo. ¿Estás ya un poco... —hizo una pausa, arqueando una ceja— emoticono de agua, emoticono de agua, emoticono de agua?».

Noté que me ardían las mejillas.

Preston dejó el papel a un lado e hizo desaparecer el espacio que había entre nosotros, mirándome directamente a los ojos.

—Dejando a un lado el tema de que es un correo electrónico inapropiado en el trabajo —dijo—, debería pedirle a su novio que se esmere un poco más con el vocabulario. Si realmente le preocupa ayudarla a desestresarse cada vez que no esté con el imbécil de su jefe, debería decir: «Quiero que te sientes en mi cara para que pueda comerte el coño hasta que te corras en mi boca, hasta que lo único en lo que puedas pensar es en lo bien que muevo la lengua cuando estoy chupándote el clítoris empapado. Y la próxima vez que tengas un descanso, deberías invitarme a tu despacho para que pueda inclinarte sobre el escritorio y hacer que tu coño sienta lo dura que se pone mi polla cada vez que pienso en ti».

Dio un paso atrás, sin apartar los ojos de los míos.

—Entonces, tal vez, si él dijera esas cosas, no tendría que preguntarle si estaba mojada. Lo sabría, y quizá, ya que es claramente un puto cursi de mierda, diría... «emoticono de paraguas, emoticono de paraguas, emoticono de paraguas...».

Tenía las bragas más mojadas que nunca.

—Y ahora —me dijo, volviendo a ser el imbécil de siempre— vaya a buscarme el café perfecto.

SEIS (B)

TARA

Después, esa misma tarde, a las seis en punto para ser exactos, me detuve frente a las ventanas de mi despacho, esperando que llegaran los trajes de Preston. Era la cuarta semana seguida que los mandaban tarde, y por mucho que me esforzara en decirles que estuvieran a tiempo dentro de siete días, su estilista nunca llegaba a las oficinas ni un segundo antes de las siete.

Saqué el móvil del cajón y le envié un mensaje de texto a Michael.

«Definitivamente, esta noche no podremos quedar, ya que mi jefe está haciendo que todo el mundo trabaje hasta tarde, y sigo esperando que traigan sus trajes. Además, es posible que necesite un chubasquero para buscar apartamento, ya que tengo que ir a Cali a una reunión con él. ¿Podrías ayudarme el próximo fin de semana?».

«Por supuesto, cariño».

Iba a ponerme a preguntarle qué tal le había ido el día, pero Cynthia entró en mi despacho y cerró la puerta.

—Hola, Cynthia, ¿puedo ayudarte en algo?

—Quiero que sepas que el señor Parker iba a elegirme como asistente personal antes de que aparecieras. —Se cruzó de brazos—. Me dijo que estaba más que cualificada y que esperaba llevarme a todos los viajes.

—¿Quieres que le pregunte si puedes acompañarlo en los viajes? —«Estaría encantada de que ocuparas mi lugar...».

—No, pero me gustaría que supieras que estoy deseando que te largues. —Parecía mortalmente seria—. Ya llevas dos meses, lo que resulta impresionante para ser su asistente personal, pero esta racha no durará. No durará en absoluto.

—¿Sueles tener los ojos tan saltones e hinchados? —pregunté, medio aterrada por el aspecto que tenía—. Quizá deberías ir a un especialista.

—A mis ojos no les pasa nada, y ya te advierto de que te quedan aquí tres meses y medio en el mejor de los casos, Taylor. Algunos empleados hemos apostado sobre cuánto tiempo durarás, y nadie cree que llegues al tercer mes. —Abrió los ojos todavía más—. No solemos invitar a los «Taylors» a que se unan a nosotros en cosas como esta, pero, por ser tú, estoy dispuesta a hacer una excepción. ¿Apuestas por tres, cuatro, cinco o seis semanas más? La mayoría de las personas apuestan por cuatro. Y algunas muy arriesgadas, entre las que no estoy incluida, están apostando su dinero por seis.

Antes de que pudiera decirle que se fuera de mi despacho, Preston abrió la puerta y entró.

—Señorita Lauren, ¿por qué no...? —Hizo una pausa, mirando a Cynthia, y luego volvió a mirarme a mí—. ¿Por qué no está en mi escritorio la lista corta de tareas diarias y el café?

—No lo sé. —Forcé una sonrisa—. Lo he dejado todo allí hace media hora.

—Eso no es cierto —intervino Cynthia—. Encima del escritorio no había nada cuando he llevado el correo hace unos minutos. Tal vez solo te estés imaginando que lo has hecho.

«Menuda zorra...».

—Tienes razón, Cynthia. Tal vez solo me estoy imaginando que me encargué de gestionar la lista y el café.

—Bueno, no le estoy pagando para que se imagine cosas, señorita Lauren... —Preston me miró lentamente de arriba abajo, excitándose contra mi voluntad—. Me gustaría que la lista esté encima de mi escritorio dentro de media hora, y me gustaría que los trajes dejen de llegar tarde todas las semanas. Ningún otro asistente ha tenido estos problemas de entrega. —Salió de la habitación.

Cynthia fue hacia la puerta justo después de él, tosiendo.

—Tres meses como máximo.

Reescribí rápidamente la lista y me aseguré de dejarla en manos de Preston antes de salir de su despacho. No estaba completamente segura, pero creí sentir que me miraba el culo mientras salía.

Oí la risa de Cynthia cuando regresé a mi despacho, y una idea llegó a mi mente de repente. Cynthia y la estilista eran muy buenas amigas. Las había visto reírse juntas durante el almuerzo en varias ocasiones, y siempre me miraban cuando pasaba ante ellas.

«No es de extrañar que los trajes siempre lleguen tarde. Intentan hacerme la cama».

Lívida, saqué el documento donde venía la descripción de mi trabajo y llamé a George para asegurarme de que estaba interpretando la cláusula «jefe de personal» correctamente. Cuando me aseguró que sí, bajé en el ascensor hasta el vestíbulo y esperé a que llegara la estilista con los trajes de la semana.

—Buenas noches, señorita Lauren. —Me sonrió mientras hacía rodar el burro dentro del vestíbulo exactamente a las siete en punto—. Le estaba diciendo al conductor que por fin hay un asistente personal eficiente por aquí. También le estaba diciendo que es lamentable que todos los trajes lleguen tan tarde en estos días, ¿sabe? Debemos de estar en plena temporada de alfombra roja.

—Cállate —espeté—. Guárdate esas mentiras para quien se las quiera creer.

—¿Qué? —Abrió los ojos como platos.

—No te hagas la tonta. —Apoyé la mano en el burro—. ¿Sabías que como asistente personal del señor Parker tengo el poder de contratar y despedir al personal auxiliar sin pedirle permiso? ¿Y que tú formas parte de ese personal auxiliar?

—No. —Palideció—. No, no lo sabía.

—Bien, pues ya lo sabes. Sin embargo, como no soy una persona tan mezquina como tú y no puedo despedir a tu amiga de recepción, voy a hacerte un favor. —La fulminé con la mirada—. Te voy a dar otra oportunidad. A partir de ahora, entregarás los trajes por la mañana, en vez de por la noche. Vas a permitir que los revise y los apruebe para que podamos verlo vestido con algo que no sea siempre de Tom Ford, ya que creo que en esa tienda te dan algún tipo de comisión. —Ella apartó la vista, lo que confirmaba mi teoría—. Como me imaginaba. A partir de hoy, serás la mejor estilista que haya tenido el señor Parker, porque no vas a intentar conseguir que su asistente personal, que está por encima de ti, quede mal. ¿Ha quedado claro?

Asintió.

—Quiero que lo digas en voz alta.

—No la haré quedar mal.

—Gracias. —Reorganicé los trajes en el burro, poniendo los que más me gustaban delante—. Me han dicho que hay un grupo de empleados haciendo apuestas; dime: ¿cuánto tiempo crees tú que duraré?

Bajó la vista y negó con la cabeza.

—Prefiero no decirlo.

—¿Por qué? Si eres lo suficientemente valiente como para intentar hacerme la cama, al menos

puedes decirme cuánto tiempo crees que conservaré mi empleo.

—Un mes más. Tres meses como máximo.

SEIS MESES DESPUÉS...

SIETE

PRESTON

«Contratar a Tara Lauren es, oficialmente, lo peor que has hecho en tu vida».

—Contratar a Tara Lauren es, oficialmente, lo mejor que has hecho, Preston. —George me pasó una carpeta—. Al menos lo era, y realmente la he apreciado mientras ha durado.

—Mmm... —Hojecé un informe y fingí leerlo.

Desde que Tara había empezado a trabajar para mí, no había podido llevar a cabo mi labor diaria cumpliendo los estándares que me había autoimpuesto. Todo en ella suponía una distracción, y había perdido la cuenta de cuántas veces me la había imaginado inclinada sobre mi escritorio con el culo en pompa, rogándome que la follara más profundamente.

Sin duda era la asistente personal más trabajadora que hubiera contratado jamás: no solo hacía bien su trabajo, sino que cada día que pasaba mejoraba un poco más. A pesar de su falta de experiencia en el mundo hotelero, se había puesto al tanto de todo en poco tiempo. A diferencia de mis otros asistentes, que se limitaban a esperar que les dijera qué hacer, ella siempre iba diez pasos por delante de mí. Estudió todas las características que convertían mis hoteles en una marca al pie de la letra, y pronto pudo recitar los mantras y las comodidades que ofrecían mejor que algunas de las personas que habían estado trabajando para mí durante años. Incluso estaba cambiando a todo el personal que trabajaba directamente para mí, despidiendo a quien no lo hacía bien y contratando a las personas que creía que me ayudarían más.

Aun así, había tres cosas sobre ella que me volvían completamente loco. Una, tenía una lengua muy aguda y, desafortunadamente, el sarcasmo que goteaba de sus labios seductores solo hacía que la deseara más. Dos, no sabía susurrar; al menos actuó como si fuera así cada vez que murmuraba por lo bajo algo sobre lo mucho que me odiaba, o cuando se decía a sí misma que yo era «gilipollas». Tres, tenía tendencia a no usar bragas debajo de algunos de sus vestidos, y no podía evitar notarlo cada vez que ocurría. Esos días, insistía en que entrara en mi despacho cada media hora para realizar pequeñas tareas delante del escritorio solo para poder verla.

—Su contratación surgió también en un momento bastante positivo. —La voz de George me arrancó de mis pensamientos—. El resultado que está dando me llena de esperanza, y cuento con que, por fin, la próxima vez logremos encontrar a alguien a quien que podamos conservar nueve meses o incluso un año. Era realmente buena.

—Lo siento, ¿de qué estás hablando? —Lo miré—. ¿Por qué dices que «era» una buena asistente personal, en pasado?

—Porque acabo de recibir una llamada de The Greenwich Firm, ya sabes, la firma donde acaban trabajando la mayoría de sus asistentes personales. Me han preguntado si podía darles buenas referencias antes de que hiciera hoy la entrevista final.

—¿Y qué les has dicho? —Apreté los dientes, furioso al saber que ella había ido a una entrevista laboral a mis espaldas.

—Bueno, les he dicho que tendrían que volver a llamarme, ya que venía a reunirme contigo, pero que pensaba hablar muy bien de ella. ¿O me estoy perdiendo algo?

—Te estás perdiendo algo —afirmé—. La señorita Lauren tiene una cláusula de no competencia en

su contrato. Además de algunas otras cláusulas que he agregado.

—¿Y qué? Sus otros asistentes también la tenían. Nunca fue un problema cuando quisieron marcharse.

—Bueno, pues ahora no ocurre lo mismo, así que no les des referencias. Ninguna. Si te preguntan por qué, diles que me llamen a mí.

—¿Qué?

—Ya me has oído —le dije—. Creo que ha llegado el momento de que comencemos a llevar a la práctica todos los términos que hacemos firmar a nuestros empleados en sus contratos. Necesitamos establecer una nueva pauta y asegurarnos de que, a partir de ahora, la gente no está usando nuestra empresa como un trampolín para otro trabajo.

Cerró la carpeta.

—Entonces, ¿quieres que le diga que está perdiendo el tiempo yendo a todas esas entrevistas?

—¿Cuántas ha tenido?

—Cinco que yo sepa, al menos hasta ahora.

«¿Qué coño...?».

—¿Cinco, George?

Se encogió de hombros.

—Comprendo lo que dices sobre el nuevo cumplimiento de los contratos, pero quizá ella no ha leído la letra pequeña.

—La cláusula de no competencia no está en la letra pequeña —aseguré—. Está en la segunda página, subrayada y en negrita, junto con muchos otros términos básicos. Estoy seguro de que lo ha leído.

—La entrevista es a las tres, Preston... —Miró el reloj—. Le harías un favor si le adviertes de que no cruce la ciudad para acudir a ella.

—Dado que no me ha dicho que tenía una entrevista, no pienso hacerle ese favor.

Puso los ojos en blanco al tiempo que se levantaba.

—Gracias por recordarme lo mezquino que puedes llegar a ser...

—De nada.

—Estaré de vuelta dentro de una hora con la documentación de Von Strum —dijo—. Nos llevará toda la noche revisarlos, así que ahora me voy a almorzar.

Cuando salió del despacho, le envié inmediatamente un correo electrónico a Tara.

ASUNTO: Actualización sobre la reunión de hoy

Señorita Lauren:

Revisaré los archivos de Von Strum con George hoy a las tres. Dado que es el acuerdo más importante que voy a llevar a cabo, es obligatorio que usted esté presente.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

No recibí una respuesta al momento, como era su costumbre. Actualicé la bandeja de entrada segundos después, pero siguió sin responderme.

Esperé cinco minutos, y luego busqué su nombre en la agenda del teléfono.

Antes de que pudiera llamarla, ella entró en mi despacho embutida en un vestido de color verde oliva que se ceñía perfectamente a sus curvas acompañado de unos *stilettos* de color *nude* que me llevaron a imaginarla envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura.

«Sin duda hoy no lleva bragas...».

—Ya he terminado con todas las tareas de la lista de hoy —anunció, dejando una carpeta encima de mi escritorio—. Además, he agregado algunas frases que sería conveniente que mencionara durante la primera reunión con la familia Von Strum. Una de esas palabras es «Gracias». Además, estoy configurando los avisos precisos para comunicar a sus amigos y familiares más cercanos sus próximos viajes, pero no encuentro la lista de contactos.

—Eso es porque no es necesario avisar a nadie.

—¿A nadie?

—A nadie.

—Bueno, entonces... —Parecía que quería decir algo más, pero se contuvo—. También he terminado de leer la lista de servicios propuestos para el nuevo Hotel Harrison, y he expuesto mi opinión al respecto. ¿Necesita que haga algo más antes de ir a tomar un almuerzo tardío?

—Te he enviado un correo electrónico.

—No lo he abierto.

—Pues este sería un buen momento para hacerlo, señorita Lauren.

—Creo que sería mejor más tarde, señor Parker —aseguró, burlándose de mí—. ¿Necesita que haga algo más, salvo eso?

—Me gustaría que me trajera café.

—Ya me he encargado de eso y he enviado a alguien a buscarlo.

—Me gustaría que actualizara mi agenda para que se queden reflejadas todas las reuniones de la próxima semana en Sonoma. Quiero que lo codifique por colores.

—Eso ya lo he hecho esta mañana. ¿Algo más?

«Me gustaría que cancelaras esa maldita entrevista».

—No. —Golpeé el escritorio con fuerza, pensando en cómo me iba a encargar de manejar este asunto durante las próximas semanas—. Disfrute de su almuerzo tardío.

Sonrió mientras iba hacia la puerta.

—Lo haré.

OCHO

TARA

UNOS DÍAS MÁS TARDE...

—¿Señorita? ¿Señorita? Su café está listo. La voz del camarero del Sweet Seasons me hizo levantar la vista de la pantalla del móvil.

—Gracias. —Lo cogí y tomé un sorbo. Luego negué con la cabeza y se lo devolví—. Esto no está ni a veinte grados, y es necesario que sean sesenta y cinco. Ah..., y apenas puedo notar el sabor del caramelo, ¿puedes agregar un poco más?

—Lo volveré a hacer enseguida —dijo—. ¿Vas a seguir pagando el café de todos los que están en el local en este momento como lo has hecho todo el mes?

—Por supuesto. —Le entregué la tarjeta de crédito de Preston. Esperé hasta que me entregó una taza al gusto del jefe, y luego pedí otra taza nueva antes de regresar al coche.

Me había sorprendido que la lista de recados estuviera casi vacía por la mañana, así que llegaba a trabajar una hora antes para poder echarme una siesta sobre mi escritorio. No estaba segura de por qué había llegado a pensar que este trabajo sería más fácil de llevar, por qué había imaginado que alguna vez me acostumbraría a las peticiones de este hombre, pero estaba claramente equivocada.

Ayer, Preston me había llamado a medianoche para revisar un informe durante más de una hora, y aunque estaba cabreada por esa intromisión en mi tiempo personal, había mantenido descaradamente mi vibrador contra mi clitoris durante todo el tiempo que estuvimos hablando. Aunque lo estaba usando como inspiración para masturbarme todas las noches —ya que me había arruinado mi vida social—, eso era lo único positivo que podía decir sobre él. Bueno, eso y que cuanto peor era él, más solicitudes de trabajo enviaba en mis escasos ratos libres.

«¿Por qué todavía no he recibido ni una sola oferta de trabajo después de alguna de las entrevistas finales? No es lógico...».

—Aquí estamos, señorita Lauren —dijo el chófer, abriéndome la puerta trasera—. ¿Necesita que haga algo más por usted?

—¿Podría llevar este café a la oficina del señor Parker, por favor? —Se lo entregué—. Déjelo en la bandeja de cristal que le compramos ayer. Asegúrese de que está a su temperatura favorita.

—Por supuesto. —Se rio.

Subí a la planta que me correspondía, y me detuve en seco.

—¿Michael? —Vi a mi novio sentado detrás del escritorio de Cynthia—. Michael, ¿eres tú?

—Hace mucho tiempo que no nos vemos, ¿eh?

—No exactamente. Te llamé la otra noche.

—A las tres de la mañana, Tara... —Negó con la cabeza—. ¿No te has dado cuenta del patrón que sigue nuestra relación en los últimos meses, o acaso te gusta que vaya así?

—Me he dado cuenta.

—Oh, ¿en serio? —Se cruzó de brazos—. Entonces, ¿por qué no te parece extraño que tenga que venir a tu trabajo tan temprano solo para verte?

No estaba segura de qué responder.

—Lo siento.

Él no respondió. Simplemente me miró de arriba abajo, admirando mi ajustado vestido negro y gris, y luego echó un vistazo al resto del vestíbulo.

—He pasado por tu nuevo apartamento antes de venir aquí. Es una mejora increíble con respecto a donde estabas antes, ¿sabes? —Sonrió—. ¿Cuál es el alquiler mensual en ese apartamento? ¿Cinco mil dólares?

—Nueve mil, pero solo estoy pagando cuatro. Me hacen un descuento por mi jefe.

—Sí, bueno, hablando de tu jefe, ¿podríamos...?

Me sonó el móvil y, como si estuviera en alerta, respondí a la llamada antes de que él pudiera terminar la frase.

—Al habla Tara Lauren, de Parker International —dije.

—Señorita Lauren, soy Daniella. Los trajes del señor Parker estarán listos para que los recojan a las nueve en punto, según lo ha solicitado. Como sabe, voy a llegar tan temprano por este motivo; ¿la persona encargada llegará a tiempo?

—Sí, lo hará.

—Será mejor que así sea. —Puso fin a la llamada, y antes de que pudiera guardar el teléfono, sonó de nuevo.

—Al habla Tara Lauren, de Parker International —respondí.

—Señorita Lauren, soy Raymond Oliver, de Buvette. Le ruego que me disculpe por llamarla tan temprano, pero he visto que ha cambiado la orden de desayuno del señor Parker recientemente. Quería asegurarme de que fuera correcto antes de pedirle al chef que lo haga.

—Es correcto —dije—. Un *croissant* de almendras con mantequilla, dos *crêpes* y cualquier plato con huevo que haya aparecido en la *GQ* la semana pasada. Quiere probarlos, pero no se pasen con la pimienta. Su médico no quiere que tome demasiada.

—Como desee, señorita Lauren. Lo llevaré a su oficina lo antes posible.

Terminé la llamada y miré la pantalla, esperando la siguiente, que siempre entraba puntual como un reloj.

En el momento en el que cambió la hora, el chófer de Preston me llamó al móvil.

—Buenos días, Simon.

—Buenos días, señorita Lauren —me saludó—. La llamo para avisarla de que llegaré a la puerta del señor Parker dentro de cinco minutos, ya que él quiere llegar temprano hoy al trabajo. ¿Debo informar de algún asunto urgente?

—En este momento no, Simon. Gracias por llamar. —Colgué y volví a centrar la atención en Michael. Estaba paseándose por el lugar, soltando largos suspiros cada pocos segundos.

—Lo siento, de verdad —me disculpé—. ¿Qué estabas diciendo?

—Estaba diciendo que no creo que esto vaya a funcionar. —Sus palabras fueron claras y firmes—. No puedo soportar más toda esta mierda.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—No hemos podido follar desde que conseguiste este trabajo, Tara. Cada vez que nos sentamos a cenar o a algo tan simple como almorzar, tu jefe o alguien conectado a tu puto jefe te llama y tú lo dejas todo para empezar a correr.

—No lo dejo todo y empiezo a correr —aseguré—. Solo estoy tratando de aprovechar esta oportunidad mientras ahorro tanto dinero como pueda. Sabes que no planeo trabajar para él toda mi vida.

—Me dijiste que renunciarías el mes pasado, cuando trabajaste ciento veinte horas en una sola

semana. Y no nos olvidemos de hace cinco días, cuando te llamó a las dos de la mañana para leerle un maldito correo electrónico, como si fuera ciego y no pudiera leerlo él mismo.

«Esa fue la primera vez que usé el vibrador mientras oía su voz...».

—También afirmaste que habías llegado al tope la semana pasada, cuando te hizo quedarte en el trabajo hasta las tres de la mañana, después de pedirte que volvieras a escribir el mismo informe veinte veces.

—Mira..., sé que mi jefe puede ser difícil.

—No, tu jefe no es difícil, Tara. Es gilipollas. Lo sé, lo sabes, todo Nueva York lo sabe.

—Bien, vale. Es gilipollas. Sin embargo, creo que estás siendo injusto con todo esto. No es que no haya tratado de conseguir otro trabajo. ¿Qué quieres que haga si nadie me ha llamado a pesar de acudir a todas esas entrevistas? No tiene sentido dejarlo hasta que tenga otra cosa segura.

—Con ese salario, creo que tienes dinero más que suficiente en el banco para mantenerte durante los tres próximos meses, Tara, mientras encuentras algo. —Me miró a los ojos—. No pretendo ser inamovible ni darte un ultimátum, pero no tengo otra opción. Tu jefe o yo.

—¿Qué?

—Ya me has oído —dijo, acercándose—. Tu jefe o yo. Elige.

Antes de que pudiera darle una respuesta, en mi teléfono sonó el tono de llamada de Preston.

—¿Te importa esperar un segundo? —pregunté, entrando en mi despacho para atender la llamada en privado—. ¿Hola?

—¿Hay alguna razón por la que no me hayan entregado los documentos de Dawson en mi casa esta mañana? —inquirió Preston con su voz profunda.

—Ha sido porque había demasiados errores tipográficos, así que les he pedido que lo volvieran a redactar. Los tendrá esta tarde.

—¿Y qué pasa con las publicaciones sobre la presentación de Anderson?

—Las imprimí anoche, y las tiene Simon. Me he imaginado que querría leerlas de camino al trabajo, ya que hay ocho artículos periodísticos que leer.

—Mmm... —Me colgó, como siempre, sin decir nada más.

Si había algo que me enfurecía de él, era el hecho de que nunca daba las gracias, ni siquiera se mostraba agradecido por mi trabajo.

Unos segundos después, el móvil vibró con un correo electrónico entrante suyo.

ASUNTO: Sus notas sobre la presentación Anderson

Con suerte, estas notas tendrán la ortografía adecuada de «anualidades». De lo contrario, necesitaré que las vuelva a redactar, preferiblemente con corrección ortográfica. (Sabe que todos los ordenadores de mi empresa tienen esta función, ¿verdad?)

Preston Parker

Director general y propietario de Parker International

«¡Aggg!».

Lancé el móvil al otro lado de la habitación y regresé al vestíbulo para terminar de hablar con Michael, pero él ya se había ido. Lo único que quedaba de él era una nota adhesiva que había dejado pegada en el escritorio de Cynthia.

«Hemos terminado.

Tú y tu jefe podéis iros a la mierda.

Michael».

Varias horas después, le envié a Michael otra cadena de mensajes de texto, preguntándole si podíamos hablar o al menos ser amigos, pero él no me respondió. Decidí enviarle un mensaje por Facebook, pero cuando inicié sesión, noté que había cambiado el estado de su relación. Sin embargo, ahora no estaba libre, sino que mantenía una relación con otra persona.

«¿Qué?».

Esperé que me doliera corazón, pero no fue así. Las únicas emociones que sentí fueron irritación y una pizca de alivio.

Tras comprobar la hora, decidí faltar la reunión ejecutiva obligatoria del día e ir a tomar algo con Ava para hablar de la ruptura. Así que fui al ascensor y apreté el botón.

Cuando se abrieron las puertas, vi dentro al señor Parker hablando con uno de sus asesores financieros. Al entrar en la cabina, presioné el botón G.

—Creo que se equivoca, señorita Lauren —dijo Preston—. La reunión de esta tarde es en el nivel T.

—Soy muy consciente de dónde está, señor Parker. —Me giré para mirarlo encogiéndome de hombros—. No tengo ganas de ir.

—No es algo que pueda elegir.

—En ese caso, haré que alguien ponga una grabadora en mi silla. Mejor aún, ya que usted sí tiene ganas de ir allí, ¿puede hacerlo por mí?

Apretó los dientes y me miró con los ojos entrecerrados.

—Mmm..., creo que me he olvidado algo... —El asesor apretó un botón al azar y salió corriendo cuando se abrieron las puertas.

En el momento en que se volvieron a cerrar, Preston presionó el botón de emergencia y el ascensor se detuvo bruscamente. Luego se acercó a mí.

—¿Necesito ayudarla a comprender la descripción de su trabajo, señorita Lauren?

—Sí. —Lo fulminé con la mirada—. Por favor, ayúdeme a encontrar la cláusula donde dice que tengo que aguantar las gilipolleces del jefe las veinticuatro horas del día.

—Creo que lo pone justo debajo de la cláusula cinco.

Puse los ojos en blanco e intenté apretar el botón S para que el ascensor se pusiera en movimiento de nuevo, pero él me lo impidió.

—No he recibido ningún correo electrónico de su novio últimamente —dijo—. ¿Es porque está dedicando ese tiempo tan necesario a trabajar su vocabulario?

—No, es porque me ha dejado. Pensaba que yo estaba pasando demasiado tiempo con un jefe demasiado exigente.

—¿Sí? —Hizo desaparecer el espacio que había entre nosotros al tiempo que clavaba sus ojos verdes en los míos—. Bueno, en ese caso, su tan exigente jefe lamenta mucho tal pérdida.

—No, no es verdad.

—No, definitivamente no lo es —confirmó, sonriendo—. Sin embargo, estoy bastante irritado por que mi asistente personal crea que puede hablar conmigo de cualquier manera delante de mis empleados.

—Tal vez si dejara de tratarla de cierta manera, ella consideraría cambiar ese trato...

—No me gusta que mis empleados me hagan quedar mal.

—Eso lo consigue usted solito.

—No me interrumpa. —Siseó—. No había terminado de hablar.

—Como siempre...

Silencio.

Me miró durante varios segundos, como si estuviera dividido entre dispararme o echarme un polvo. Y antes de que pudiera ocurrírseme una disculpa a medias, sus labios se apoderaron de los míos y me empujó contra el panel de botones.

Su lengua buscó la mía, exigiéndome que le dejara llevar el control, y de buena gana me sometí a su ritmo.

Conteniendo un gemido, le rodeé el cuello con los brazos mientras él me besaba aún con más intensidad.

—Rodéame la cintura con una pierna —susurró con dureza—. Ahora mismo.

No pude. Estaba demasiado perdida en las sensaciones que provocaba su boca contra la mía. Demasiado aturdida por lo largo y profundo que se volvió nuestro beso. Así que cerré los ojos, sintiendo los botones del panel contra mi espalda.

Me mordisqueó suavemente el labio inferior, me levantó el vestido y deslizó una mano entre mis muslos. Se detuvo cuando encontró el borde de encaje de mis bragas con la punta de los dedos, y soltó una carcajada antes de arrancármelas de un tirón.

Apreté el pulgar contra mi clítoris empapado, haciendo que abriera los ojos de par en par.

—Ahhh... —Se me escapó un gemido de los labios, y le clavé las uñas en su piel. Mi clítoris comenzó a palpar de placer.

Todavía besándome con fuerza, deslizó los dedos profundamente dentro de mí, haciéndome gemir aún con más intensidad.

—Estás completamente empapada... —Gimió, empujando los dedos dentro y fuera de mí con un endiablado ritmo, lento y sensual, que me debilitó las rodillas—. Júrame que no has estado pensando en follar conmigo desde que has empezado a trabajar aquí... —susurró contra mis labios.

—No he soñado contigo —mentí al tiempo que arqueaba la espalda. El ascensor comenzó a moverse de nuevo. Como si eso no le importara lo más mínimo, continuó besándome y controlándome, siendo dueño de mi cuerpo como nunca antes lo había sido nadie.

El ascensor se detuvo de repente e inmediatamente nos separamos el uno del otro.

Me bajé el vestido y él se metió mis bragas en un bolsillo antes de que las puertas se abrieran en el piso de la reunión.

—Como te estaba diciendo —dijo, saliendo primero—. Esta reunión no es opcional.

NUEVE

PRESTON

«Tengo que encontrar una manera de manejar esto con más soltura...».

Después de saborear la boca de Tara en el ascensor y sentir lo apretado que sentí su coño en mis dedos, supe que eso no sería suficiente. Tenía que llevar las cosas más lejos, y debía hacerlo pronto, ya que me pasaba el día pensando en ella, se infiltraba en todos y cada uno de mis pensamientos.

En la reunión de ayer solo había podido pensar en sus gemidos jadeantes, y por la noche, no dejé de imaginarla a cuatro patas, mientras le metía cada centímetro de mi polla hasta que me rogaba que le permitiera correrse.

Me deshice de esos pensamientos, miré la breve lista de tareas pendientes para el día y leí las notas que había escrito a mano. Tomé un sorbo de café y subrayé las partes sobre las que necesitaba más detalles, y cuando le estaba enviando un correo electrónico, entró en mi oficina, tan impresionante como siempre.

—¿Sí, señorita Lauren?

—Von Strum acaba de llamar —anunció—. Les gustaría que supiera que, debido a su crueldad, es usted la última persona de la Tierra a la que querrían vender su cadena de hoteles.

—Viendo que soy la última persona interesada en comprarla, puede decirles que su lógica me parece bastante aplastante.

Una leve sonrisa cruzó por sus labios, pero no permitió que se quedara. Tocó la pantalla de su móvil varias veces y me miró de nuevo.

—George no podrá asistir a la reunión sobre la expansión que se desarrollará en Londres el mes próximo.

—¿Y qué hay de Wilder?

—Se va a casar con su primo tercero, y ya lo ha pospuesto dos veces. —Se acercó y cogió los sobres extra de pimienta del plato donde estaba mi desayuno. Luego me indicó que me cambiara la corbata—. Le he enviado un regalo en su nombre.

—No soy el tipo de hombre que enviaría un regalo a otro hombre. A lo sumo, una botella de champán.

—Es que he enviado champán.

—¿Ha elegido una buena cosecha?

—Por supuesto.

—¿1996?

—1995. —Dejó una carpeta en mi escritorio—. Aquí tiene el informe sobre el desayuno de las cadenas de los hoteles económicos que usted dice que no quiere leer.

—Y no quiero. —Se lo arrebaté de la mano—. ¿Qué cadena de bajo presupuesto ha sido la número uno este mes?

—Los W Hotels, de nuevo.

—Interesante. —Me deshice de un recuerdo del pasado antes de que pudiera llegar a reproducirse—. ¿Algo más?

—Sí, me gustaría hablar sobre lo que ocurrió ayer en el ascensor.

—¿Qué quiere decirme al respecto?

—Lo fingí.

—¿El orgasmo? —Me incliné hacia adelante.

—Quiero que sepa que estaba pensando en otra persona todo el tiempo. —Se encogió de hombros—. Y me gustaría que mantengamos nuestra relación, o la falta de ella, en un plano completamente profesional para que pueda mantener mi vida personal al margen del trabajo.

Parpadeé, completamente aturdido ante aquellas palabras de mierda.

—Solo para comprobar que he oído correctamente —le dije, mirándola directamente a los ojos—: ¿estabas pensando en otra persona ayer mientras tenía los dedos metidos en tu coño?

—Sí, señor Parker. —Estaba mintiendo, no tenía ninguna duda—. ¿Quiere que haga algo más por usted esta tarde?

—Sí, señorita Lauren. —Me recliné en mi sillón, furioso—. Hay muchas cosas que me gustaría que hiciera esta tarde...

DIEZ

TARA

—Te preguntaría cómo te ha ido el día, pero la respuesta está escrita en tu cara —dijo Ava, haciendo una seña al camarero esa noche—. ¿Podrías ponerle a aquí mi amiga unos chupitos del vodka más fuerte?

—Gracias. —Negué con la cabeza, maldiciéndome en silencio por haberle mentido a Preston sobre que había fingido en el ascensor. Ni siquiera sabía cómo se me había ocurrido mencionarlo, sobre todo sabiendo que él era un ser mezquino y que tomaría represalias pidiéndome que hiciera mucho trabajo «urgente».

Sabía de sobra que en realidad él no necesitaba veinte copias del mismo informe cada hora, ni que me pusiera a reorganizarle las estanterías de su despacho. Sin duda no necesitaba ordenar los documentos que tenía sobre el escritorio, pero cuando lo hice, encontré un lugar oculto donde había más fotos de él y su hermano gemelo. También había algunas cartas antiguas que se habían intercambiado, pero la más reciente estaba fechada hacía más de diez años.

Iba a preguntarle algo al respecto, pero eso fue antes de que insistiera en que me quedara cuatro horas más y lo ayudara con un discurso que no debía pronunciar hasta dentro de seis meses. También fue antes de que me pidiera que lo ayudara a elegir los gemelos perfectos de su colección, que contenía más de quinientos pares.

Y a pesar de lo mucho que me cabreaba, por mucho que quisiera clavarle un bolígrafo en el cuello durante ciertas reuniones, no podía negar el efecto que tenía en mi cuerpo cada vez que estábamos en la misma habitación. Demonios, cada vez que hablábamos por teléfono.

Me excitaba la forma en la que me miraba cuando nos encontrábamos solos, como si me estuviera desnudando capa a capa, y también cómo decía mi nombre, por lo que me pasaba la vida en un estado de anhelo perpetuo. Ni siquiera conocía las palabras con las que explicar el efecto que esa sonrisa tan sexy que esbozaba tenía en mí, pero nunca se me había ocurrido traspasar los límites.

—Tierra llamando a Tara. ¡Tierra llamando a Tara! —Ava me puso dos chupitos delante, y me arrancó de mis pensamientos—. ¿Puedo atreverme a preguntar en qué estás pensando?

—Joder...

—Eso es un hecho. —Se rio—. ¿En qué más estás pensando?

—En que mi jefe me obliga a acompañarlo a Londres a finales de mes.

—¿De verdad? ¡Guau, eso suena genial! —Se aclaró la garganta—. Quiero decir..., ¡oh, no! ¡Londres no! ¿Cómo se atreve a llevarte allí en su lujoso *jet* privado?

—Estoy hablando en serio, Ava. —Me tomé de un trago los dos chupitos—. Ocupa todo mi tiempo. No tengo relaciones sexuales desde que comencé este trabajo de mierda porque no me queda tiempo ni para dormir, y mucho menos para conocer a nadie.

—¡Oh, por favor! Esa no es una excusa para no tener sexo. Hoy en día no es necesario conocer a nadie para follar.

—¿Eh...?

—Hazte una cuenta en Tinder. —Sacó el teléfono—. Descarga la aplicación y desliza la foto hacia la derecha cuando encuentres a alguien que te guste. Asegúrate de que esté en las proximidades, como

a diez kilómetros o menos, y luego queda para tomar una copa ese mismo día. Es como tener barra libre con cubatas ilimitados, y es perfecto para personas como tú que tenéis trabajos implacables.

—¿Tú recurres a eso?

—Por supuesto. —Cogió mi móvil y me descargó la aplicación—. A partir de ahora, puedes hacer cualquier recado para tu jefe, echar un polvo y volver al trabajo. Ya no tienes problemas para ello.

—¿Incluso si con el hombre que quiero follar de verdad es mi jefe?

—¿Qué? ¿Qué acabas de decir?

—He dicho que me gustaría hacer una prueba con Tinder esta noche. Ahora mismo.

Media hora más tarde, estaba sentada en una mesa delante de un *yuppie* de Wall Street, sorprendida al comprobar cómo la tecnología había cambiado por completo el juego de las citas. Bueno, al menos el juego sexual.

—Entonces, ¿a qué te dedicas? —me preguntó—. No lo he entendido muy bien.

—Soy la asistente personal de un pez gordo.

—Ah... —Lo vi sonreír—. ¿Y llevas seis meses en ese puesto?

Asentí con la cabeza.

—Entonces, imagino que te encantará tu trabajo.

—No, lo que me encanta es el dinero. Tengo un jefe horrible que se cree que es el dueño de cada hora de mi tiempo, pero pienso presentar la renuncia muy pronto —aseguré, pues no quería pasar demasiado tiempo hablando de ese tema. Este tipo no era Preston, ni de lejos, pero resultaba lo suficientemente atractivo, y necesitaba liberar toda la excitación que Preston me hacía sentir echando un polvo de verdad.

Me había acostumbrado ya a usar mi colección de vibradores imaginando la cara de Preston Parker como inspiración nocturna, y quería darles un merecido descanso.

«Júrame que no has estado pensando en follar conmigo desde que has empezado a trabajar aquí...».

—¿Y tú en qué trabajas? —me interesé.

—Soy pasante a prueba en Wells Fargo. —Se inclinó hacia adelante, sonriente—. También odio mi trabajo, así que pronto me buscaré otra cosa. ¿Quieres que nos vayamos de aquí?

—Por supuesto.

Mientras me levantaba, sentí que el teléfono comenzaba a vibrarme en el bolsillo.

Era un correo electrónico de Preston.

ASUNTO: Emergencia. Necesito tu ayuda

¿A medianoche? Estuve tentada de abrirlo, pero no lo hice. Sabía que no era una emergencia de verdad, así que decidí lidiar con él después del sexo.

Unos minutos después, cuando llegamos a la acera, el móvil volvió a sonar.

Preston.

ASUNTO: Sé que has visto mi último correo electrónico...

Apagué el teléfono y miré al chico, cuyo nombre ni siquiera recordaba.

—¿Vamos a mi casa o a la tuya?

—Vivo a ocho manzanas de aquí.

—Yo solo a dos —expliqué, antes de ponerme a andar, abriendo el camino.

El chico amenizó la corta caminata con una charla, pero le estaba prestando atención a medias. Lo único en lo que podía pensar era en los labios de Preston sobre los míos, en la sensación que sus manos exploradoras me provocaban entre los muslos.

—Tengo muchas ganas, de verdad —me dijo el desconocido, pasándome los dedos por el cabello mientras deslizaba la tarjeta de la entrada por la ranura.

—Yo también. —Sonreí y abrí la puerta para llevarlo hacia el ascensor.

Entramos y apreté el botón de mi piso. Creía que se pondría a besarme tan pronto como se cerraran las puertas, pero no lo hizo. Solo sonrió, y a cada piso que subíamos, cruzaron por mi mente millones de imágenes de Preston controlando mi boca y deslizando los dedos profundamente en mi interior.

«¿Estabas pensando en otra persona ayer mientras tenía los dedos metidos en tu coño?».

Cuando el ascensor se detuvo, me quitó la chaqueta y lo llevé por el pasillo.

—¿Quieres un poco de vino antes de empezar? Tengo un poco de Moscato helado y también... —Contuve el aliento cuando vi al hombre que me estaba arruinando la vida y llenaba todas mis fantasías apoyado en la pared, vestido con uno de sus impecables trajes grises.

«¿Qué demonios está haciendo aquí?».

Sonriendo, Preston se alejó de la pared y se acercó a mí.

—¿Sabe?, creo que necesito poner a otra persona como contacto de emergencia si va a pasar de mí por... —Miró al desconocido y puso los ojos en blanco— cualquiera.

—Me habías dicho que no estabas con nadie —soltó el chico de Tinder—. No tengo ganas de escenas con exnovios.

—Está soltera —intervino Preston—. Del todo.

—Entonces, ¿quién eres tú?

—Soy su horrible jefe, el que se cree que es el dueño de cada hora de su tiempo. —Sonrió—. Estoy seguro de que me ha mencionado.

—Lo ha hecho. Y, en realidad, dijo esas palabras exactas.

—Mmm... —dijo Preston, ignorándome a pesar de que sabía que lo estaba mirando—. Bueno, tenemos una situación de emergencia laboral que necesitamos discutir en privado.

—Oh, claro... —El chico de Tinder se encogió de hombros—. Bueno, entonces, ¿nos vemos otra noche, Tara? —Se echó hacia adelante para besarme en la mejilla, pero Preston me apartó de él.

El extraño parpadeó confundido, y trató de besarme la mejilla de nuevo, pero Preston me alejó de él una vez más.

—Vale, vale... —se rindió—. Buenas noches, Tara. Y también a tu jefe.

—Buenas noches —dijimos al unísono, haciendo que pareciera todavía más confuso mientras corría de regreso al ascensor.

En cuanto se perdió de vista, aparté a Preston de un empujón.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Estaba preocupado por su bienestar. —Sonrió—. Le he enviado dos correos electrónicos, tres mensajes de texto y luego la he llamado. No me ha respondido.

—¡Porque le estaba ignorando!

—No estaría a punto de tirarse a ese tío, ¿verdad?

—Eso no es asunto suyo —siseé, casi hiperventilando—. Lo que hago después del trabajo es cosa mía. Y además... —No pude reprimir un estornudo cuando el aroma a ajo de la cena de mi vecino flotó por el pasillo—. No quiero que me llame ni que me envíe correos electrónicos constantemente. —Estornudé de nuevo.

Sacó un pañuelo del bolsillo del traje y me lo ofreció.

—Gracias. —Se lo arrebaté y solté un suspiro—. ¿De qué emergencia se trata?

—Es algo muy preocupante... —Sacó unos gemelos del bolsillo—. Esperaba que pudiera decirme si piensa que estos son lo suficientemente brillantes para la sesión de fotos con *GQ* este fin de semana o si cree que es mejor que los lleve a pulir antes.

«¡Me cago en todo lo que se meneal!».

—¿Está hablando en serio?

—Sí. —Sonrió—. Es necesario que se vean bien en las fotos. ¿No le parece?

—¿Acaba de hacerme perder una buena sesión de sexo por esto?

—No, le he hecho evitar una decepción —susurró acercándose—. No quisiera que estuviera follando con alguien mientras piensa en otra persona todo el tiempo. Además... —bajó la voz—, parece un pardillo, y los dos sabemos que no es su tipo —me susurró al oído. Dio un paso atrás y me miró, dejándome clavada al suelo con una mirada apasionada—. No estoy seguro de habérselo dicho alguna vez, señorita Lauren, pero no me gusta que me ignoren.

—Queda anotado —le dije, odiando sentir que tenía las bragas empapadas—. Y esto creo no habérselo dicho alguna vez, pero le odio.

—Lo dice todos los días. —Sonrió y empezó a alejarse. Luego se detuvo y me miró por encima del hombro—. Mañana por la mañana me traerá el café a cuatro patas.

—¿Qué acaba de decir?

—Ya me ha oído.

DOS AÑOS COMPLETOS DESPUÉS...

ONCE

TARA

ASUNTO: Tu fiesta de cumpleaños. (Lo siento, no podré ir)

¡Hola, Mariah!

Lamento no poder asistir a tu fiesta de cumpleaños este fin de semana. Sé que es el gran día, y que Ava y yo te prometimos que estaríamos en Las Vegas, contigo, pero no voy a poder. Tengo que ir con mi jefe a Bélgica por un tema de negocios.

Por favor, ¡envía fotos!

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Tu boda. (No puedo asistir)

¡Hola, Britney!

Sé que has venido a Nueva York el mes pasado con la modista para que me adaptara el vestido de dama de honor, pero no podré estar en tu boda el mes próximo.

En la oficina han presentado la dimisión tres personas, y no me queda otra que acompañar a mi jefe a España para una reunión de estrategias de emergencia en un nuevo hotel que está construyendo allí.

Por favor, ¡envía fotos!

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Tu graduación.

(¡Lo siento MUCHÍSIMO!)

¡Hola, Greg!

¡Muchas gracias por invitarme a tu graduación!

Sé que somos amigos desde que teníamos siete años y que lo que más ilusión te hacía desde que estábamos en secundaria era obtener el doctorado, ¡así que felicidades por alcanzar finalmente ese hito!

Desafortunadamente, no podré acompañarte ese día, ya que todavía estoy en Seattle con mi jefe y estamos revisando un nuevo trabajo de marketing para una campaña. (Si sacas otro doctorado, te juro que sí que asistiré).

Por favor, ¡envía fotos!

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: La fiesta del bebé.

(¿Todavía puedo ser la madrina?)

¡Hola, Elise!

¡Muchas gracias por elegirme para ser la madrina del pequeño Chase!

¡Estoy deseando que llegue el otoño!

Sé que la fiesta del bebé es dentro de cuatro semanas, pero ya te digo ahora que no podré asistir. Mi jefe acaba de reservar tres giras internacionales consecutivas. (¡Pero te enviaré toneladas de pañales y pijamitas!).

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Sobre «Los ganadores nunca se rinden». (Perdona mi lenguaje)

Solo por curiosidad, mamá: ¿se puede aplicar esa frase cuando alguien está trabajando para un jefe gilipollas que está arruinando su vida social sin ayuda de nadie?

¿Sí o no?

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Re: Sobre «Los ganadores nunca se rinden». (Perdona mi lenguaje)

¿Quería enviarme esto a mí en lugar de a su madre?

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Sobre «Los ganadores nunca se rinden». (Perdona mi lenguaje)

Sí.

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

DOCE

PRESTON

PUERTO VALLARTA, MÉXICO

Tenía que haber una palabra en el diccionario que fuera mucho más descriptiva que «tortura». Una palabra que capturara perfectamente cómo se sentía uno al tener el mundo a su alcance, con la capacidad de obtener lo que quisiera, cuando quisiera, salvo lo que más anhelaba. Lo único que siempre había estado a mi lado todo el día, todos los días.

«Excepto cuando llega tarde a propósito...».

Al mirar por las ventanas de The Coast Bar, vi que la lluvia caía sobre las blancas arenas de la playa, mientras me preguntaba por lo tarde que iba a llegar Tara a nuestro almuerzo privado. Molesto, levanté el móvil para averiguar si me había enviado algún correo electrónico y vi uno no leído.

ASUNTO: No se olvide de «nosotros»

Estimado señor Parker:

Quiero que sepa que todavía tengo mucho espacio para usted en mi corazón, al igual que sé que todavía tiene usted espacio para mí en el suyo. Sé que hay alguien que se ha convertido en un obstáculo para nosotros últimamente con los cambios en el protocolo de la oficina (¿cómo se atreve a quitarme mis privilegios?!), pero todavía estoy aquí para cuando me necesite.

Le echo de menos, y sé que usted a mí también.

Cynthia Avery

Recepcionista

Parker International

P. D. : Anoche le envié una nueva foto. ¿Sigue teniendo bloqueado mi número? (Se sentirá muy irritado consigo mismo si lo ha perdido... Guiño, guiño).

«¡Dios mío!».

Borré aquel correo electrónico y dejé el teléfono sobre la mesa. Lo último que quería durante un viaje de negocios al extranjero era tratar con alguien de Nueva York. Y aunque nunca lo admitiría, me encantaba que Tara hubiera puesto en marcha nuevas políticas de protocolo, por lo que casi nunca veía a Cynthia ni a ningún otro miembro de mi personal auxiliar a menos que lo quisiera específicamente. Incluso había trasladado a todas las recepcionistas y secretarías al piso de abajo del nuestro, para dejar nuestra planta para los ejecutivos de nivel C.

Últimamente Tara había estado más irritada conmigo de lo habitual, y me estaba enseñando su retorcida versión de hacer el vacío.

Desde aquella noche en el pasillo de su apartamento hacía ya más de un año, se había distanciado de mí. Evitó estar conmigo a solas en los ascensores, y se bajaba en el siguiente piso en el momento en que entraba y coincidía con ella. Insistió en tener becarios en el despacho con nosotros cada vez que le pedía que se quedara hasta tarde, y respondía a cada una de las llamadas telefónicas nocturnas que le hacía con un: «Quiero que sepa que estoy grabando cada palabra de esta conversación para Recursos Humanos, señor Parker».

Desafortunadamente, ninguna de esas cosas había logrado calmar la tensión entre nosotros. Solo la

había empeorado.

Cada día que pasaba, cada minuto que pasábamos en el mismo lugar juntos, la atracción que sentía por ella se volvía más insoportable. Todo, desde la forma de su boca hasta la curva de sus caderas, era suficiente para empalmarme cada vez que entraba en una habitación, y ya había renunciado a tratar de controlarme.

A pesar de que nunca me había sentido tan frustrado sexualmente en mi vida y de que las duchas frías habían batido el récord absoluto —me daba cuatro por día—, consideraba que Tara era lo más parecido a una amiga de verdad. Mi primera amiga de verdad. Y en lo profesional, si era sincero conmigo mismo, sentía que ella era más una socia de mi empresa que una asistente personal.

—¿Señor Parker? —Un camarero se detuvo delante de mí con una libreta—. ¿Le gustaría que le sirviera un aperitivo mientras espera a su acompañante o prefiere pedir ya?

Volví a mirar por la ventana y vi la playa completamente vacía.

—No, ya puede tomar nota.

—Muy bien. ¿Qué le apetece cenar hoy?

—Para mí, quiero el especial del chef con el mejor vino tinto que tengan.

Asintió con la cabeza.

—Excelente elección, señor. ¿Y su acompañante?

—Probaré las vieiras, pero dígame al chef que no les eche mantequilla —puntualicé—. Y también querrá una pequeña ensalada de pollo a la parrilla con vinagre balsámico y tomates *cherry*. ¿Podría asegurarse de que no lleva ajo ni cebollino? Es alérgica.

—Será como usted diga, señor. —Todavía estaba tomando nota—. ¿Sabe lo que le gustaría beber?

—Vodka. —Sonreí—. El más fuerte que tengan. Viértalo en una copa de vino con una gota de zumo de fresa para que nadie más imagine lo que está bebiendo.

—Enseguida lo traigo, señor.

Cuando se alejó, volví a coger el móvil.

Me desplazé por la agenda hasta llegar al nombre de Tara, dudando si llamarla, porque ya sabía lo que me iba a decir: «Sí, sigo grabando cada palabra que dice, y para que conste en acta, este viaje de negocios se ha decidido en el último minuto, así que iré a todas las reuniones cuando tenga ganas. En este momento, no tengo ganas».

Sonreí al pensarlo, y justo cuando estaba presionando la pantalla para llamarla, la vi entrar en el restaurante con un impresionante vestido negro y gris y unos imponentes *stilettos* rojos. Dejó el paraguas al lado de la puerta y le estrechó la mano al *maître*.

Como siempre, su risa áspera y sexy atrajo la mirada de todos los que la escucharon, y en el momento en que puso el pie en el suelo del comedor, todos los hombres que había a la redonda se quedaron callados y la miraron.

Se acercó a nuestra mesa temblorosa, y me puse de pie para quitarme la chaqueta y ponérsela sobre los hombros. Esperé a que se sentara antes de regresar a mi silla.

—¿Todavía estás haciéndome el vacío?

—Depende. ¿Te disculparás por insistir tanto para que asista a este almuerzo privado y a la reunión justo después, cuando te pregunté personalmente si podría tener hoy el día libre?

—No estoy seguro de que sea apropiado que un jefe se disculpe con su empleada por pedirle que haga su trabajo.

—Memeces. —Deslizó los brazos dentro de mi chaqueta y frunció el ceño; me pareció más sexy que nunca—. ¿Cuándo llegarán el resto de los ejecutivos?

—No va a comer nadie más con nosotros. Cancelé la reunión de esta noche cuando me di cuenta de

lo tarde que pensabas llegar.

—Qué amable por tu parte. La próxima vez te haré esperar dos horas en lugar de una.

—Los dos sabemos que nunca harás eso.

—¿Porque adoro mi trabajo?

—Porque eres una adicta al trabajo al igual que yo —dije—. Y odias estar inactiva durante tanto tiempo.

—Odio trabajar para ti tanto tiempo.

—¿Señorita? —preguntó el camarero regresando a la mesa antes de que pudiera responderle a eso—. ¿Le gustaría agregar algo más a su pedido?

—¿Añadir? —Me miró y puso los ojos en blanco—. ¿Ni siquiera puedo pedir por mí misma? Dudo mucho que mi compañero de mesa haya pedido algo que me guste, y odiaría hacer perder el tiempo del chef enviando el plato de regreso a la cocina.

—Por supuesto, señorita. —Sacó la libreta cuando vio que ella abría el menú—. ¿Qué le gustaría tomar esta noche?

—Mmm... —Hizo una pausa—. Me gustaría probar las vieiras, pero ¿podría decirle al chef que no lleven mantequilla? También me gustaría una ensalada pequeña de pollo a la parrilla con vinagre balsámico y tomates *cherry*.

El hombre dejó de escribir para mirarme lleno de confusión mientras Tara continuaba hablando.

—Además, tengo algunas intolerancias —continuó ella—, así que comuníqueme al chef que no debe añadir ni ajo ni cebollino a la ensalada.

—Como usted diga. —El camarero asintió con la cabeza—. ¿Con qué bebida acompañará la comida?

—Con el vodka más fuerte que tengan, por favor. Pero viértalo en una copa de vino con un poco de zumo de fresa, para que nadie sospeche qué es.

—Vuelvo enseguida con el pedido, señorita.

Cuando él se alejó, ella me miró con intensidad.

—Por eso que prefiero pedir mi propia comida —explicó ella entonces—. Soy muy exigente.

—No tenía ni idea. Bueno, cambiando de tema: ¿te gustaría actuar por fin como una adulta y ayudarme a preparar la reunión? ¿Por dónde crees que deberíamos comenzar?

Ella no respondió; se limitó a sacar el móvil y tocar la pantalla. Unos segundos después, vibró el mío al recibir un correo electrónico.

ASUNTO: El traje y la corbata

Te he dicho de forma reiterada que cuando usas un traje azul marino con una corbata pareces mucho más condescendiente de lo que realmente eres (lo que en realidad es bastante impactante). Es necesario que lleves traje gris con una corbata a rayas para la reunión de esta noche.

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

—¿Estás sentada delante de mí y prefieres enviarme correos electrónicos antes que hablar? —le pregunté.

Me volvió a vibrar el teléfono.

ASUNTO: Pregunta retórica

Sí.

Tara Lauren
Asistente personal de Preston Parker,
Director de Parker International

ASUNTO: Re: Pregunta retórica
No recuerdo haberte preguntado si por fin me dejarías follar contigo, pero espero que la respuesta a esa «pregunta retórica» siga siendo la misma...
Preston Parker
Director y propietario de Parker International

—Vale, vale. —Guardó el teléfono tan pronto como leyó mi mensaje—. Podemos dejar los preparativos de la reunión para después de cenar.

—Ya me lo imaginaba...

El camarero nos trajo la comida y las bebidas unos minutos después, y, al instante, ella alejó el pimentero de mi lado de la mesa y yo la cesta de pan del de ella.

—Mientras tanto —dijo—, tengo que recordarte que necesitas una cita para la gala de los premios *Mister Nueva York* a finales del próximo mes. ¿Quieres que te busque una?

—Me gustaría que te dejaras de estupideces y me acompañaras tú.

—Ya te he dicho en numerosas ocasiones que no es apropiado que yo asista a eventos sociales como tu acompañante. Eres mi jefe.

—Y yo te he respondido siempre que eso no importa; nadie se atreverá a decir una maldita cosa, ya que soy dueño de la compañía.

—Entonces, irás solo. —Se encogió de hombros—. Lo comunicaré a los organizadores. También deberías saber que la próxima semana *The New York Times* va a imprimir un artículo bastante decente con un titular muy poco halagador sobre ti.

—¿Cuál es ese titular?

—«El hotelero sin alma participará en DocuSeries».

Cogí el tenedor.

—¿Crees que no tengo alma?

—Sí.

—¿Esa es mi peor cualidad?

—No —repuso ella—. También sabes ser bastante evasivo.

—¿A qué te refieres?

—A que sé con certeza que tienes un hermano gemelo y te niegas a reconocerlo por alguna razón —explicó ella—. No lo mencionas en las entrevistas ni en ninguna de tus biografías. Ni siquiera hablas de tus padres, por lo que será muy interesante verte en un documental cuando nunca te abres a hablar de ti. A menos que... ¿Tienes pensado hablar por fin de tu familia?

Sostuve el tenedor en el aire, y tensé la mandíbula mientras procesaba sus palabras.

—Me temo que no tengo familia, Tara. Te lo he dicho varias veces.

—Lo que yo imaginaba. —Se metió un bocado de vieira en la boca—. Bien, ¿tienes alguna pregunta más?

—¿Estás saliendo con alguien nuevo?

—¿Qué? —Le dio la tos.

—Que si estás saliendo con alguien nuevo —repetí, tratando de ocultar mis celos.

—Preston, sinceramente, ¿crees que tengo tiempo para salir con alguien?

—Quizás durante el tiempo que hemos estado aquí, cuando pasaste la noche en el salón privado del

hotel, susurrando por teléfono durante horas en lugar de estar en tu habitación.

—¿Por qué has pasado por mi habitación en medio de la noche?

—Ese no es el tema —dije con firmeza—. Tú no estabas allí. ¿Estás liada con el nuevo becario?

—No. —La miré mientras se cruzaba de brazos—. No estaba hablando con un posible novio, sino con mi madre.

—Tu madre está en Japón y odia hablar por teléfono.

—Cierto, pero está en medio de otro ejercicio de autobúsqueda interior y tenía que hablar conmigo durante dos horas sobre todas sus esperanzas y sueños para mejorar su aura y su espíritu personal. —Tomó un largo sorbo de vodka—. Además, está convencida de que debe ayudarme a deshacerme de la parte negativa de mi aura, por lo que siempre terminamos hablando demasiado tiempo.

—¿Todavía sigue diciéndote que los ganadores nunca se rinden?

—Cada maldito día...

TRECE

TARA

BÉLGICA, SUIZA, CHINA, LONDRES, FRANCIA, AUSTRALIA, EGIPTO, REPÚBLICA DOMINICANA, CANADÁ, MÉXICO...

Pasé las páginas del pasaporte mientras el avión privado de Preston surcaba los cielos. Cada hoja estaba llena con sellos recientes de países que apenas recordaba haber visto, cada uno era un recordatorio de lo drásticamente que había cambiado mi vida en los dos últimos años.

Me había mudado a un ático de lujo en Park Avenue, y todas las semanas ofrecía en la terraza cenas cocinadas por los mejores chefs de Manhattan, y disponía de pases vip a los espectáculos de Broadway. Mi guardarropa estaba compuesto ahora por las prendas de diseño que una vez había soñado usar, y ya no tuve que robar nada para sobrevivir. (Bueno, todavía disfrutaba de un desayuno gratis aquí o allá).

Mi sueldo ascendía ya al doble de lo que era cuando comencé, y había ganado múltiples pluses. A pesar de todo eso, todavía me sentía muy deprimida.

—¿Quiere un refrigerio, señorita Lauren? —Una azafata se detuvo delante de mí—. ¿Quizá sus cereales favoritos sin gluten?

Asentí con la cabeza.

—Gracias.

—De nada. —Los vertió en un recipiente de vidrio y me entregó una botella de agua. Luego me ajustó la almohada detrás de la cabeza—. El señor Parker quiere saber si hay que detenerse en otro lugar antes de aterrizar en Nueva York —me susurró.

—No, solo quiero ir a casa.

—De acuerdo, señorita.

Cuando se alejó, cogí el teléfono para enviarle un correo electrónico a Ava.

ASUNTO: Viaje desde el infierno (o algo así)

Ahora mismo estoy en el avión, con Preston, así que no puedo llamarte, pero me muero por llegar a casa y contarte todo lo que me ha hecho pasar esta semana. Me dio UN día libre, Ava. ¡UNO! (Y ni siquiera creo que cuente, porque todavía me llamó a las dos de la madrugada sin ninguna razón aparente. ¡Sin ninguna razón!).

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

Me respondió casi de inmediato.

ASUNTO: Re: Viaje desde el infierno (o algo así)

Espera. ¿Me estás enviando un correo electrónico desde un avión privado después de pasar una semana en el mejor hotel Parker del mundo y quieres volver a casa para seguir quejándote de tu vida?

Ava Sanders

*Mejor amiga de Tara Lauren, de Parker International,
que actualmente está viviendo su mejor vida*

ASUNTO: Re: Viaje desde el infierno (o algo así)
Sinceramente, estoy empezando a pensar que no tengo mucha vida propia...
Tara Lauren
Asistente personal de Preston Parker,
Director de Parker International

Negué con la cabeza al tiempo que ponía el teléfono en el bolso y miré por la ventanilla hasta que apareció por fin el familiar horizonte de Nueva York.

Aterrizamos en medio de una lluvia ligera, pero antes de que pudiera respirar por primera vez el aire familiar de la ciudad, escuché que Preston hablaba con el piloto.

—Tenemos que ir a París —decía—. Ahora mismo. Dile a Heath que llene el depósito de combustible y que nos lleve allí lo antes posible.

—Sí, señor.

Me desabroché el cinturón de seguridad y fui a la parte delantera de la cabina.

—¿Acabo de oírte decir que estamos a punto de ir a París?

—Sí. —Parecía completamente desconcertado por mi pregunta, como si no fuera necesario que me lo comunicara para ver si me iba bien—. Ha habido un incidente con la directiva del hotel. Tendremos que permanecer allí durante una semana.

—¿No puedo al menos pasar por casa primero y coger ropa limpia?

—Te compraré allí lo que necesites. —Me entregó una tarjeta *black* y noté que mi nombre aparecía impreso debajo del de él como usuario autorizado.

—Acabo de trabajar contigo durante dos semanas seguidas en México.

—Y ahora trabajarás conmigo durante una semana en Francia.

—Con el debido respeto —dije, sintiendo que me comenzaba a doler la cabeza—, necesito un descanso.

—Entonces, tienes libertad para irte a dormir. —Señaló la *suite* privada de la parte de atrás—. Es un vuelo de nueve horas.

—¿Y qué pasa si tengo planes en Nueva York esta semana?

—¿Los tienes?

Gemí y me mordí el labio. Por supuesto que no los tenía. Sus planes eran los míos. Su vida era la mía, y ya ni siquiera era capaz de separarlos.

—Creo que... —continuó él— esta semana te dará tiempo a trabajar en el tema de las presentaciones, ya que pronto asistirás a las reuniones en mi nombre.

El avión comenzó a recorrer la pista, preparándose para el despegue, y me dirigí a la parte de atrás. Cuando empecé a cerrar la puerta, Preston me detuvo y me miró.

—¿Hay algún problema, Tara?

—Tú. Tú eres mi maldito problema.

Tuvo la audacia de sonreír y el atrevimiento de acercarse a mí.

—Si todavía estás irritada conmigo, se me ocurre una manera de que podamos solucionar el tema de una vez por todas.

—No te preocupes, ya he pensado en cómo voy a arreglar esto de una vez por todas en el mismo momento en que regresemos a casa.

Arqueó una ceja; parecía confundido, y antes de que pudiera decir una palabra, el chófer de su automóvil entró en la cabina.

—Señor Parker, el gerente general del hotel Lexington de su propiedad necesita hablar por teléfono

con usted. Dice que es urgente.

Preston suspiró y me miró.

—Luego seguiremos esta conversación.

—No pienso hacerlo.

Salió de la estancia y me prometí a mí misma que, sin importar nada más, en el momento en el que regresáramos a Nueva York, haría finalmente lo que debía haber hecho hacía meses.

«Ya estoy harta de este imbécil...».

CATORCE

TARA

«A quien corresponda:

Me gustaría agradecerte profundamente haber sido el imbécil de mi jefe durante los dos últimos años. De verdad aprecio todas las situaciones por las que me has hecho pasar, especialmente todas las llamadas telefónicas por la noche, las reuniones interminables, los implacables viajes en el último minuto y las diatribas innecesarias sobre los errores gramaticales que encontrabas en mis correos electrónicos. (Por cierto, nunca, nunca, señalé el hecho de que constantemente usas gerundios o demasiados infinitivos en las oraciones, pero eso es tema para otro día).

A partir de este momento, te informo oficialmente de que he dejado de trabajar contigo, y te deseo que encuentres a un asistente personal que sea al menos “medio de bueno” que yo. (Sí, soy consciente de que “medio de bueno” es gramaticalmente incorrecto. Asúmelo).

Adiós.

Tara Lauren».

Esa carta no se parecía a ninguna de las plantillas.

Al releer el artículo sobre «Cómo renunciar a tu trabajo de la manera correcta», borré mis palabras y respiré hondo. Me serví la cuarta copa de vino, tratando de pensar como una verdadera profesional, y escribí un segundo borrador.

«A quien corresponda:

Sirvan estas líneas para anunciar formalmente mi renuncia en Parker International (y a su arrogante y condescendiente director), efectiva a partir de hoy en dos semanas.

Ha sido una decisión MUY FÁCIL de tomar, dado que los dos últimos años han sido un horror total. Espero que su nueva asistente ejecutiva tenga toda la suerte del mundo (la necesitará), y si mi jefe me necesita para cualquier cosa en estas dos semanas, que alguien le diga que puede apañárselas solo.

Un saludo (no tan) cordial.

Tara Lauren».

Lo borré y empecé de nuevo, bebiendo vaso tras vaso de vino, hasta que la carta me pareció completamente profesional. Hasta que no hubo ni una pizca de malicia o irritación en mis palabras. Y cuando estuve cien por cien segura de que estaba perfecta, la imprimí en papel *vintage* blanco brillante (él odiaba el papel normal cuando se trataba de temas importantes), la firmé con tinta negra y me preparé para entregarla el lunes a primera hora.

QUINCE

TARA

—¿Dos cafés de Colombia grandes con cuatro gotas de caramelo exactamente a sesenta y cinco grados? —me preguntó el camarero del Sweet Seasons el lunes por la mañana—. ¿Señorita Lauren?

—Para mí —dije, cogiendo las bebidas para ir al coche que me estaba esperando. Cuando me recosté en el asiento, cerré los ojos y repasé las palabras que había memorizado durante el fin de semana, asegurándome de que sonaran tan claras y concisas como en el papel.

«Querido Preston Parker:

Me gustaría agradecerle formalmente haberme contratado como su asistente personal. Aprecio inmensamente todo lo que he aprendido mientras trabajaba en su empresa, y se ha ganado mi respeto después de comprobar el arduo trabajo que supone conseguir que un hotel sea un hogar lejos del hogar para sus clientes. También aprecio el hecho de que me haya otorgado múltiples gratificaciones por mi dedicación a las campañas de marketing, y que haya seguido mi consejo sobre el acuerdo de Keiserman. Es un orgullo para mí que me haya otorgado la llave de la habitación dorada, el premio más importante para los empleados de Parker International, después de ayudarlo a entablar por fin conversaciones con Von Strum.

Dicho todo esto, esta carta es mi preaviso de dos semanas: a partir del 3 de agosto, ya no seré empleada de Parker International, y no ejerceré ninguna tarea como su asistente personal.

Le deseo todo lo mejor en la búsqueda de la persona que me sustituirá, y haré todo lo posible para ayudarlo a llevar a buen término el proceso. Prometo ofrecerle mi mejor trabajo hasta el último día.

Gracias de nuevo por todas las oportunidades que me ha otorgado, y espero que puedan ofrecerme buenas referencias por el excelente trabajo que he hecho por ustedes a lo largo de los años.

Un cordial saludo.

Tara Rose Lauren».

Tomé aire profundamente y suspiré.

«Es perfecto, Tara. No te eches atrás. No retrocedas».

Cuando llegué a su despacho, él ya se había sentado detrás del escritorio, y el nuevo becario estaba sirviéndole el desayuno.

—Buenos días, señorita Lauren —dijo, sonriendo—. ¿Ha tenido algún problema con el teléfono este fin de semana?

¿Aparte de que había bloqueado temporalmente su número?

—Tal vez. —Me encogí de hombros—. Creo haber oído que algunas personas estaban hartas del servicio que estaban recibiendo, así que quizá decidieron interrumpirlo.

—No había oído tal cosa. —Entrecerró los ojos mientras me miraba—. ¿Y ha habido también un problema con tu dirección de correo electrónico este fin de semana? Te he enviado algunos *emails*.

—Yo diría que treinta son bastante más que «algunos».

—Entonces, ¿los has recibido?

—Sí.

—¿Tienes pensado responderlos?

—Claro que sí, Preston. —Me di cuenta de que el becario estaba intentando abrir una botella de zumo de naranja sin conseguirlo, así que la cogí y aflojé el tapón—. Contestaré tus correos electrónicos cuando tenga oportunidad.

—Cuando tengas oportunidad... —Repetió mis palabras como si no estuviera seguro de lo que significaban. Me pareció que estaba a punto de decir algo sumamente grosero, pero su teléfono empezó a sonar en ese momento y respondió.

Inmediatamente supe que se trataba de George por su tono, así que mientras tenía la atención puesta en el escritorio, saqué la carta del preaviso de dos semanas del bolso y lo puse debajo de sus panecillos. Con un suspiro de alivio, salí de su despacho y cerré la puerta del mío. Dejé caer el bolso al suelo y empecé a ordenar la oficina en lo que esperaba que fuera una de las últimas veces.

«Me pregunto si debería llevarme todas las estanterías conmigo cuando me vaya».

Me puse a recorrer el despacho, apreciando aquel espacio que nunca había tenido tiempo de usar. Desde los sillones y la televisión de pantalla plana que colgaba en el extremo más alejado hasta la pequeña *suite* privada que albergaba una cama para echar una siesta —¡ja!— y un *jacuzzi* de lujo. No pude evitar negar con la cabeza cuando recordé el día que lo instalaron. Entonces había pensado que realmente tendría la oportunidad de usarlo.

Cuando por fin me obligué a sentarme en mi escritorio y hacer alguno de los trabajos que tenía pendientes, eran las diez en punto y acababa de aparecer un nuevo correo electrónico de Preston en la parte superior de la bandeja de entrada.

ASUNTO: Tu preaviso de dos semanas

No me lo creo.

Preston Parker

Director de Parker International

ASUNTO: Re: Tu preaviso de dos semanas

No es un tema que esté dispuesta a discutir.

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Tu preaviso de dos semanas

Luego está el litigio laboral y las graves consecuencias financieras (y profesionales). Seguramente, después de trabajar aquí durante dos años, sabes de lo que es capaz mi equipo legal, y no querrás pasar por ello.

Preston Parker

Director de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Re: Tu preaviso de dos semanas

¿Estás amenazándome con demandarme para evitar que dimita??

¿En serio?

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: Tu preaviso de dos semanas
Todo lo contrario, Lauren. Te sugiero que leas la letra pequeña del contrato que firmaste el día que empezaste a trabajar para mí. Sobre todo, fíjate en la cláusula secundaria que habla de tus obligaciones en caso de aceptar los pluses de bonificación que te hemos otorgado en los dos últimos años. Cuando termines, pídele al becario que me traiga bien el desayuno. (Sabes que odio las tortitas).
Preston Parker
Director de Parker International
[TaraLaurenContrato.pdf]
[CondicionesLaborales.pdf]
[CondicionesParaAceptacionBonificaciones.pdf]

Puse los ojos en blanco y envié los documentos a la impresora. Los leí con un bolígrafo rojo en la mano, subrayando algunas cláusulas muy cuestionables sobre viajes y descuentos para empleados, pero no había nada preocupante.

Lo único que se podría aplicar remotamente era una cláusula de no competencia en relación con el «intento de buscar otro empleo mientras seguía empleada en Parker International sin notificarlo [al jefe]», pero ya hacía tiempo que había renunciado a conseguir otro trabajo mientras trabajaba para él. Después de ocho entrevistas finales seguidas de ocho rechazos, ya no tenía tiempo para hacerme falsas esperanzas.

Volví a leer los contratos por última vez, y se los envié a Ava para ver si podía percibir algo que yo no había leído, pero su única respuesta fue: «¿De qué demonios está hablando? ¡No hay nada aquí! Que le den... (No de manera literal o sexual. Como medida de precaución, olvídate de él de esa manera)».

Negué con la cabeza y le envié a Parker un correo.

ASUNTO: La letra pequeña
He leído el contrato varias veces. La letra pequeña no dice nada con respecto a una posible renuncia...
Tara Lauren
Asistente personal de Preston Parker,
Director de Parker International

ASUNTO: Re: La letra pequeña
Ven a mi despacho y te enseñaré la parte donde lo pone.
Preston Parker
Director de Parker International

Cogí todos los papeles que había imprimido y fui hacia su despacho, donde dejé la puerta abierta después de entrar. Puse los documentos sobre su escritorio y crucé los brazos.

—No encuentro ninguna cláusula que deba tener en cuenta en la letra pequeña.

—Está en la última página.

Me acerqué a él, por lo que tuve que inhalar el embriagador aroma de su colonia, y pasé a la última página. Solo había un párrafo en la parte superior y mi firma en la parte inferior de la página.

—¿Te refieres a la cláusula que indica que estoy de acuerdo con todas las reglas anteriores? —pregunté—. Ahí no hay ninguna mención a unas posibles sanciones por renunciar a mi puesto.

—No —dijo, sonriendo—. Me refiero a los cinco párrafos que hay justo encima de tu firma.

Puse los ojos tan en blanco como la mitad de esa página.

—Vale, vale, mira... —le dije—. No sé qué clase de juego mental estás tratando de llevar a cabo en este momento, pero te he avisado con dos semanas; lo enviaré a Recursos Humanos una vez que

cumpas con la cláusula seis, y los meses de vacaciones que no he disfrutado págamelos con dinero. También quiero unas buenas referencias, por escrito, que pueda llevar conmigo a cualquier entrevista de trabajo que tenga en el futuro.

Él se rio y abrió un cajón para sacar un marcador gris.

—No pretendo jugar contigo, Lauren, y después de esto, estoy seguro de que la próxima vez que firmes un contrato lo examinarás antes detenidamente.

Comenzó a pasar el marcador gris por la sección en blanco de la página, y empezaron a aparecer palabras en tinta blanca. Se tomó su tiempo para resaltar los cinco párrafos, manteniendo aquella sonrisa en su rostro, y luego me entregó el papel.

—Ahí está —se jactó—. Como te decía, te recomiendo que leas la letra pequeña.

No daba crédito cuando clavé los ojos en las palabras «término de empleo indefinido», y casi me puse a gritar.

—¿Por qué demonios no me has hablado antes de esto?

—Porque nunca me has preguntado.

Sentí que me hervía la sangre, que me hormigueaba la mano por las ganas de darle la bofetada que merecía.

—Ten cuidado —añadió—. Los dos sabemos que cuando estás cabreada tiendes a decir cosas que no quieres decir en realidad.

—Te odio. De verdad que te odio.

Él sonrió, completamente imperturbable.

—Esto no puede ser legal... —Todavía no me lo podía creer—. Has imprimido los términos más perjudiciales en tinta blanca ilegible.

—Legalmente hablando —aseguró él—, eso no te excusa de no leerlos, y dado que tienes un título de abogada, estoy seguro de que tus profesores te enseñaron a tener cuidado con los espacios en blanco en los contratos por si había cláusulas ocultas.

—Entonces, ¿estás admitiendo que las ocultaste a propósito?

—Lo que admito es que deberías haberlo leído todo. —Sonrió—. ¿Te gustaría revisar los archivos de Von Strum ahora que eres oficialmente mi socia en el proyecto? Me parece que será tu trabajo más prometedor hasta ahora.

Me quedé quieta, mirándolo.

—Por otra parte... —añadió en un tono que parecía sincero, aunque yo sabía que no lo era—, algo me dice que necesitas un descanso, así que puedes irte a casa. Podemos continuar mañana.

No pronuncié una sola palabra en respuesta. Salí de su despacho y fui directa al ascensor para marcharme a casa.

QUINCE (B)

TARA

—Que no se te ocurra presumir de ser abogada después de firmar algo así. —Ava se paseó por nuestro piso mientras leía las secciones destacadas de mi contrato esa tarde—. No quiero hacerte sentir aún peor, pero si tuviera un problema, no sé si te contrataría.

—Lo imprimió con tinta blanca, Ava. ¡Con puta tinta blanca! —Cogí un cojín y ahogué un grito en él por enésima vez.

Ava me ignoró y continuó leyendo.

—«El empleado/a estará en deuda con su empleador durante el término completo del contrato, que es un mínimo de siete (7) años, a menos que él/ella fallezca. El empleado/a acepta no presentar un preaviso de dos semanas ni ninguna otra notificación para solicitar la terminación del contrato sin la aprobación previa por escrito del empleador. La cláusula anterior será nula y sin efecto si el empleado presenta el preaviso antes mencionado durante el último (séptimo) año de empleo».

Lancé un vaso al otro lado de la habitación y descorché la tercera botella de vino de esa noche. No podía imaginarme trabajando para Preston ni un año más, y mucho menos siete.

—«El empleado/a acepta discutir cualquier problema con su empleador, ya que es un ejecutivo/a de nivel C, y al completar los ciento veinte (120) primeros días de empleo, ya no estará bajo la jurisdicción del departamento de Recursos Humanos».

—Vale, vale, para ya. ¿Puedes ayudarme a fingir mi muerte? —pregunté—. Creo que podría vivir un tiempo como fugitiva.

—No, gracias. —Negó con la cabeza—. Dice que por cada bonificación que hayas aceptado se agregará un año más al contrato. ¿Cuántas has ganado?

—Al menos veinte. ¡Oh, Dios mío! —Me cubrí la cara de nuevo con el cojín, gritando aún más fuerte—. ¿Por qué me está pasando esto?

—También pone que si él muere, el contrato quedará sin efecto de inmediato, por lo que siempre puedes pensar en envenenarlo o provocarle alguna alergia. ¿Es alérgico a algo?

—A todos los niveles de la decencia humana.

Se rio.

—Bueno, tal vez deberías intentar hablar con él. Nunca se sabe. Puede que anule el contrato porque has sido una gran empleada. Quiero decir, además de intentar conseguir que te despida, ¿qué otra opción te queda?

—Espera, ¿qué acabas de decir sobre provocar que me despida...?

—La única forma en la que puedes librarte de esto es si te despide por un trabajo mediocre y un bajo rendimiento.

Sonreí.

—Sin duda eso puedo conseguirlo.

DIECISÉIS

PRESTON

Me sentía absolutamente traicionado.

Había trabajado durante dos putos años con esa mujer y nunca había pensado que vería el día en el que ella tuviera la audacia de entregarme un preaviso de dos semanas. Era la empleada mejor pagada de la empresa, y los beneficios recientes que había obtenido estaban tan por encima —y fuera— del alcance de lo que podía ofrecerle cualquier otro magnate del Fortune 500 que George me hacía someterme a un examen psiquiátrico trimestral para asegurarme de que supiera «a qué demonios le estaba dando acceso a esa empleada».

Sabía que intercambiábamos acalorados argumentos de vez en cuando, que gran parte de estos eran el resultado de una tensión acumulada que ella no reconocía, pero me negaba a creer que yo fuera un jefe tan terrible como ella me hacía parecer a menudo.

También me negué a creer que no se diera cuenta de a cuánto había renunciado por ella. No me había follado a otra mujer desde que la conocí, porque ninguna otra mujer se podía comparar con Tara. Pasaba más tiempo con ella que con las mujeres con las que solía salir, y estaba sinceramente seguro de que me conocía mejor que nadie. También pensaba, por supuesto, que ninguna otra persona la conocía mejor que yo.

—Mmm, ¿Preston? —George agitó la mano delante de mi cara—. ¿Preston?

—¿Sí?

—¿Vamos a hablar hoy de negocios o vas a seguir murmurando para ti mismo?

—Podemos hablar de negocios. Adelante.

—¡Genial! —Se aclaró la garganta—. Entonces, como sabes, Parker International quiere ampliar su oferta con hoteles económicos por alguna extraña razón que el director general no quiere divulgar, pero quiere comenzar con la cadena Von Strum.

—No es necesario que hables de mí en tercera persona —dije—. Estoy aquí presente.

—La señorita Lauren siempre ha insistido en que hable contigo en tercera persona cuando estamos a punto de llegar a algo nuevo. De hecho, ha ayudado con anterioridad.

—Hoy no quiero oír hablar sobre la señorita Lauren. ¿Ha quedado claro?

George parpadeó y dejó el documento sobre la mesa.

—Por favor, dime que no la has despedido. Por favor.

«No me atrevería».

—No, estoy cabreado por algo que ella acaba de hacer.

—¡Oh! —Se encogió de hombros—. Bueno, he oído rumores sobre cómo puso a andar al equipo de marketing de Seattle, pero eso no es algo que se le pueda echar en cara. Te ha hecho ahorrar mucho dinero y toneladas de mala prensa. Bueno, en lo que estábamos, de vuelta a la cadena Von Strum. Es una cadena de hoteles de tres estrellas que atiende a familias, comerciales de viaje y consumidores conscientes de su presupuesto, así como...

—George, ¿crees que tengo alma? —le interrumpí.

—Bien, eso es... Creo que ha llegado el momento de que te programe otra evaluación psiquiátrica.

—Miró el reloj—. Han pasado aproximadamente tres meses desde la última; ¿te gustaría que le

pregunte al médico si puede verte esta tarde?

—Responde a la pregunta —insistí—. ¿Crees que tengo alma o no?

—Depende. ¿Esta es una conversación extraoficial?

—Sí.

—Bien, pues con el debido respeto, Preston, sinceramente creo que eres un completo imbécil.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Pensaba que estábamos hablando de forma figurada —dijo—. Eres, sin lugar a dudas, el director más despiadado con el que he trabajado, y ha habido muchas ocasiones en las que he pensado que no tenías alma. Demonios, creo que el hecho de que no tengas familiares ni amigos ha sido beneficioso para ti, pero a veces también ha resultado ir en detrimento de la forma en que manejas las situaciones.

—¿Crees que las evado?

—Decir que las evades es quedarse corto. —Se rio—. He estado trabajando para ti durante ocho años y todavía no te conozco bien. —Se rio aún más fuerte y se puso de pie—. Voy a tomar una bebida energética, y cuando regrese, serás de nuevo el señor Parker que admiro. No sé muy bien cómo manejar esta otra versión tuya.

Me dio unas palmaditas en el hombro mientras salía de la habitación, y mis pensamientos regresaron de forma inmediata a Tara y ese maldito preaviso de dos semanas. Pensé preguntarle cómo podría ser menos «sin alma» o menos «evasivo», y si eso sería suficiente para que se sintiera más cómoda. Quizá pudiera decirle que estaba dispuesto a hacer lo que fuera preciso para que aceptara seguir trabajando en Parker International.

«Tal vez podamos sentarnos a hablar de esto como adultos».

—Buenas tardes, Preston. —Tara entró en mi despacho sonriendo—. Aquí tienes el almuerzo.

—Ahora son los becarios los responsables de traerme el almuerzo y lo sabes.

—Oh, claro que lo sé —dijo, dejando la bandeja—. Pero como hoy es un gran día, quería ocuparme personalmente de ti. Espero que lo disfrutes todo, en especial el puré de patatas.

—¿Por qué demonios es verde?

—A mí no me parece verde.

—Tiene el mismo color que la ensalada.

—Quizá el chef le haya añadido algo nuevo. —Se encogió de hombros—. Aquí tienes el informe sobre los W Hotels que me solicitaste antes. He subrayado todas las partes importantes, tal y como me pediste.

Bajé la vista y vi que había resaltado el artículo en cada oración.

—He enviado todos tus gemelos y relojes a un nuevo joyero para que los abrillante, pero parecen haber perdido algunos.

—¿Perdona?

—No te preocupes —añadió con rapidez—. Están dispuestos a ofrecerte una limpieza gratuita por valor de veinte dólares si no los encuentran al final del día. Es decir, el nombre de la tienda es «Las mejores ofertas de empeño y limpieza de joyas baratas», así que creo que harán un trabajo tan bueno con tus objetos de valor como los chicos de Audemars Piguet o Phillippe Patek.

—Lo juro por Dios, como no haya recuperado todos y cada uno de mis relojes y gemelos al final del día...

—¿Me despedirás? —Sonrió—. ¿En serio?

—Sin duda... —Me interrumpí de repente, al darme cuenta de a dónde quería llegar con todo esto—. Tendré que considerar todas mis opciones si ese es el caso, Lauren.

«Si crees que te voy a despedir por una mierda que me puedo permitir comprar cientos de veces,

puedes ir pensándolo mejor...».

—Bueno es saberlo. —Cogió un tenedor y lo puso en el puré de patatas verde—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti hoy, Preston?

Hice tamborilear los dedos en el escritorio, abstraído por completo por aquellos brillantes labios rosados y el ajustado vestido beis.

—Eso es todo por ahora, Tara.

—Esperaré pacientemente tu próxima petición. —Me ofreció una sonrisa lenta, que ocultaba algo raro que no pude leer, y luego salió del despacho.

En el momento en que se cerró la puerta, levanté el teléfono y llamé a Cynthia.

—¿Sí, señor Parker?

—¿Puedes encargarte de que uno de los becarios me traiga algo de comer? Algo que no lleve puré de patatas verde.

—Mmm...

—¿«Mmm»? ¿Por «Mmm» has querido decir «Sí, de inmediato»?

—No, señor. He querido decir que eso no será posible. La señorita Lauren les ha dado libre el resto del día a todos los pasantes. Y también lo que queda de semana. Ha dicho que era lo que usted quería para poder concentrar toda su energía en el tema de Von Strum.

«¿QUÉ?»

—Oh, entiendo. —Sentí que la sangre comenzaba a hervirme en las venas—. Bueno, cuando tengas un momento, ¿podrías recoger un pedido para mí del café que me gusta?

—Mmm, bueno. —Se aclaró la garganta—. También me ha dado a mí dos semanas de vacaciones, señor. Ahora mismo estaba preparándome para ir a casa, a Nueva Jersey. Supongo que he olvidado desvincular mi móvil del teléfono del escritorio.

Puse fin a la llamada.

«De acuerdo, Lauren. A este juego podemos jugar los dos...».

DIECISIETE

TARA

Dormí a pierna suelta por primera vez en dos años.

Di la vuelta en la cama, miré el reloj y vi que solo eran las nueve. Así que cogí el teléfono de la mesilla de noche y vi que tenía un montón de mensajes de texto sin leer y que los correos electrónicos no oídos sumaban trescientos siete. Por costumbre, estuve tentada de comenzar a contestarlos todos y de llamar al chófer y pedirle que viniera de inmediato a buscarme para ir a trabajar y poder arreglar el resto del día, pero apagué el teléfono.

Si Preston no me despedía después de haber perdido cinco relojes Audemars Piguet, seguro que lo haría por no aparecer en una de las reuniones estratégicas más importantes del año. Puse el despertador para el mediodía y me di la vuelta, dispuesta a volver a dormirme.

Más tarde, ese mismo día, di un paseo por Central Park antes de llamar al chófer y pedirle que me recogiera en una floristería.

—¿Va todo bien, señorita Lauren? —Se bajó del coche y me abrió la puerta trasera—. En las oficinas todo el mundo piensa que le ha pasado algo, y no he podido contactar con usted en todo el día.

—Todo va muy bien. Es que he decidido tomarme el día libre.

—¿El día libre? —Me miró como si estuviera hablando un idioma extranjero—. ¿Está segura de que se encuentra bien?

—Segurísima. —Me reí mientras me deslizaba en el asiento trasero—. De verdad.

Mientras él conducía, encendí el móvil y vi que la bandeja de entrada del correo electrónico contenía más de quinientos mensajes, y en la primera página eran todos de Preston.

ASUNTO: Llegas una hora tarde

ASUNTO: La reunión para preparar lo de Von Strum es hoy

ASUNTO: ¿Por qué todavía me faltan cinco relojes?

ASUNTO: Ahora ya llegas dos horas tarde

Encogiéndome de hombros, lo apagué de nuevo.

—¿Podemos parar en el Sweet Seasons antes para tomar un café? —pregunté.

—Por supuesto. —Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo retrovisor—. Bien pensado, señorita Lauren. El señor Parker siempre es más comprensivo cuando tiene un café en la mano.

«Este café no es para él, es para mí».

Usé la tarjeta *black* de Preston en la tienda, invité a todos los clientes presentes a una taza gratis en su nombre y luego compré diez bolsas de regalo a ochenta dólares cada una sin ninguna razón.

Cuando llegué a la oficina, la recepcionista se levantó del escritorio.

—¿Señorita Lauren?

—¿Sí?

Se acercó a mí, con los ojos muy abiertos.

—Señorita Lauren, ¿sabe que lleva unos pantalones de chándal y una camiseta sin mangas? Ya conoce el código de vestimenta del señor Parker. ¿Quiere que llame a algún contacto en Nordstrom's para ver si puede facilitarle un traje?

—No, está bien. Estoy segura de que al señor Parker no le importará que hoy vaya así.

Tragó saliva y dio un paso atrás, como si fuera ella la que llevara una sudadera y no yo.

Le brindé una última sonrisa y me acerqué al ascensor, percibiendo las miradas silenciosas que me dirigían todas las personas que estaban presentes en el vestíbulo. Contuve la risa y apreté el botón del último piso.

Al salir de la cabina, unos segundos después, pasé mi tarjeta identificativa por el panel de acceso y fui a mi despacho.

—Buenos días, George. —Lo vi sentado en el pasillo—. ¿Va bien por ahora?

—¿«Buenos días», señorita Lauren? —Miró el reloj—. Son las cuatro de la tarde.

—¡Oh, no me he dado cuenta! Bueno, espero que hayas trabajado mucho hoy.

—Probablemente habría hecho mucho más si hubieras estado aquí. —Miró mi atuendo y negó con la cabeza—. El señor Parker quiere verte. Te sugiero que te cambies de ropa antes.

—No, gracias. —Sonreí y me dirigí al despacho de Preston.

Cuando entré, vi que estaba de pie junto a las ventanas, con el traje gris oscuro y la corbata plateada que más le gustaban. Se pasaba las manos por el cabello recién cortado y, por una fracción de segundo, casi olvidé por qué lo odiaba tanto.

—George me acaba de decir que querías verme —dije, y él inmediatamente se dio la vuelta. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me excitó al instante—. Lamento mucho llegar cuatro horas tarde a la reunión de hoy. —Me apresuré a hablar antes de que él pudiera responderme—. ¿Me he perdido algo importante?

—En absoluto, Lauren. —Miró mi atuendo y se acercó a mí, y esa sonrisa con la que estaba demasiado familiarizado apareció en sus labios—. Cuando me di cuenta de que no ibas a llegar a la hora habitual, les he dicho a todos que comenzaríamos cuando aparecieras.

—Entonces, tal vez no debería haberme presentado.

—Tal vez. —Hizo desaparecer el espacio que había entre nosotros—. Pero, como te he dicho anteriormente, eres incapaz de estar inactiva durante todo el día.

—Es posible que eso sea todo lo que sabes de mí.

—También sé que nunca te han follado bien —dijo—. Pero esa es una historia para otro día diferente. Mantuvo sus ojos en los míos y sacó el móvil del bolsillo para acercárselo a su oreja—. Señora Vaughn, la señorita Lauren ha llegado por fin, y lleva puesto justo lo que yo esperaba. Sí..., ¿puede subir entonces el guardarropa que he pedido esta mañana para que pueda elegir algo más apropiado para la reunión que hemos reprogramado?

Supe que me había quedado boquiabierto, y me mordí el labio para mantener la boca cerrada.

—Aprecio mucho su ayuda en este asunto, señorita Vaughn. —Puso fin a la llamada y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo—. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites para prepararte, Lauren. Gracias a ti, ningún empleado de nivel B o C puede abandonar el edificio hasta que finalice la reunión, por lo que va a depender de ti que toda esta gente pueda irse a casa y disfrutar el resto del día, o si van a ser los peones del juego que intentas ganarle a tu jefe, que es mucho más hábil.

«Hijo de puta...».

Me quedé allí, mirándolo, odiando que se me endurecieran los pezones debajo de la camiseta sin mangas.

—¿Quieres que te ayude a vestirme? —me preguntó cuando bajó la vista y notó la reacción de mi cuerpo hacia él. Agarró con suavidad el tirante de la camiseta—. No me importaría nada quitarte esto.

Humillantemente mojada, retrocedí y salí del despacho.

Él había ganado esta ronda, sin duda. Pero todavía quedaba por ver quién ganaría la próxima.

A la mañana siguiente, me recliné en mi silla en el despacho, intentando ignorar el teléfono cada vez que Preston me llamaba.

Después de evitar diez llamadas, entró en mi oficina y me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo ayudarte en algo, Preston?

—¿Preston? —Arqueó una ceja.

—¡Oh, es cierto! Se supone que debo llamarte señor Parker si estamos en las oficinas, ¿no?

—Lo preferiría, ya que ningún otro empleado puede hacer lo contrario.

—Vale. Bueno, intentaré recordarlo la próxima vez, Preston. —Me encogí de hombros—. ¿En qué puedo ayudarte esta mañana?

—Ya es por la tarde.

—¿De verdad? —Sonreí y me di la vuelta en la silla para mirar el reloj—. Guau, son las dos, ¿verdad? El tiempo vuela últimamente.

—Señorita Lauren...

—¿Sí? —Me di la vuelta para mirarlo de nuevo—. ¿Necesitas que haga algo?

—Para empezar, dado que les has dicho a los becarios que se tomaran días libres sin mi autorización y que has llegado más tarde de lo convenido, puedes ir al Sweet Seasons y traerme el café de la tarde.

—Me parece que no. Ya no necesitas el café del Sweet Seasons —dije, levantándome y acercándome al mueble bar donde guardaba las bebidas—. Tengo algo aún mejor y más rápido. —Cogí el mini Keurig que nunca había tenido oportunidad de usar, y literalmente noté su cabreo cuando lo enchufé a la pared.

—Solo tarda dos minutos en calentarse, y el café generalmente está listo unos segundos después —expliqué, abriendo un paquete de cápsulas de café de Colombia barato—. Y como sé lo maniático que eres con la onza de chocolate que el Sweet Seasons pone en el fondo de cada taza, pues... —Desenvolví un bombón de Hershey y lo dejé caer en una taza de papel—. ¡*Voilà!* —Puse la taza en el soporte y apreté el botón de inicio—. Estás a punto de disfrutar de un café puro Colombia. ¿Necesitas que haga algo más por ti?

Noté que se le hinchaba la vena del cuello, pero mantuvo la expresión estoica.

—Después de que vayas al Sweet Seasons y me traigas el café que quiero tomar, lo siguiente que harás será...

—Todavía no he dicho que vaya a hacer lo primero.

—Sé muy bien que vas a hacerlo. —Me fulminó con la mirada—. Lo siguiente que vas a hacer es traerme el informe sobre los diez mejores hoteles baratos en la que has estado trabajando durante los cuatro últimos meses para que podamos revisar los cálculos.

—Dejé de trabajar en él hace tiempo —dije—, pero me encantaría enviarte el diez por ciento que realicé. Estoy segura de que puedes completar el otro noventa por ciento por tu cuenta. Después de

todo, eres el director de esta compañía. No te morirías si te ensuciaras las manos durante unos días.

Él contuvo el aliento despacio, como si estuviera a punto de concederme el «Estás despedida» que yo quería, pero no lo hizo. En cambio, dio un paso atrás y sonrió.

Esperé a que él dijera la última palabra, a que me golpeará con una de sus frases épicas, aunque aguardé en vano.

—Disfruta del resto del día, Lauren —soltó—. Ha sido muy gratificante conocer tu opinión sobre estos asuntos. —Salió de mi despacho sin decir una palabra más, sin mirar atrás ni sonreír. Nada.

Confundida, corrí hacia mi escritorio y hojé las notas que había tomado sobre las formas de hacer que me despidiera. El café era lo más atroz de la lista, y no completar mi trabajo ocupaba el segundo lugar.

Este no era un comportamiento típico en él, y no estaba muy segura de cuál sería mi próximo movimiento.

Esperé dos horas antes de imprimir el informe (en realidad había trabajado mucho en él), pero no pensaba salir a buscar el café. Fui a su despacho y me lo encontré sentado detrás del escritorio, bebiendo de una taza del Sweet Seasons.

Levantó la vista tan pronto como empecé a atravesar su despacho.

—Estaba a punto de llamarte para darte las buenas noticias, Tara.

—¿Por fin me vas a despedir?

—He dicho «buenas noticias», no «cosas que nunca sucederán». —Tomó otro sorbo de la taza—. Acabo de hablar por teléfono con el director del Sweet Seasons. Le estaba diciendo cuánto disfruto de su café y me ha contado que cierta empleada mía ha pagado de alguna manera más de seis cifras en los dos últimos años.

—Puedes permitirte... —

—Sí, definitivamente puedo pagarlo. ¿Verdad? —Sonrió—. Y por eso acabo de convencerlos para que abran su primera franquicia en este edificio.

Negué con la cabeza.

—Quedaron tan impresionados por la cantidad que les ofrecí —añadió a continuación— que van a poner en funcionamiento un mini *stand* durante algunas horas al día a partir de mañana, hasta que se complete la construcción de la tienda oficial. De esa manera, puedes limitarte a bajar a buscar mi café cuando te lo pida, y yo ya no tendré que lidiar contigo ni tú tendrás que justificar tu retraso con las colas al recoger el café y el tráfico.

Me mordí el labio para evitar gritar, y consideré salir de su despacho.

—De todos modos —dijo, tomando dramáticamente otro sorbo de ese maldito café—, ¿puedo ayudarte en algo?

—Por desgracia, sí. Aquí está el informe que me has pedido.

Se lo ofrecí, pero él no hizo ningún amago para cogerlo.

—Ya tengo el informe. —Sonrió, agarrando un montón de papeles impresos del escritorio—. No parece que hayas dejado de trabajar en él. De hecho, parece que lo has actualizado recientemente, anoche mismo. Me siento muy impresionado con algunos de los cambios. Incluso está codificado por colores de la forma que me gusta.

—¿Cómo obtuvo mi informe, señor Parker?

—¿«Señor Parker»? —Me miró de arriba abajo—. ¿He vuelto a ser tu jefe?

—¿Cómo has conseguido el puto informe?

—Lo dejaste guardado en la nube, en el servidor de mi compañía, así que he iniciado la sesión.

—¿Has llamado al departamento de informática para hackear mi cuenta? —Me crucé de brazos—.

Sinceramente, ¿de verdad te extraña que quiera presentar la renuncia?

—No, estaba planeando llamar al departamento de tecnología para hackear tu cuenta, pero adiviné tu contraseña al primer intento. —Se rio con sorna—. Lo cierto es que pensaba que serías capaz de idear algo mucho más creativo que «quejodanaljefe», pero si es una fantasía que te gustaría que te ayudara a cumplir, estoy más que dispuesto a inclinarte sobre mi escritorio en este momento.

Ignoré la humedad que surgió entre mis muslos y me fui de allí, cerrando la puerta al salir.

DIECISIETE (B)

TARA

DOS SEMANAS DESPUÉS

«Parece que realmente este idiota no va a despedirme ni a dejarme disolver el contrato».

Me desplomé en la silla de mi despacho, negando con la cabeza al mirar la lista de formas de hacer que Preston me despidiera. No importaba lo que pusiera en práctica: él no se dejaba llevar por los nervios, y al final iba siempre diez pasos por delante de mí. También tenía el atrevimiento de parecer más sexy que nunca cada día que pasaba, y aunque yo quisiera negarlo, la tensión sexual latente entre nosotros era ahora tan espesa y palpable que estaba segura de que podían sentirlo todas las demás personas que nos rodeaban.

Para empeorar las cosas, ahora que el Sweet Seasons estaba operando en el mismo edificio, todos los empleados con los que me tropezaba no podían evitar detenerse para decirme lo «agradecidísimos» que estaban por haberle sugerido la idea al señor Parker. Quería corregirlos, decirles que era una retorcida jugada maestra que había hecho él mismo, pero como parte del acuerdo de licencia había requerido que cada taza llevara impresas las palabras «CORTESÍA DE TARA LAUREN, ASISTENTE PERSONAL DE PRESTON PARKER» en un lateral, así que no tenía sentido intentar explicárselo a nadie.

Recogí los apuntes que había redactado para el ensayo de presentación con un gemido. Una parte de mí quería saltársela e irse a casa, pero en el fondo quería ayudarlo a cerrar el trato que llevaba persiguiendo desde que nos conocimos.

«Pero me presentaré allí cuando tenga ganas...».

Miré por enésima vez mi contrato, volviendo a leer todas las líneas que me había perdido a lo largo de los años, buscando que me ofrecieran algún tipo de escapatoria.

—No hay escapatoria. —El profundo sonido de la voz de Preston me hizo levantar la vista—. Si vas a hablar durante la mayor parte del tiempo en la reunión en Londres de este fin de semana, te sugeriría que subieras las escaleras para el ensayo de la presentación.

Volví a mirar mi contrato, terminando un párrafo antes de ponerme de pie.

—¿Sabes?, si fuera el director de una empresa y tuviera una empleada que me odiara, me limitaría a dejar que se marchara.

—Lauren, si hiciera eso, no me quedaría ningún empleado.

—¿No me vas a preguntar por qué quiero dejar la empresa después de todo este tiempo? ¿No te interesa mi razonamiento?

—No puedes marcharte, por lo que tu razonamiento es irrelevante.

—Nunca me has dado las gracias ni una sola vez. —Me acerqué a él—. Ni una puta vez.

—Tú tampoco.

—¿Qué? —Lo miré con los ojos entrecerrados— ¿Crees que debería agradecerte algo? ¿El qué?

—Para empezar, no haber presentado cargos contra ti por todos los desayunos que robaste, por no denunciarte por haber invitado a café gratis en el Sweet Seasons a mis espaldas a toda esa gente. — También él me miró con intensidad—. Por contratarte cuando no tenías experiencia real en el mundo hotelero. Tenía un montón de solicitudes de personas más cualificadas.

—Es probable que eso lo hayas hecho porque eres gilipollas.

—No he terminado de enumerar todas las cosas que he hecho por ti.

—Sinceramente, ¿crees que hay más?

—Tienes el sueldo más alto, y las gratificaciones más jugosas.

—Y la mayoría de los dolores de cabeza, el peor insomnio, el mayor nivel de estrés. —Apreté los puños—. Pero, sí, tienes razón. Gracias. Muchas gracias. —Puse los ojos en blanco y me alejé de él, ignorando sus gritos para que volviera.

Fui directa a la sala de conferencias, preparada para soltar el discurso en el ensayo de la presentación para poder, al menos, disfrutar esa noche de mi propia cama antes de tener que emprender otro viaje de negocios que no quería hacer con él.

Ocupé mi lugar en la cabecera de la mesa de juntas, donde ya había sentadas veinte personas esperando que llegara Preston.

No le di importancia al hecho de que tuviera la cara roja. Estaba más preparada para su comportamiento grosero, ya que en los ensayos de las presentaciones siempre era brutal. Nadie decía nada, excepto la persona que debía exponer el tema y él, y sus comentarios era a menudo muy duros.

—Buenos días a todos. —Empecé a hablar en el segundo en el que él se sentó—. Me llamo Tara Lauren, y estoy muy contenta de estar aquí. Soy la asistente personal del señor Parker y la persona al cargo del proyecto para cualquier posible negociación.

—Creo que debería decir solo que eres la persona al cargo del proyecto —me interrumpió Preston con una mirada glacial—. Ha dicho que está muy contenta de estar aquí, y me acaba de espetar en el despacho que no le gusta ser mi asistente personal.

—Con el debido respeto, señor Parker, eso no es lo que he dicho.

—Pues es lo que ha escrito

Apreté los puños a los costados y me aclaré la garganta.

«No dejes que esto te afecte. No dejes que te afecte».

—Buenos días a todos —empecé de nuevo forzando una sonrisa—. Me llamo Tara Lauren y soy la persona al cargo del proyecto para estas posibles negociaciones. Me siento muy honrada de estar aquí.

—Si realmente te sintieras honrada, no estarías tratando de marcharte —murmuró Preston en voz baja.

—Me gustaría comenzar mi presentación diciéndole, señor Von Strum y compañía, por qué deberían plantearse vendernos a nosotros la compañía. —Hice clic en un mando a distancia y apareció mi presentación en PowerPoint en la pantalla que había a mi espalda—. Aunque trabajamos con sectores de público diferentes, creo que hemos encontrado la manera perfecta de que todo funcione como debe. —Cambié de diapositiva—. Antes de nada, me gustaría hablar de nuestras diferencias.

—Todos somos conscientes de las diferencias, señorita Lauren. —Preston se reclinó en la silla—. ¿Qué tal si expone las soluciones que ha encontrado para arreglarlas?

—No estoy segura de que las diferencias puedan ser arregladas.

—¿Perdóneme?

Tomé un largo sorbo de agua.

—Perdonado. —Hice clic en la siguiente diapositiva—. Me gustaría comenzar con la integración de los empleados.

—No, comience con la integración financiera.

Resistí el impulso de gritar, e hice clic en esa parte de la presentación.

—Integración financiera. Hemos contratado una firma de auditores independiente para supervisar

nuestros planes, y una vez que completen su labor...

—Eso ya está terminado, señorita Lauren. —Parecía más enfadado que nunca—. Por eso está haciendo esta presentación. Aunque, al ritmo que lleva, es posible que necesitemos contratar a una actriz para que desempeñe su papel.

—Sin embargo, yo creo que iría mucho mejor siempre y cuando podamos contratar a alguien que sepa callarse mientras ocupe su puesto.

Un jadeo colectivo resonó en la habitación, y alguien dejó caer un vaso al suelo; el sonido fue como un disparo en el repentino silencio.

Preston parpadeó, y luego se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Qué me ha dicho, señorita Lauren? —Su tono era seco y firme.

No respondí. Todavía no podía creerme que hubiera dicho esas palabras en voz alta. Delante de todos.

—Quiero que todo el mundo, salvo la señorita Lauren, salga de la habitación —ordenó, sin apartar la vista de mí—. Ahora mismo.

Todos fueron directos hacia las puertas de salida, haciendo que los papeles y los vasos se tambalearan a su paso.

Me quedé quieta donde estaba, sintiendo el peso de la mirada de Preston cuando se puso de pie. Lo miré mientras se acercaba a la puerta y la cerraba con llave, y después se acercó a mí muy despacio.

—¿Qué me has dicho? —Me arrancó los papeles que tenía en la mano y los dejó sobre la mesa—. Quiero que lo repitas.

Yo tragué saliva.

—No recuerdo haber titubeado al decirlo.

Arqueó una ceja.

—Por tu bien, sería mucho mejor que lo hicieras.

—Viendo que no puedo presentar la renuncia y que, evidentemente, no me vas a despedir, no veo por qué. —Di un paso atrás, y él dio un paso adelante, y en cuestión de segundos me tenía contra la pared—. Creo que lo único que te molesta es que sea borde contigo delante de la directiva de la empresa.

—Estoy cabreado por muchas cosas —confesó, apretando los dientes—. Y no las voy a tolerar más.

—Entonces, acepta el preaviso de dos semanas.

—Lauren —dijo, hablando lentamente e ignorando mi comentario—. Voy a darte una última oportunidad para exponer esta presentación hoy, y cuando lo hagas...

—Diré lo mismo, de la misma manera, si me interrumpes de nuevo.

—Seguiré interrumpiéndote, sobre todo si sigues comportándote como una asistente ingrata con la que he sido más que generoso durante dos años. Una asistente desagradecida que dice que odia su trabajo, pero sigue apareciendo todos los días.

—Porque estoy legalmente obligada a ello.

—Pero no estás obligada personalmente.

Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, sus labios se apoderaron de los míos, y le rodeé el cuello con los brazos. Deslizó las manos por mis muslos y me levantó para llevarme a la mesa de conferencias. Cuando me depositó sobre ella y mi trasero se golpeó contra la fría superficie, mantuvo los labios unidos a los míos.

El beso fue salvaje y frenético, apasionado e imprudente. Mientras deslizaba la mano por debajo de mi vestido, le desabroché lentamente la corbata. Luego intenté abrirle la camisa, pero él me empujó contra la mesa, de forma que mi espalda quedó contra el cristal, y él se situó entre mis piernas.

Se inclinó sobre mí para reclamar mi boca de nuevo, y enredó la lengua con la mía. Luego me pasó las manos por el estómago, dejando que los dedos vagaran hacia mis bragas.

—Me gusta más cuando no las usas. —Me las arrancó y deslizó dos dedos en mi interior.

—Ahhh... —gemí al sentir que los hundía más profundamente, jugando lentamente con mi placer como si quisiera comprobar hasta dónde podían llegar.

—¿Me odias? —susurró.

—Sí... —repuse con la voz ronca—. Sí.

—¿Estas segura de eso?

—Segurísima.

Retiró los dedos y me mordió el labio inferior con fuerza.

Sin dejar de mirarme, deslizó las manos por mis costados y me separó las piernas, clavándome los muslos en la mesa.

—Quiero que me repitas cuánto me odias después de que termine de comerte el coño. —Enterró la cara en mi sexo y movió la lengua contra mi clítoris.

Mis caderas se arquearon solas hacia su boca cuando comenzó a mover la lengua con más rapidez, y no pude contener los gemidos por mucho que lo intenté.

Le apreté el pelo, y empecé a tirar de los mechones en completo abandono, presa del placer. Gemí para que fuera más despacio, pero solo conseguí que moviera la lengua más rápido. Se puso a dar vueltas con la lengua mientras me succionaba el clítoris con un ritmo constante y sensual que me hizo encoger los dedos de los pies.

Gimiendo, me besó el coño como si fuera mi boca, dominando cada movimiento y devorando mis labios sin restricciones.

—Ohhh. Oh, Dios... —Arqueé la espalda contra el cristal y mi sexo palpité contra su lengua—. Por favor... Despacio..., más despacio.

Se negó. Por el contrario, deslizó dos dedos dentro de mí de nuevo, llevándome más cerca del borde con los dos ritmos independientes.

Mi clítoris se hinchó contra sus labios, e intenté luchar contra los temblores que se acumulaban dentro de mí, pero fue inútil. Mientras él continuaba con sus caricias, los temblores se triplicaron con fuerza, y no pude contenerme más.

Grité en voz alta cuando el orgasmo irradió hacia todo mi cuerpo.

—Joder...

Pensé que se detendría, que me daría la oportunidad de recuperarme, pero me levantó la pierna derecha y se la apoyó en el hombro. Luego se inclinó una vez más para devorarme de nuevo.

Oí un suave golpe en la puerta cuando estaba a medio camino, pero Preston continuó chupándome el clítoris, y permanecimos en silencio entre los jadeos.

El golpe fue más fuerte la siguiente vez y llegó acompañado de un profundo:

—Es importante, señor Parker.

—Un segundo. —Apartó la boca de mi clítoris, para volver a mirarme como antes. Dando un paso atrás, me ayudó a bajarme de la mesa y me colocó bien el vestido y el pelo antes de recomponerse él mismo.

Mirándome por última vez, fue hacia la puerta y la abrió.

—¿Sí? —preguntó.

—Señor Parker, tiene una llamada urgente. Les he dicho ya dos veces que esperaran, pero dicen que no pueden esperar.

—Ahora voy. —Cerró la puerta de nuevo y se acercó a mí para colocarme detrás de la oreja

algunos cabellos sueltos—. Tenemos que terminar esto —dijo, arrastrando el dedo por mi pecho—. Quédate aquí.

Esperé una hora entera, pero no regresó; solo me envió un correo electrónico.

ASUNTO: Viaje a Londres.

Señorita Lauren:

Ha surgido un desafortunado incidente, por lo que tendrás que irte de viaje sin mí.

Tu presentación ha sido estelar. (La que está entre tus piernas, por lo menos. La de la reunión todavía tienes que trabajarla un poco más).

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

DIECIOCHO

PRESTON

Me acerqué con rapidez a mi despacho, aunque casi me di la vuelta al ver quién estaba sentado delante del escritorio. Se trataba del señor Von Strum y su esposa, quienes, como era de esperar, en lugar de haberse quedado en Londres esperándome, habían cogido un avión para reunirse aquí conmigo antes de la sesión que teníamos concertada.

«Sabía que no era una emergencia...».

Se me pasó por la cabeza llamar a Tara para que se ocupara de esto. Se le daba mucho mejor que a mí lidiar con los juegos que se traían esa clase de personas mientras mantenía una cara seria. Por otra parte, cuanto antes terminara con esto, antes podría volver con ella a la sala de juntas.

—Buenas tardes. —Contuve un gemido mientras ocupaba mi sitio detrás del escritorio—. ¿Qué emergencia tenemos?

—Queríamos hacerle saber que, independientemente de la reunión que tenemos programada en Londres este fin de semana, todavía no estamos convencidos de aprobar el acuerdo —dijo Von Strum.

—¿En Londres no hay teléfonos? —pregunté—. Podrían haberme haber llamado.

—Preferimos hacer las cosas cara a cara —explicó—. No estamos seguros de que sea el hombre adecuado para ocuparse de la cadena.

—¿Y eso por qué?

—Porque es un gilipollas sin corazón. —Siseó su esposa—. Si le abriéramos el pecho en este momento, estoy segura de que encontraríamos una billetera en lugar de un corazón.

—¿Creen que la billetera sería de Armani o de Gucci?

Ella me miró con los ojos entrecerrados, y su marido le apretó la mano.

—Solo queremos asegurarnos de que no convierta la cadena en una llamativa prolongación de sus caros complejos exclusivos.

—Voy a convertir los hoteluchos baratos de su familia en *resorts* de lujo de cinco estrellas con comodidades económicas. No hay nada llamativo ni caro en ninguno de mis hoteles.

—Cobran doce dólares por una botella de agua en las habitaciones.

—Porque la traemos desde Fuji. —Apreté los dientes—. Eso hay que pagarlo.

—Ya, bueno. —El señor Von Strum se quitó las gafas de lectura—. Nunca he notado diferencia de verdad en el sabor. Todas las aguas embotelladas siempre me han parecido iguales. No obstante, si alguna vez llegamos a un trato final con usted, queremos mantener a todos nuestros empleados, y queremos que sigan recibiendo las bonificaciones que se han ganado con los años. También queremos...

Desconecté. Llevaba dos años persiguiendo a este hombre y todavía seguía en el mismo lugar que el primer día. Y su repentina aparición me había llevado a la posición en la que estaba desde el primer día con Tara.

Cuando volví a centrarme en la conversación librando una guerra silenciosa contra él por haber interrumpido mi sesión con Tara, estaba citando algo de filosofía personal.

—¿Qué intenta decirme, señor Von Strum? —Quería volver a bajar las escaleras lo antes posible—.

Vaya al grano.

—Me gustaría tener más tiempo para considerar su oferta y examinar las de otros compradores. Queremos informarnos por si alguno de los miembros de la familia quiere correr el riesgo de ocuparse de todo.

—Muy bien —dije, poniéndome de pie y tendiéndoles la mano—. Esta reunión de emergencia ha terminado.

—Demos gracias a Dios por ello. —Se burló su esposa, rechazando mi mano—. Y para que conste, de ahora en adelante, prefiero mantener todas las conversaciones con la señorita Lauren.

—Sus respuestas serán las mismas que las mías.

—No importa —intervino el señor Von Strum, evitando también mi apretón de manos—. Es mucho más humana de lo que usted será nunca.

—Disculpe mis palabras, pero estoy seguro de que sus padres no estarán demasiado orgullosos del imbécil en el que se ha convertido —redundó ella.

—Mis padres están muertos, pero estoy seguro de que, aun así, están mirando hacia abajo en este momento, sintiéndose muy orgullosos del imbécil en el que me he convertido.

Él me lanzó una breve mirada de simpatía, como si quisiera disculparse, pero su esposa lo arrastró fuera de la habitación.

—George —le dije, mirándolo con intensidad—. Esa reunión podría considerarse justo lo contrario de una «emergencia». Podrías haberte ocupado tú solo.

—Aparecieron segundos después de que te llamara —me explicó, yendo hacia la puerta—. La emergencia la tienes por la línea uno. Afirman que es un asunto familiar.

Confuso, esperé hasta que cerró la puerta para levantar el teléfono.

—Al habla Preston Parker. Será mejor que sea algo importante.

—Lo es, señor —me respondió una voz profunda—. Pero antes de nada, quería pedirle disculpas. Le aseguro que odio hacer esta llamada.

—Sin embargo, aquí estamos.

—Esta mañana temprano ha habido un accidente en el puente Triborough, señor. Su hermano, Weston Parker, ha fallecido.

Me mantuve en silencio. A fin de cuentas no estaba muy seguro de qué decir. Saqué el teléfono y escribí «Accidente, esta mañana temprano, puente Triborough» en el navegador, y apareció una página completa de artículos. No pude hacer clic en ninguno de ellos.

—La prometida de su hermano también ha fallecido en el accidente, señor —continuó el hombre—. ¿No sabrá por casualidad a quién debemos avisar en su caso?

«Ni siquiera sabía que tenía novia...».

—No.

—Bueno, imagino que, conociéndolos a ambos, sabrá a quién...

—No me trataba con ellos —le interrumpí—. Casi no los conocía.

—Oh. Bueno, su hermano ha sido muy meticuloso con el tema de mantener el testamento actualizado, y como abogado que lo representa, necesito reunirme con usted en el Rosy-Gan Bar & Café. Está en la misma calle que la sede de sus hoteles. Le ha dejado algo significativo.

Puse fin a la llamada sin añadir nada más. Me había quedado paralizado y entumecido, y no sabía muy bien cómo me sentía.

Llevaba más de una década sin hablar con mi hermano, e incluso cuando manteníamos alguna relación personal, era solo por el bien de nuestros padres. Lo único que compartíamos era un aspecto idéntico, ya que, sinceramente, nunca nos habíamos llevado bien. El «¡Son gemelos! Crecerán y se

convertirán en amigos íntimos» no había ocurrido con nosotros, y todo lo que teníamos para demostrar nuestra relación fueron viejas fotografías representativas de eventos importantes.

Las miraba a veces, cuando tenía ganas de tenderle una mano, pero nunca había podido hacerlo. Su nombre tampoco había aparecido nunca en mi registro de llamadas.

No habíamos podido establecer conexión durante los primeros años universitarios, y cuando nuestros padres fallecieron, poco después de que nos graduáramos, solo nos llamábamos durante las vacaciones. Después de un tiempo, dejamos de llamarnos por completo.

Nunca lo había admitido, pero lo seguía a través de la prensa y de las revistas de las cadenas de hoteles *low cost*, pero eso era todo.

Me sentía tan afectado que le envié a Tara un correo electrónico rápido y me dirigí al Rosy-Gan Bar & Café.

Llegué a la cafetería unos minutos después, y fui directamente hacia un hombre que vestía un traje gris.

—Soy Preston Parker —me presenté—. ¿Es usted la persona que me ha llamado por teléfono?

—Sí, soy el señor Harris. —Me tendió la mano, pero no la acepté—. Póngase cómodo, señor Parker.

No me moví.

—Vale, de acuerdo —dijo, concentrándose en el teclado de un portátil—. Necesito que firme algunos documentos antes de poder entregarle lo que le ha dejado su hermano.

—¿No deberíamos organizar antes su funeral?

—No, su hermano fue inflexible al respecto; dejó claro en el testamento que no deseaba funeral en su memoria, señor. —Me entregó un contrato estándar de aceptación, y leí el corto párrafo antes de firmar.

—En los días venideros, alguien de mi bufete se pondrá en contacto con usted para entregarle sus restos, ya que usted es el pariente más cercano, pues dejó ordenado que lo incineraran, entre otras cuestiones legales. Tendremos que verificar todas sus transacciones comerciales y los demás contratos durante bastante tiempo antes de que se concrete todo. Hablando de eso, aquí tienen una cerveza especial llamada Concrete. ¿Quiere probarla?

Puse los ojos en blanco.

—De acuerdo. —Se aclaró la garganta y sacó una hoja de un sobre de papel manila—. Me limitaré a leerle sus palabras, le entregaré sus posesiones y le dejaré en paz.

—Cuanto antes mejor.

—«Si alguna vez me pasa algo, esta nota es para el último miembro vivo de mi familia cercana. El gilipollas de mi hermano».

Sonreí. Yo tenía la misma frase impresa en mi testamento con respecto a él.

—«Preston, quiero que sepas que siempre he entendido por qué te alejaste de mí después de que fallecieran nuestros padres. Nunca se te ha dado bien tratar de expresar tus emociones ni sabes manejar el dolor, y no creo que hayas valorado nunca ni a tu familia ni a tus amigos. Nunca has sido capaz de anteponerlos a nada... Y por eso hemos sido siempre completamente opuestos, desde el día en que nacimos, pero siempre te he querido y me he alegrado de tu éxito».

—¿Eso es todo? —pregunté—. ¿Me ha dejado sus pensamientos?

—No. —Negó con la cabeza y continuó leyendo—. «Te dejo una carta más personal con algunas palabras que desearía haber dicho antes y a mi Violet». —El abogado sacó un esponjoso llavero rosa

y marrón que tenía grabadas las palabras «MI VIOLET».

—¿Esta es su posesión más preciada? —pregunté, quitándole el llavero de las manos—. Me aseguraré de mantenerlo a buen recaudo. Por otra parte, ¿hay alguien más con quien quisiera que compartiera esto?

—Con su prometida, señor. —Bajó la vista—. Pero ella no tiene parientes vivos.

Contuve un suspiro. Mi hermano siempre fue mucho más mezquino que yo, pero esto era demasiado bajo. Incluso para él.

—Aprecio que me haya hecho venir aquí por un llavero. —Miré el reloj mientras sentía un dolor poco familiar en el pecho—. Me ha hecho perder el tiempo.

Comencé a alejarme, pero se puso delante de mí, bloqueándome el paso.

—No tan rápido, señor Parker. Violet no es un llavero.

—Entonces, ¿por qué me lo ha entregado?

Suspiró y levantó el contrato de aceptación firmado.

—¿Es que no ha leído la letra pequeña?

—Siempre lo hago. —Lo miré de nuevo—. Y estoy de acuerdo en encargarme de todos los asuntos que me requieran, y a aceptar cualquier regalo y herencia, y como pariente más cercano, acepto cuidar a los herederos que Weston Parker Estate, aquí llamado «The W Estate», deja atrás. —Me encogí de hombros—. Mi hermano no tenía hijos.

Abrió los ojos como platos.

—Es cierto que no se relacionaban en absoluto, ¿verdad?

Antes de que pudiera decirle que se apartara de mi camino, otro hombre de traje gris entró en la cafetería llevando de la mano a una niña pequeña que abrazaba un oso de peluche.

Miré el llavero y me di cuenta de que era una réplica de ese oso. Que el otro dije del llavero contenía una foto de la niña que se acercaba a mí.

«¿Qué coño...?».

Sentí que el mundo se había detenido.

«¿Mi hermano ha tenido una hija?».

Una novia era una cosa, pero ¿una maldita hija?

Noté un dolor punzante en el pecho, y recé para que todo fuera un mal sueño.

La niña miró a su alrededor, un poco confundida, pero luego sus ojos se encontraron con los míos. Me miró y yo le sostuve la mirada. Cuanto más la estudiaba, más notaba que nuestros ojos eran iguales. De color verde esmeralda con motitas de color gris claro.

—Vamos, Violet. —El otro hombre de traje la acercó un poco más y luego me señaló—. ¿Sabes quién es este hombre?

Ella asintió.

—Es el hermano gemelo de mi padre. Mi tío Preston.

Parpadeé, sintiéndome estupefacto de que ella supiera quién era. Por otra parte, no estaba seguro de qué me hacía sentir oírle decir la palabra «tío».

—¿Sabes dónde vive tu tío Preston?

Me miró y luego apretó el osito de peluche.

—Vive en mi osito.

—No, vive aquí, en Nueva York. Igual que tu padre y que tú.

Sentí que me atravesaba una sensación de culpa. Ni siquiera sabía que mi hermano se había mudado a Nueva York, pensaba que todavía vivía en California.

—Vas a vivir con él durante un tiempo, ¿vale? —El tipo del traje seguía hablando—. ¿Entiendes lo

que te estoy diciendo?

Ella asintió, y yo negué con la cabeza.

—Imposible —dije—. No sé nada sobre cuidar niños.

—Entonces, está a punto de aprender. —El señor Harris me dio una palmada en el hombro.

—Seguramente existe alguna posibilidad mejor que dejarla con un extraño en un bar. ¿No han avisado a Servicios Sociales?

—Usted es el pariente más cercano, señor Parker... Es el único familiar vivo que le queda —añadió en voz baja—. No tiene idea de lo que les ha pasado a sus padres, y hemos pensado que debería ser su familia la que se lo contara.

—¿Qué? —El sentimiento de culpa que me oprimía el pecho se convirtió rápidamente en un dolor familiar que conocía muy bien.

—Alguno de mis empleados se pondrán en contacto con sus abogados en los próximos días para darle más información sobre los negocios de su hermano y todo lo que ha dejado para Violet —explicó, ignorando mi pregunta para seguir con su discurso—. ¿Su principal contacto es su asistente personal? ¿La señorita Tara Lauren?

—Sí.

—¿Le importaría darme su número de teléfono y la dirección de su casa?

—Tiene tres números de teléfono y dos direcciones principales. —Me puse a recitarlos de memoria—. Si se tratara de una verdadera emergencia y no pudieran comunicarse con ella, pruebe a llamar a su mejor amiga, Ava Sanders, al 555-1703.

—Oh, guau... —Sonrió como si no acabara de poner mi mundo patas arriba—. Yo ni siquiera sé de memoria el número de mi novia. Es impresionante que sepa esa información de todos sus empleados.

—No sé nada de niños. —Miré a Violet—. Me refiero a eso...

—¿Va a venir mi papá? —preguntó Violet—. Mami me prometió que hoy me compraría un helado si me portaba bien.

Los tres nos limitamos a mirarla. Nadie se atrevió a responder.

—Estaremos en contacto, señor Parker. —El señor Harris me dio de nuevo una palmadita en la espalda y me entregó un enorme archivador que decía «VIOLET ROSE PARKER»—. Por desgracia, tengo que reunirme con una persona de otro estado en breve, pero lamento mucho su pérdida.

El otro hombre me lanzó una mirada de simpatía, y luego los dos salieron de la cafetería y me dejaron solo con la niña.

Le hice una seña a un camarero sin apartar la vista de ella.

—¿Sí, señor? —dijo cuando se detuvo a mi lado.

—Necesito un whisky doble. Ahora mismo.

—Señor, no podemos servirle ninguna bebida alcohólica hasta que saque a su pequeña de las instalaciones.

—¿Qué pequeña?

Señaló a Violet.

—Está imaginándose cosas... —Suspiré—. Violet, ¿cuántos años tienes?

—¡Tres y medio! —dijo llena de orgullo.

—Tiene tres años y medio —le repetí—. No es tan pequeña.

—Señor, no puede estar con una niña pequeña en un bar.

—Yo no la he traído aquí.

—Las reglas son reglas, señor. —Levantó las manos en señal de rendición y se alejó.

Violet le susurró algo al oído a su osito de peluche y luego se acercó a mí.

—Mi osito y yo tenemos hambre. ¿Podemos comer un poco de pizza?

No dije nada, pues me encontraba completamente aturdido por el giro que habían dado hoy los acontecimientos.

Había pasado de casi tirarme a Tara en la sala de juntas a perder la confianza de Von Strum y a convertirme en tío en solo una hora.

—Tengo mucha hambre, tío Preston —insistió Violet, tirándome de los pantalones—. Y tengo ganas de hacer pipí.

«¡Cristo bendito!».

DIECINUEVE

TARA

Me tumbé en la cama del avión privado de Preston, pero me resultó imposible dormir. Solo podía pensar en la facilidad con la que me había hecho alcanzar el orgasmo varias veces con la boca solo unos días antes. En la forma en la que había deseado que volviera a la sala de juntas para terminar lo que había empezado, como me había prometido.

Por otra parte, en el momento en que me envió un correo electrónico para que viajara a Londres sin él, había sabido que había pasado algo terriblemente malo. Nunca se había perdido una reunión internacional, y jamás había pasado un día sin ponerse en contacto conmigo, así que estar cuatro días sin saber nada de él era todo un récord.

Una parte de mí quería ponerse en contacto con él y preguntarle si estaba bien, pero había salido escaldada cada vez que le había preguntado por su vida personal. Demonios, todavía estaba un poco cabreada por algunas de las palabras que me había lanzado antes de que la habilidad de su lengua me hubiera hecho olvidar todo lo que no fuera el placer.

No podía intentar liarme diciéndome que había hecho muchas cosas por mí. Salvo el tema de las bonificaciones por el trabajo y el haberme conseguido un descuento en el ático, no veía el resto. Me senté y abrí el portátil para leer el correo electrónico que iba a enviarle el sábado. Tuviere una boca increíble o no, todavía quería dejar la empresa, y no pensaba rendirme, así que iba a seguir intentándolo. Lo leí por última vez y presioné el botón de enviar cuando el avión comenzó a descender.

ASUNTO: Mi contrato

Preston:

Espero que todo vaya bien.

Entiendo que no leí la «letra pequeña» de mi contrato de trabajo, pero aun así me gustaría dejar la empresa. Te he dado dos de mis mejores años, y creo que lo mínimo que puedes hacer es comprometerte y liberarme.

Me gustaría hablar de esto lo antes posible.

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

Solo tardó unos segundos en responder.

ASUNTO: Re: Mi contrato

Tara:

No va bien.

Sí, no leíste la letra pequeña del contrato de trabajo, y, legalmente hablando, no estoy obligado a liberarte de tus funciones.

Dicho esto, tengo una situación de emergencia y necesito tu ayuda.

Si aceptas ayudarme con esto (y con algunas otras cosas), me pensaré lo de disolver tu contrato.

Nos vemos en mi casa cuando aterrices.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

Leí el correo electrónico un par de veces en estado de *shock* al pensar que por fin estaba dispuesto a pensarse lo de dejarme marchar. Apagué y encendí el teléfono y lo volví a leer solo para asegurarme de que no me estaban engañando los ojos.

No perdí el tiempo diciéndole al chófer que me llevara a al piso de Preston cuando me bajé del avión. Cuando entré en el ascensor para subir hasta su casa, iba preparándome para lo que esperaba que fuera una verdadera emergencia.

«Conociéndolo, probablemente no lo sea...».

Llamé cinco veces y esperé una respuesta. Volví a llamar, y me abrió él la puerta. Llevaba unos vaqueros oscuros y una camisa negra que resaltaba sus músculos de una forma perfecta. Él clavó los ojos en mi vestido corto de color beis y gris, y sus labios se curvaron en una sonrisa sexy.

—Me habías dicho que perdiste ese vestido hace meses —comentó.

—No, lo que dije fue que no lo volvería a usar porque cuando lo llevaba puesto me miras todo el rato.

Siguió mirándolo fijamente.

—Adelante.

—Antes de entrar, tengo que decirte algo.

—Soy todo oídos.

—Solo quiero que sepas que lo que pasó en la sala de juntas no puede volver a ocurrir.

—¿Perdona? —Arqueó una ceja.

—Ya sabes de lo que estoy hablando —insistí, bajando la voz—. Eso no puede volver a ocurrir, no lo permitiré.

—¿Te refieres a todos los errores que cometiste durante el ensayo de la presentación, o al hecho de que te pusiste a gritar «No pares» mientras te devoraba el coño? —Me miró de arriba abajo—. Necesito que seas un poco más específica sobre el significado de «eso».

—Me refiero a las dos cosas.

—Entonces no tiene sentido. —Sonrió—. ¿Quieres decir que no te gustó que hiciera que te corrieras con la boca?

Me sonrojé.

—Ese no es el tema.

—Responde mi pregunta —insistió mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Te gustó o no que hiciera que te corrieras con la boca? ¿O tres orgasmos no fueron suficientes?

No dije ni una palabra.

—Habría preferido que hubiéramos estado en mi despacho para haber podido tenderte sobre mi escritorio y evitar que te movieras tanto, pero como ya no estás interesada en que lo haga nunca más... —Su voz se apagó con una sonrisa, pero abrió la puerta un poco más, invitándome a entrar.

Me condujo al comedor, y vi al instante una enorme mancha de color púrpura en el que era su sofá italiano blanco favorito.

«No me digas que quería que viniera aquí para buscar la forma de limpiar ese sofá a medida».

Me sirvió una copa de vino y se sentó frente a mí en la mesa. Sin embargo, no dijo nada; simplemente me miró, lo que provocó que estuviera más excitada cada segundo que pasaba.

—¿Se trata realmente de una emergencia? —pregunté—. ¿O estás tratando de convencerme para que me acueste contigo a cambio de romper mi contrato?

—Tara, los dos sabemos que no tengo que traerte a mi casa para intentar hacer eso. —Su sonrisa se

desvaneció lentamente mientras se aclaraba la garganta—. Es una emergencia de verdad. En mi vida ha entrado alguien nuevo y especial —confesó finalmente—. Ha sido algo repentino e inesperado, pero ya siento algo por ella. Son unos sentimientos que no puedo explicar, pero me importa de una manera muy intensa. Quiero que esta nueva relación funcione, ya que será un compromiso a largo plazo para mí, pero necesitaré ayuda para adaptarla a mi estilo de vida.

Una punzada de celos me explotó en el pecho. Cogí la copa de vino y me lo tomé de golpe.

—Necesito que me ayudes a planificar algunas cosas, además de encontrar a la persona que te sustituirá en Parker International. Luego, como estás empeñada en marcharte, te libraré del compromiso en seis semanas.

—No pienso planificar tu boda. Punto.

—¿Qué? —parecía confuso.

—Ni tampoco pienso organizar tu fiesta de compromiso. —No podía dejar de hablar—. Y si piensas por un minuto que no le diré a tu prometida que tu boca estuvo devorándome el coño hace unos días y que estabas hablando de hacerlo nuevamente en el pasillo, te equivocas de cabo a rabo. De cabo a rabo.

Me miró como si me hubiera vuelto loca. Luego, esa sonrisa que amaba y odiaba a la vez apareció en su rostro. Casi levanto la mano para borrarla.

—Estaba hablando de mi sobrina —dijo.

«¿Qué?».

—Oh... —Noté que comenzaban a arderme las mejillas—. No sabía que tenías una sobrina.

—Yo tampoco lo sabía... —Hizo una pausa, y me pareció un hombre vulnerable por primera vez—. Mi hermano ha fallecido y la ha dejado a mi cuidado. —Apartó la vista de mí, y noté el montón de libros que había encima de la mesa: *Criar a un niño, Cómo manejar a un niño pequeño, Hijas y padres solteros: una carrera de fondo y Familia*.

Como si fuera una señal, una niña preciosa con pelo castaño entró en la habitación, con una piruleta a medio comer en la mano.

—Tío Preston, ¿puedo comerme otra?

Cuando se acercó, noté que sus ojos tenían el mismo tono verdoso que los de él. También tenía manchas rojas y azules de la piruleta por toda la boca.

Él le abrió otra piruleta, y ella sonrió mientras me miraba.

—Hoy *tení* un accidente en el sofá —dijo.

«Eso explica la mancha del sofá».

Por costumbre, saqué mi teléfono y lo encendí. Concentrando en ella toda mi atención, le indiqué que se acercara.

—¿Cómo te llamas?

—Violet. —Hizo una pausa—. Violet Rose Parker.

—Es un nombre precioso.

—¡Gracias! ¿Cómo te llamas tú?

—Tara. —Hice una pausa al igual que ella—. Tara Rose Lauren.

—Me gusta más mi nombre que el tuyo.

—A mí también. —Me reí, y ella se dio la vuelta y le pidió a Preston que le diera otra piruleta.

Cuando aceptó, y ella se alejó con las dos nuevas golosinas, solté un suspiro.

—¿Cuántas piruletas de esas ha tomado hoy?

—No lo sé. Unas veinte.

—¿Unas veinte? ¿Estás loco?

—No, pero no he terminado de leer el ejemplar que compré de *Qué esperar cuando no estás esperando a un niño pequeño*. ¿Te importaría compartir tus conocimientos conmigo?

Puse los ojos en blanco y fui hacia la cocina, donde abrí la nevera. Todos los estantes estaban llenos de agua embotellada, postres y vinos, nada de lo cual era adecuado para un niño pequeño. Entré en una de sus enormes habitaciones, notando que todavía estaba tan vacía como cuando empecé a trabajar para él.

—Deberías hacer aquí una habitación de invitados —le dije, volviendo al comedor—. Ese sería un buen comienzo para ayudarla en su nueva vida.

Antes de que pudiera preguntarle cuándo planeaba ir de compras, escuché un sonido revelador de arcadas seguido por el de alguien vomitando.

—No me encuentro bien. —Violet entró tambaleándose en la habitación y miró a Preston—. Me duele la barriga.

Suspiré.

—¿Puedes avisar al chófer para que traiga el coche con un asiento de seguridad, por favor?

—Ya está en camino —aseguró después de tocar su teléfono—. ¿Qué clase de asiento de seguridad?

Violet volvió a vomitar antes de que pudiera responderle.

VEINTE

PRESTON

Dos horas después, coloqué el asiento de seguridad de Violet en el recibidor. Tomé nota mental para usar la llave que me había dejado mi hermano e ir a buscar algunas cosas más tarde a su casa.

Violet estaba bajo las sábanas de mi cama, tomando pequeños sorbos de *ginger-ale* con una pajita mientras las lágrimas caían por su rostro. Parecía como si su osito de peluche también estuviera enfermo, pues le ponía la pajita en la boca cada pocos minutos.

Tara le limpió las lágrimas con un pañuelo de papel y me miró negando con la cabeza.

—No quiero pensar en todo lo que le has dejado comer.

—No se me ocurrió que la pizza fuera tan mala.

—No lo es —explicó ella—, pero una niña no puede comerla tantos días seguidos, y menos si solo desayuna piruletas, por muchas veces que te lo pida.

«Fue el osito quien me las pidió...».

—Tomo nota. —La observé mientras le ponía a Violet el termómetro y le hacía tomar la última cucharada de sopa de pollo con fideos. Reservó la medicina con sabor a uva para el final, y, aunque Violet insistió en que no tenía sueño, se quedó dormida en solo unos minutos.

Bajé la intensidad de las luces y le hice una seña a Tara para que me siguiera al salón. Se sentó en mi sofá, abrió mi portátil y escribió la contraseña.

—¿Cuándo le contarás lo de sus padres? —me preguntó.

—De esta semana no pasa. —Todavía no tenía claro qué enfoque quería darle al asunto. «Un lugar mejor» era una expresión que nunca me había gustado, «en el cielo» solo conduciría a que se pasara innumerables horas haciendo preguntas sobre dónde estaba y «fueron asesinados» me parecía innecesariamente cruel.

—Mientras tanto, necesitas encontrar una niñera temporal —dijo Tara—. Buscaré algunas recomendaciones y haré que la cuiden en la *suite* privada durante las horas de trabajo hasta que contrates a una persona que pueda ocuparse aquí de ella de forma permanente. También debes contratar a un diseñador lo antes posible y preparar su habitación. Necesita tener un espacio propio y acostumbrarse a vivir contigo. —Continuó enumerando todas las cosas que Violet iba a precisar, y para cuando terminó de exponerlo todo, pasaba de la medianoche.

—¿Necesitas algo más de mí esta noche? —me preguntó.

—Sí, que seas mi cita para la gala de *Míster Nueva York* este fin de semana.

—No. Sigo pensando que no sería...

—¿Apropiado? —Puse los ojos en blanco—. Ese concepto se volatilizó en la sala de juntas, y dudo mucho que alguien piense algo raro al ver que eres mi acompañante. No sé si lo has notado, pero estamos siempre juntos.

—Vale —claudicó ella—. Entonces, todo lo que tengo que hacer es ayudarte con Violet durante seis semanas, buscar a la persona que me sustituirá e ir contigo a esa gala este fin de semana para que rompas mi contrato. ¿O hay alguna letra pequeña que me esté perdiendo?

—No, no hay letra pequeña. —Le tendí la mano—. Es una oferta verbal pero genuina, y prometo ser sincero contigo hasta que se cumpla el trato.

—Yo haré lo mismo. —Nos estrechamos la mano y se levantó para ir hacia el ascensor privado.
La seguí y presioné el botón de bajada.

—Gracias.

—¿Qué? —Parecía como si acabara de ver a un fantasma—. ¿Qué me acabas de decir?

—Te he dado las gracias. ¿Por qué me miras así?

—Porque nunca me habías dicho eso. Nunca.

Guardé silencio un rato.

—Bueno, lo he dicho en serio. —La miré mientras entraba en la cabina—. Muchas gracias por todo.

—De nada.

VEINTIUNO

TARA

ESE MISMO FIN DE SEMANA...

Me mordí la lengua por enésima vez esa noche. No sabía por qué había pensado que si Preston tenía un niño en su vida se suavizaría en lo más mínimo, pero ahora estaba convencida de que siempre sería un gilipollas. Incluso después de conseguirle la mejor niñera de la ciudad, de contratar al mejor diseñador de dormitorios y de asegurarme de que alguien pudiera ayudarlo en cualquier tema relacionado con las necesidades de Violet, seguía siendo el mismo.

Apenas habíamos hablado desde que me recogió para la gala, donde parecía decidido a presentarme a todos como: «Mi asistente personal que quiere alzar el vuelo y no seguirá trabajando para mí mucho más tiempo». No había ni pizca de humor en su voz cuando lo decía, y si cualquier persona pensaba que era una broma, añadía: «Es tan difícil encontrar a alguien bueno para ese puesto...».

Me acabé sintiéndome idiota por haberme pasado medio día preparándome para el evento, por esperar que al menos me ofrecería un maldito cumplido. Había gastado más de dos mil dólares en un vestido en tonos grises y rosados combinados que me habían hecho a medida y me llegaba justo por encima de las rodillas, y unos brillantes *stiletos* plateados nuevos de Christian Louboutin. Iba perfectamente maquillada, y llevaba algunos rizos recogidos con horquillas personalizadas.

Desencantada, saqué el móvil y le envié un mensaje de texto rápido a Ava.

«A la mierda todo lo que te he comentado de que este hombre podía tener un lado más tierno. Esta noche me ha ignorado como si fuera una mierda. Estoy deseando que pasen de una vez estas seis semanas».

«Entonces, no dejes que te trate así ni un segundo más. Sal de ahí. Te llamaré para hablar contigo cuando aterrice en Francia mañana».

—Es un agradable cambio verte en uno de estos eventos acompañado de alguien, Preston. —El director general de la cadena Marriott se detuvo delante de mí mientras guardaba el teléfono—. Encantado de conocerla finalmente en persona, señorita Lauren. He oído hablar mucho de usted.

—¿Te has enterado de que quiere dejar Parker International? —preguntó Preston.

—Pues no lo sabía. —El hombre al frente de los hoteles Marriott esbozó una sonrisa y me ofreció una tarjeta de presentación—. Y dado que me lo has mencionado, me encantaría que nos considerara en el futuro.

—Bueno, consideraré cualquier oferta que reciba siempre y cuando la persona con la que deba trabajar no sea idiota.

Me di la vuelta para encaminarme a la salida mientras él abría los ojos como platos. Preston se puso a mi lado unos segundos después, y empezó a andar al mismo ritmo que yo.

—Tara, la gala aún no ha finalizado.

No le respondí, y me limité a seguir avanzando.

—Tara...

—A partir de ahora me llamarás «señorita Lauren». —Me di la vuelta para mirarlo—. Ya es bastante

malo que haya desperdiciado dos años de mi vida trabajando bajo tu yugo mientras me tratabas como a una mierda, pero no pienso permitir que me estropees las próximas seis semanas. Ya no espero nada de ti, y no tengo nada más que hablar por esta noche. Punto.

Me alejé de él haciendo que repiquetearan los tacones en el suelo. Cuando alcancé el vestíbulo, él me agarró del codo desde atrás y me arrastró hasta el cuarto de baño más cercano.

—Tenemos un trato: hoy eres mi acompañante en este evento —siseó—. Eso significa que te vas cuando me vaya yo. También significa que...

—¡Que te jodan! —Lo fulminé con la mirada mientras lo interrumpía—. ¿No has oído lo que acabo de decir? Ya he cumplido contigo. Te ayudaré con Violet durante las próximas seis semanas porque está bajo tu desafortunado cuidado, pero solo haré lo mínimo posible en todo lo demás. Te odio —finalicé, furibunda.

Me soltó el codo.

—¿Me odias?

—¿Es que no lo he dicho claro? —Traté de pasar junto a él, pero me agarró por las caderas para mantenerme quieta donde estaba.

En ese momento, entró una mujer en el cuarto de baño y se acercó al lavabo. Al vernos reflejados en el espejo, se fue rápidamente.

Preston se acercó entonces a la puerta y la cerró con llave. Luego regresó a mi lado, haciéndome retroceder hasta que noté el toallero apretado contra el trasero.

Bajó la vista hacia mi vestido y luego apoyó la frente en la mía.

—Sé por qué estás cabreada conmigo, Tara.

—Te acabo de decir que no quiero que sigas llamándome así.

—¿Quieres que te diga lo jodidamente sexy que estás esta noche? —Me pasó el dedo por la clavícula, lo que hizo que me pusiera nerviosa—. ¿Habrías preferido que nos hubiéramos quedado en tu casa para poder terminar lo que comenzamos en la sala de juntas en lugar de venir aquí?

—No.

—Claro que sí. —Me rozó los labios con los suyos—. Sabía que no lo reconocerías, a pesar de que sabes de sobra que quieres hacerlo. Estoy seguro de que todavía sabes lo difícil que es lidiar con la idea de desear a alguien durante más de dos años.

—Yo llevo dos años queriendo que alguien me trate bien —siseé—. Créeme, no te haces una idea de lo difícil que es lidiar con ello.

—Para que conste, ese alguien nunca te odió.

—Es una lástima que nunca vaya a poder decir lo mismo.

—Pensaba que habíamos dicho que íbamos a ser sinceros el uno con el otro durante estas últimas semanas.

—Y estoy siendo sincera.

Deslizó la mano entre mis piernas y hundió los dedos en mi coño.

—Me parece que esta es la prueba de que no me odias.

—Esto no significa nada. Es algo que está más allá del odio en este momento.

Entrecerré los ojos y me mordió el labio inferior.

—Demuéstralo.

Apretó los labios contra los míos y mi mentira se derrumbó en solo dos segundos, ya que no pude evitar ceder. Le rodeé el cuello con los brazos y gemí mientras él me pasaba las manos por la espalda del vestido.

Mientras me besaba con imprudencia, sus ojos permanecieron clavados en los míos, y no me dio la

oportunidad de dirigir el ritmo en ningún momento. Controló mi lengua con la suya, apretando mi trasero cada vez que intentaba dirigirlo.

Separando su boca de la mía, dio un paso atrás.

—Date la vuelta. —Me agarró por la cintura y me giró para que me enfrentara al espejo de cuerpo entero, por lo que nuestros reflejos estaban justo enfrente de mí.

Mirándome a través del cristal, me desabrochó lentamente la parte posterior del vestido, y lo dejó caer al suelo en un charco de seda. Me desabrochó el sujetador y me lo bajó por los hombros hasta que se reunió con el vestido con la misma lentitud. Deslizó entonces la mano a través de la banda de encaje de las bragas y me las arrancó, y luego se las metió en el bolsillo.

Con solo los tacones puestos, me quedé completamente desnuda frente al espejo, viendo cómo él depositaba un montón de besos duros y ásperos en mi clavícula. Sentía cómo me mordía la piel cada vez que yo hacía un sonido.

—Inclínate y agárrate a la encimera —susurró, mordiéndome la parte posterior del cuello.

Tragué saliva mientras me inclinaba hacia adelante para poner las manos en el frío mármol.

Bajé la vista al suelo, pero él me pasó los dedos por el pelo y lo apesó cerrando el puño para levantarme la cabeza con suavidad, haciendo que volviera a mirarme en el espejo.

—Quiero que nos mires —ordenó, usando la otra mano para desabrocharse el cinturón—. Así podrás ver cuánto me has odiado siempre.

—Siempre.

Sonrió y me soltó el cabello para coger un condón del bolsillo antes de dejar caer los pantalones al suelo. Luego puso la mano en el centro de mi espalda y metió la rodilla entre mis muslos para separarme las piernas un poco más.

Buscó mis ojos en el espejo antes de tomarse su tiempo para ponerse el condón, que deslizó lentamente por su enorme longitud. Cuando terminó, me sujetó las caderas y situó su polla contra mi sexo mojado. Se frotó contra mí, y me provocó durante varios segundos antes de llenarme muy despacio centímetro a centímetro.

Me mantuvo firme, e hice todo lo posible para mantener una expresión seria ante el espejo. Traté de resistirme a darle la satisfacción de saber lo mucho que me gustaba sentirlo dentro de mí.

Me mordí el labio para contener los gemidos, odiando que él pudiera leer en mi interior. Los años de tensión sexual entre nosotros finalmente se estaban desvaneciendo en un enfrentamiento áspero y salvaje.

—Ah... —No pude evitar gemir cuando él estuvo totalmente dentro de mí—. Oh, Dios mío...

Sin previo aviso, se retiró y volvió a entrar, follándome, casi haciéndome daño por la intensidad de sus movimientos. Me agarré el mármol con más fuerza, todavía más excitada, y miré su reflejo mientras me penetraba repetidamente.

El sonido de nuestros cuerpos chocando el uno contra el otro resonó en las paredes, y la punta de mis tacones raspaba el piso cada vez que volvía a entrar en mí.

Me soltó las caderas para acariciarme los senos y me pellizcó suavemente los pezones.

—Joder, Preston... —murmuré mientras poseía mi cuerpo con dos tempos diferentes.

De repente me levantó la mano izquierda de la encimera y me la llevó a mi coño.

—Tócate el clítoris por mí —susurró, moviendo la mano izquierda hacia mi pelo, para tirar de él con fuerza—. Ahora.

Deslicé la mano más abajo y me pellizqué el clítoris con dos dedos.

—¿Es así como quieres ser tratada por la persona que odias? —siseó, mirándome en el espejo. Su expresión era una mezcla de ira, lujuria y algo más que no pude entender—. ¿Es esto lo que querías?

—preguntó, ahora con más dureza.

No tuve la oportunidad de responderle. Solo podía gemir mientras me follaba más y más fuerte.

—Dímelo... —gruñó, tirándome del pelo hasta que me subió la cabeza casi hasta su pecho y mi coño palpitaba contra su polla—. ¿Todavía me odias?

De mis labios solo salieron gemidos.

—Señorita Lauren... —dijo, burlándose de mi petición anterior—. ¿Todavía me odias?

—Estoy a punto de correrme... —fue todo lo que pude pronunciar de forma ahogada.

Sus embestidas se hicieron aún más salvajes, y llegaron acompañadas con palmadas en mi trasero, hasta que sentí que se me doblaban las piernas. Me sujeté a la encimera con ambas manos e intenté contenerme, pero el orgasmo se apoderaba de mí.

Grité su nombre y cerré los ojos cuando una ola de placer se abrió paso por mi cuerpo. Noté que me sujetaba, sentí que empujaba dentro de mí un par de veces más buscando su liberación y pronunció mi nombre con dureza.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo, y nos quedamos entrelazados durante varios minutos. Empapados de sudor, nuestro aspecto nos delataba, y sabía que no existía ninguna forma de que pudiéramos volver a la gala sin despertar sospechas.

Sin decir una palabra, se subió los pantalones. Luego cogió mi sostén y se tomó su tiempo para ponérmelo sobre los senos. Cerrándolo, me dio un beso en la espalda antes de ayudarme a subirme el vestido.

—Ten... —dijo, quitándose la chaqueta para colocármela sobre los hombros.

Se abrochó el cinturón y me miró.

—No has respondido a mi pregunta.

—Me has hecho más de una.

Me acarició el pelo.

—Tara, sabes de sobra a qué me refiero.

—No, no te odio, Preston... No te odio... tanto.

—Mmm... —Apreté la mano contra la parte baja de mi espalda y me acompañó hasta la puerta.

Cuando la abrió y me di cuenta de que había una larga fila de mujeres esperando, sentí que se me enrojecían las mejillas y miré hacia abajo.

Preston soltó una carcajada y me guió hacia las puertas de salida.

—¡Señor Parker! ¡Señor Parker! —Un periodista rubio se detuvo frente a nosotros, bloqueándonos el paso—. Soy reportero de *Page Six*. Me preguntaba si podríamos concertar una entrevista para hablar de las primeras cinco nominaciones para ser Míster Nueva York del año.

—Ya les he dicho a todos repetidamente lo que pienso...

—Si le digo que está entre los dos primeros puestos, ¿me concederá esa entrevista?

—Se la concederé cuando sea el número uno.

—Vale, entonces ¿puede decirnos quién es su acompañante de esta noche? Me resulta familiar, ¿podría darnos tal vez una pequeña idea sobre el estado de su relación?

Me condujo lejos del periodista, hacia el coche que nos esperaba. Me dejó entrar primero y luego se deslizó a mi lado.

—Simon, por favor, a mi casa —dijo, mirándome—. Y quiero que subas el panel de separación, por favor.

—Sí, señor. —El panel subió lentamente hacia el techo del vehículo, y Simon subió el volumen de la música.

Recorrimos dos manzanas antes de que sus labios se apoderaran de los míos y sus manos me

recorrieran el pelo.

Se desabrochó el cinturón antes de sacar un condón.

—Quiero que cabalgues mi polla durante todo el camino a casa —susurró.

Pero yo me incliné sobre su regazo y me metí su polla en la boca, pillándolo completamente desprevenido.

Moví la cabeza despacio hacia arriba y hacia abajo, sujetándolo por la base mientras él gemía de placer.

—Joder... —Me pasó las manos por el pelo—. Tara...

Giré la lengua alrededor del glande y luego lo chupé más profundamente, introduciéndolo hasta mi garganta. Su polla se endureció todavía más en mi boca, pero no disminuí la velocidad.

Su respiración se volvió más pesada cuanto más lo complacía, y sentí que sus piernas se tensaban debajo de mí.

—Si no quieres probar mi sabor cuando me corra en tu boca —me advirtió—, tienes que moverte.

No lo hice; hundí su erección de nuevo hasta el fondo de mi garganta, y le agarré las rodillas cuando estalló en mi boca. Me tragué cada gota.

Me levantó lentamente y me miró a los ojos. Parecía más que impresionado, y la mirada que me dirigió me hizo saber que estábamos empezando la noche.

Cuando llegamos a su edificio, subimos en el ascensor privado besándonos como si estuviéramos tratando de recuperar el tiempo perdido. Había un tinte de arrepentimiento en sus ojos, y me preguntaba si se daría cuenta de que yo sentía lo mismo.

Cuando abrió la puerta, las luces se encendieron de inmediato.

—¡Oh, gracias a Dios! —Una voz femenina nos sacó de nuestro mundo—. Ha vuelto temprano.

Nos separamos el uno del otro y vimos que la niñera de Violet saltaba del sofá.

Echando humo, se puso los zapatos y luego metió los juguetes y algunos libros en su bolso. Violet estaba sentada junto a la ventana con los auriculares puestos, mirando al horizonte.

—¿Va algo mal, Julie? —preguntó Preston. Luego murmuró hacia mí—. Ya imagino que llevará un tiempo acostumbrarse.

—Sí. Su hija...

—Es mi sobrina.

—Lo que sea. —Se encogió de hombros—. Su sobrina es un demonio. Un demonio muy listo, pero un demonio. —Se acercó y le entregó un papel—. No pienso cobrar el cheque de la próxima semana. Estos últimos días han sido más que suficientes. Adiós y buena suerte.

Se marchó sin decir una palabra más mientras yo me quitaba la chaqueta de Preston de los hombros, dispuesta a desearle también buenas noches, pero me dijo que me quedara.

Cuando se acercó a Violet, el rostro de la niña se iluminó de inmediato.

—No me gusta Julie, tío Preston. —Se quitó los auriculares—. Quiero a mi papá.

Preston suspiró y le tendió la mano.

—¿Podemos hablar de tu papá en tu habitación?

—¡Vale! —Agarró el osito de peluche y le cogió la mano, luego me miró y sonrió—. Hola, Tara.

—Hola, Violet. —Miré a Preston—. Yo solo... Eh...

—Quédate —me ordenó Preston, clavándome al suelo con la mirada. Luego me indicó que los siguiera hasta el nuevo dormitorio de Violet.

Me senté en una esquina, donde el diseñador había amontonado una impresionante colección de ositos de peluche y pufs a juego. Los observé mientras Preston ayudaba a Violet a ponerse su pijama preferido, y contuve una carcajada.

—Mi osito quiere un poco de zumo de manzana antes de acostarse —dijo la niña.

—¿Por qué tu osito quiere tomar un poco de zumo de manzana? —preguntó él.

—Porque tiene sed.

Preston levantó la vista al techo y luego me miró en busca de ayuda.

—Voy a por él... —Fui a la cocina, pasando por encima de los juguetes y libros que quedaban esparcidos por el suelo. Cuando regresé con el zumo, Violet acercó la pajita a los labios de su osito de peluche durante cinco segundos antes de beber un poco ella misma.

—¡Qué lista es! —Preston sonrió y la arropó. Luego le sostuvo la mano en las suyas—. Violet, tus padres tuvieron... un accidente automovilístico.

—Un accidente automovilístico... —repitió ella.

—Sí, un desafortunado accidente de coche —añadió él, después de hacer una pausa—, y han muerto.

Ella parpadeó.

—¿Como los abuelos?

Él la miró calmado, pero me di cuenta de que estaba sorprendido de que ella hubiera dicho esas palabras.

—Algo justo así.

—¿Van a volver?

—No, Violet —dijo—. Ya no están.

Violet parecía confundida.

—¿Están en las nubes con la abuela y el abuelo?

Preston vaciló antes de responder.

—Sí.

—Oh... —La niña guardó silencio durante varios segundos, en los que miró a Preston y a su osito—. ¿Puedes leerme otra vez la historia del arco iris?

—Por supuesto... —Encendió la luz de noche, que desprendía tonos rosados y amarillos, y luego cogió un cuento de la mesita de noche. Se lo leyó dos veces y, cuando iba en la mitad de la tercera, ella se durmió.

Se puso de pie, le besó la frente y apagó las luces. Luego me agarró la mano y me llevó al salón.

—Yo no entendí que mi padre se había ido hasta que cumplí seis años —le expliqué—. Has hecho un buen trabajo en esta primera explicación.

—Gracias —dijo—. Supongo que tendré que llevarla al despacho conmigo hasta que encuentre una nueva niñera.

—Concertaré algunas entrevistas más, pero, mientras tanto, creo que deberías preguntarle a Cynthia. Podía ocuparse de Violet en la *suite* privada que hay al otro lado del pasillo y que casi nunca usas. De esa manera, podrás verla siempre que quieras, y si alguna vez te necesita, no tendrás que correr para llegar a casa.

—Cuando hablas de Cynthia, ¿te refieres a la misma Cynthia que quiere acostarse conmigo? —Puso los ojos en blanco—. Ni hablar.

—Es la única persona de la empresa que tiene un título en Educación Infantil. Además, adora a los niños.

No parecía convencido.

—¿Te ayudaría si te dijera que ahora tiene novio?

—Mucho.

—Bueno, pues está saliendo con alguien. —Me reí y di un paso atrás—. De todos modos, y sobre lo

que ha pasado esta noche...

—¿Qué pasa con eso? —Dio un paso adelante, y yo retrocedí de nuevo. Avanzó y me agarró de la cintura antes de que pudiera alejarme una vez más.

—Sí, ha sido inapropiado —afirmó—. Y sí, va a suceder de nuevo... —susurró contra mis labios—. Solo hay una razón por la que no está sucediendo en este momento...

—¿Tío Preston? —La suave voz de Violet nos hizo bajar la vista y mirarla.

—¿Sí, Violet?

—Mi osito tiene miedo... —Le cogió de la mano—. Quiere dormir en tu cama.

—¿De verdad?

Ella asintió, mientras apretaba al osito contra su pecho con la otra mano.

—Está bien. —La cogió en brazos y la apretó contra su costado—. ¿Podemos acompañar antes a Tara al ascensor?

—Sí. —Violet sonrió y se acurrucó contra su pecho.

Me acompañaron hasta el ascensor privado, y Preston me besó la frente antes de presionar el botón de bajada.

—Estoy pensando en quedarme dormida el lunes —comenté mientras entraba en la cabina—. Me pregunto si mi jefe lo entenderá.

—No lo hará.

—Te veré al mediodía.

—Nos veremos a las siete.

VEINTIDÓS

PRESTON

El lunes por la mañana, Cynthia entró en la *suite* privada con una caja llena de libros para colorear.

—No tengo palabras para agradecerle lo suficiente que me dé la oportunidad de hacer algo nuevo, señor Parker —dijo—. Todavía no me puedo creer que la señorita Lauren me haya recomendado. Pensaba que me odiaba.

—¿Por qué te va a odiar?

—Nunca le ha contado lo que yo... —Se aclaró la garganta, sin terminar esa frase—. Nada, nada.

Dejó la caja a un lado mientras yo arrojaba con la manta a una Violet dormida.

—Estaré en mi despacho si me necesitas —le dije—. Todavía vendré a verla cada hora más o menos hasta que coja confianza contigo, o hasta que encontremos una niñera. ¿Entendido?

—Entendido. —Bajó la voz—. No se preocupe. Le seguiré la corriente con lo de que es su sobrina y no una hija secreta, aunque sus ojos la delatan.

Negué con la cabeza, sin molestarme en responderle. Miré cómo Violet dormía durante unos minutos antes de ir hacia mi despacho.

Cuando llegué, vi que me estaban esperando mi café puro Colombia y la lista de tareas del día y que la agenda estaba perfectamente organizada. En ese mismo momento supe que mi próximo asistente no sería tan bueno como Tara.

«En ningún aspecto...».

Una de las becarias entró en el despacho con el plato del desayuno; a cada paso que daba se le notaba que le temblaban los brazos.

—¿Puedo hacer algo más por usted esta mañana? —preguntó mientras dejaba la bandeja sobre el escritorio.

—¿Por qué estás temblando?

—Es mi primer día, señor —explicó—. He oído por ahí que es usted Satanás reencarnado y que trabajar para usted es como vivir el infierno en la Tierra, así que quiero asegurarme de que estoy produciéndole una buena impresión.

Parpadeé.

—También he oído que le gusta despedir a la gente en el acto, y necesito conservar este trabajo.

—Sal de mi despacho ahora.

—Vale, espere... —Tenía la cara roja—. La verdad es que se me ha caído el *bagel* de pimienta, pero solo ha estado en el suelo durante cinco segundos. Lo he recogido al instante y lo he limpiado con mi camisa.

—¿Qué?

Dio un paso atrás, casi hiperventilando, y se fue.

Antes de que pudiera ponerme a procesar qué demonios le había pasado a mi *bagel*, Tara entró en el despacho, contoneándose levemente sobre los tacones. Mi polla se puso dura de inmediato.

—Buenos días, señor Parker.

—Tara...

Se sonrojó.

—Señor Parker, tengo programadas dos entrevistas con niñeras para esta tarde y una entrevista con mi posible sustituta esta mañana. —Se acercó a mi escritorio y cogió el *bagel* de pimienta para tirarlo a la basura y reemplazarlo por otro—. Debes atender una llamada con el departamento comercial a las dos, tienes una reunión por Skype con George para hablar de los progresos en tu viaje por China a las cuatro...

Le observé los labios mientras hablaba, prestando atención solo a medias a lo que estaba diciendo.

—También debes asegurarte de firmar la carta de recomendación que presentaré a las empresas a las que enviaré mi currículum durante los próximos días.

—Todavía no he escrito tu carta de recomendación.

—Y como no confío en que lo hagas en los próximos días, la he escrito yo misma. —Sonrió—. Te la he mandado por correo electrónico, y lo único lo que tienes que hacer es firmarla.

—Me lo pensaré.

—Me lo prometiste.

—¿De verdad?

—Sí. —Me miró con los ojos entrecerrados—. Sí, lo hiciste, y espero que me la devuelvas firmada en menos de una hora.

—Te la enviaré dentro de dos.

—Necesitas algo más de mí.

—Tu boca estaría bien, para empezar...

—No pienso tener sexo contigo en el trabajo.

—Las paredes están insonorizadas. —Hice ruido con los dedos contra el escritorio—. Y lo sabes porque fuiste tú misma la que ordenó que las aislaran.

—Lo hice para no tener que volver a escuchar cómo me llamabas desde tu despacho.

—¿Eso significa que me niegas tu boca?

—Eso significa que te veré más tarde.

VEINTITRÉS

TARA

Tomé un sorbo de mi café e hice una mueca mientras me recostaba en la silla. Tenía todos los músculos doloridos por el fin de semana, y me estaba costando mucho concentrarme en mi trabajo. También luchaba por procesar los destellos del lado más tierno de Preston Parker, desde la forma en que se había preocupado por mí después de haber follado como salvajes en el cuarto de baño, en la gala, hasta la forma en que le habló a Violet; y todo eso me hacía preguntarme si podríamos mantener una relación o algo cuando ya no trabajara en su compañía.

«Es solo el sexo quien habla, Tara. Él sigue siendo un gilipollas. No caigas en la trampa».

Cuando estaba hojeando un montón de currículums para elegir a su próximo asistente personal, me envió la carta de recomendación firmada. Sonriendo, empecé a escribirle la respuesta de agradecimiento, pero me envió otro correo electrónico justo después.

ASUNTO: Tu sustituto

¿Cómo va la búsqueda? (¿Es esta entrevista una broma de algún tipo?)

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

ASUNTO: Re: Tu sustituto

Tengo diez solicitantes más para valorar, y sesenta currículos nuevos que leer hoy. (Para nada. Esa chica se ha graduado en Harvard y posee experiencia de nivel B. ¿Por qué?).

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director y propietario de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Tu sustituto

Si los currículos que estás revisando no son la mitad de impresionantes que el tuyo, no te molestes en llegar más allá. (Esta chica me ha preguntado por qué no quiero ser como los «buenísimos» hoteles Hilton. Por favor, sácala de mi despacho. Ya).

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

Me reí y me puse los zapatos antes de dirigirme a su despacho.

—Opino de verdad que, si abriera la mente, podría beneficiarse haciendo algunas cosas como en los hoteles Hilton. —La mujer seguía hablando—. Quiero decir que tienen una aplicación donde los clientes pueden hacer las reservas desde el móvil, y su máxima es hacerte sentir como en casa. Si yo fuera su asistente personal, y debería serlo, haría de esas dos cosas en mis principales objetivos.

Preston la fulminó con la mirada mientras hacía tamborilear los dedos contra el escritorio; la vena de su cuello se hinchaba más con cada palabra que ella decía.

—Lamento interrumpir —dije, haciendo que se diera la vuelta—. Señor Parker, hay algo urgente

que debe atender, así que tendrá que suspender la entrevista con la señorita Proby.

—Lo entiendo. —La chica se puso de pie y le tendió su mano a Preston.

Él se limitó a mirarla fijamente.

Me aclaré la garganta y después le indiqué que le diera la mano.

—Estando en contacto —se limitó a decir Preston en tono cortante.

—¡Eso espero! —La joven cogió el bolso y pasó junto a mí, cerrando la puerta al salir.

—¿No tenemos una aplicación para que los clientes hagan las reservas en mis hoteles? —preguntó mirándome.

—La tenemos. Y, antes de preguntas, sí, su eslogan es mejor que el de los hoteles Hilton.

—Soy muy consciente de eso. —Sonrió—. No pensaba preguntarte eso.

—Claro que no...

—¿Hay alguna forma de que pueda convencerte para que sigas trabajando para mí? ¿Un aumento de sueldo? Puedo prometerle que no te estresaré tanto.

—No hay ninguna forma.

—¿Incluso si te ofrezco más acciones? —Se puso de pie y se acercó a mí—. ¿Más beneficios?

—Ya me has dado muchos beneficios y una cantidad muy generosa de acciones.

—Un año más no va a matarte.

—La verdad es que creo que sí...

Soltó una carcajada e hizo desaparecer el espacio que nos separaba antes de inclinarse para besarme.

—No podemos hacer eso aquí. —Lo aparté y retrocedí, sacando mi teléfono—. Tienes una reunión de dos horas con... —eché un vistazo a su agenda— BTL en unos minutos. ¿La has agregado tú? No he aprobado ninguna reunión con B. Thompson Lane para hoy. ¿Por qué tienes previsto reunirte con ellos varias veces esta semana?

—Porque BTL no es B. Thompson Lane —me explicó, pasando a mi lado y cerrando la puerta—. Pero he pensado que poner «Boca de Tara Lauren» habría sido algo demasiado inapropiado para que mi asistente personal lo aprobara.

Me reí, y sus labios se encontraron con los míos en un beso.

—Necesito que tú te encargues de todas las próximas reuniones internacionales.

—¿De verdad?

—Sí. —Me pasó los dedos por el pelo—. He empezado a trasladar los efectos personales de Violet a mi casa, pero aún no he encontrado su pasaporte. No me siento cómodo dejándola aquí sola mientras viajo.

—Pensaba que me habías dicho que no sabías nada de niños...

—Sé que no les gusta que los dejen solos. —Deslizó un dedo por mis labios—. ¿Es necesario que te acompañe algún becario?

Negué con la cabeza.

—Solo el chófer.

—¿El jefe te trata un poco mejor ahora?

—No. —Sonreí—. Pero es muy bueno en el sexo.

Se rio y me empujó contra la pared.

—Cancela todo lo que tengo previsto el resto del día.

VEINTICUATRO

PRESTON

Algunas noches después, me desperté con dolor en el pecho y el corazón sumamente acelerado. Por muchas pastillas que tomara para la ansiedad, cada noche era más difícil que la anterior y siempre me traían recuerdos de mi hermano. Siempre eran las mismas imágenes: de Weston peleándose conmigo en el patio cuando éramos niños, discutiendo en el autobús del colegio, pegándonos por cualquier cosa...

Suspirando, me di la vuelta y me encontré cara a cara con los ojos del osito de Violet.

«¿Qué coño...?».

Me senté y vi a Violet durmiendo a mi lado en la cama. Era la quinta noche consecutiva que se había metido en mi cama en medio de la noche, y ya me estaba acostumbrando. La besé en la frente, la arropé bien con las mantas y me fui a la cocina.

Al abrir la nevera, negué con la cabeza al ver todos los tetrabriks de zumos, la fruta y los minibocadillos que había allí para Violet. Gracias a Tara, la niña tenía su propio nutricionista que le preparaba menús semanales y se aseguraba de que siempre tuviera la nevera y el congelador llenos con comidas para niños y adultos en un porcentaje del ochenta y el veinte por ciento, respectivamente.

Cogí un zumo de manzana y una bolsa de galletas con forma de animales y me los llevé al sofá. Abrí el portátil y busqué alguna tarea en la que pudiera concentrarme durante las próximas horas, pero por primera vez desde hacía una eternidad, lo último que quería hacer era trabajar.

Así que lo cerré y cogí el móvil. Busqué en la agenda el nombre de Tara y marqué su número.

Sonó una vez. Dos veces. Y antes de que pudiera colgar seguro de que aquella llamada había sido un error, respondió su voz familiar y jadeante.

—¿Sí? —dijo—. ¿Sí?

—Hola, Tara.

—¿Me llamas por la remodelación de la escalinata del Grand Rose? Puedo conseguirte el número en dos minutos.

—No.

—Oh, ¿entonces es para hablar sobre el itinerario de mi viaje? Estoy esperando a que Von Strum apruebe la hora de la reunión final, pero tengo todo listo para los encuentros de Escocia y Ámsterdam.

—Tampoco te he llamado por eso.

—Oh..., entonces, ¿qué es lo que quieres?

Suspiré.

—No puedo dormir.

—No sabía que fueras capaz de dormir.

—Contrariamente a lo que dicen los rumores de la oficina, duermo al menos cinco horas cada noche.

—He oído que lo más aconsejable es dormir ocho.

—Yo también lo he oído —repliqué—. Pero no suele conseguirlo casi nadie...

Ella se rio.

— Por eso exactamente piensa todo el mundo que eres un jefe horrible.

—¿Tú todavía piensas eso?

—Sin duda. Eres el peor jefe que he tenido.

—Soy el único jefe que has tenido.

—Eso no me hace cambiar de opinión. —Su risa se convirtió en una carcajada, y me di cuenta de que en los dos últimos años nunca habíamos hablado por teléfono sin que el trabajo fuera el tema principal de la conversación.

—¿Estabas pensando en tu hermano? —me preguntó ella.

No respondí.

—Lamento haberte preguntado.

—No lo lamente —intervine—. Sí que estaba pensando en él. —Hice una pausa—. Estaba pensando que es culpa mía que no tuviéramos relación alguna, pero, sinceramente, no estoy seguro de cómo podría haberlo solucionado. También me gustaría haber conocido a Violet en circunstancias diferentes.

Ella permaneció en silencio, escuchándome.

—No se me da bien el tema ese de los sentimientos, y él solo quería hablar era de sus emociones cuando nuestros padres murieron. Como si hablar de lo que estaba sintiendo los pudiera haber traído de vuelta.

—¿Cómo murieron? —preguntó en voz baja—. Puedes no responderme.

—Fueron asesinados. Muertos a tiros en su casa por una caja fuerte vacía. —Apreté los dientes al recordar la llamada telefónica, y lo que me había dicho el oficial al cargo: «Son cosas que pasan continuamente». Como si acabara de entregarme una multa por exceso de velocidad—. Weston y yo nunca volvimos a ser los mismos después de eso. Casi siempre nos enfrentábamos a las situaciones de manera diferente, y ocurrió lo mismo con el dolor.

—¿Tu hermano era el propietario de The W Hotels, la cadena de hoteles *low cost* que vigila todo el tiempo?

—Sí. —Sonreí—. Él se dedicó a los hoteles baratos y yo a los de lujo. Él lo veía algo a largo plazo y yo no, y he estado tratando de compensarlo desde entonces.

—Entonces no es de extrañar que estés intentando entrar en esa industria con los Von Strum —adivinó—. Estoy bastante segura de que tu hermano también estaba obsesionado con tu cadena.

—¿Quién no lo estaría? Siempre soy el número uno.

Nos reímos y subí el volumen del teléfono para poder escucharla un poco mejor.

—¿Estabas trabajando? —le pregunté.

—Sí, claro.

—Las palabras «sí, claro» siempre significan que me estás mintiendo, Tara.

—Vale, bueno, solo sí. Sí.

—¿Qué estabas haciendo?

—Mejor dime lo que se siente al ser el número uno año tras año. —Cambió de tema—. Aunque creo que no te he oído alardear tanto últimamente.

—¿Qué estabas haciendo, Tara? —insistí—. Y deja de mentirme.

—Estaba haciendo lo que suelo hacer siempre a estas horas de la noche, y estoy pensando en mi jefe.

—No estoy de humor para jugar a las adivinanzas contigo.

—Me estaba masturbando con el vibrador, ¿vale? —dijo en tono burlón—. ¿Eso te parece mejor?

Contuve la risa.

—Me parece mejor que bien. —Me puse de pie y caminé hacia el mueble-bar, y me serví dos chupitos de whisky—. ¿Cuál era tu fantasía esta noche?

—Era lo habitual. —Su noto se había suavizado—. Nada especial.

—Cuéntamelo...

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Permaneció en silencio, y me bebí el primer chupito.

—¿Qué es lo habitual, Tara?

Se aclaró la garganta, pero siguió sin decir nada, y estaba seguro de haber escuchado el zumbido de su vibrador de fondo.

—¿Tengo que repetir la pregunta?

—No... Por lo general, siempre empieza con nosotros dos discutiendo y luego terminamos teniendo sexo encima de tu escritorio.

—Necesito que lo describas mejor —le dije—. ¿Te estoy inclinando sobre el escritorio o te follo encima de él?

Ella contuvo el aliento.

—Me follas encima.

—Sabes que eso no tiene por qué seguir siendo una fantasía, ¿verdad?

—Ya... —Su vibrador sonó un poco más intenso.

—Sin embargo, tendremos que hacer algunos cambios. —Me tragué de golpe el segundo chupito.

—¿Qué tipo de cambios?

—Bueno, antes de nada, es preciso que te sientes en mi cara durante al menos una hora para que pueda recrearme de nuevo en todo lo que adoro de tu coño, así podré asegurarme de que sigas el resto de mis instrucciones durante el resto del día.

Su respiración se hizo un poco más agitada a través de la línea.

—Después de eso, te inclinaré sobre mi silla y te llenaré con mi polla hasta que estés a punto de correr. Y cuando esté seguro de que estás cerca del orgasmo, cuando esté seguro de que tu coño está a solo unos segundos de explotar, te daré la vuelta y te follaré sobre el escritorio hasta que me ruegues que te permita correr. —Hice una pausa—. Pero solo si eso es lo que quieres...

Su respiración sonaba aún más fuerte que antes, y podía escucharla jadear con suavidad.

—¿Es eso lo que quieres? —insistí.

—Sí.

—Bueno. Pues lo haremos en el momento en que regreses de Europa.

—Mmm... —Soltó un gemido suave—. Bueno.

Esperé hasta que su respiración volvió a la normalidad.

—Creo que deberíamos hablar por teléfono sin que sea de trabajo con más frecuencia. —Sonreí.

—No estaría mal.

—También creo que no deberías venir a trabajar durante el resto de la semana.

—¿Qué?

—Ya me has oído —le dije—. Te vas de viaje dentro de dos días, y si te veo mañana, no te dejaré salir de mi despacho.

—¿No quieres que pase y haga un ensayo de las presentaciones?

—Nunca has necesitado practicar —aseguré—. Siempre han sido perfectas.

—Me alegro de que hayas accedido por fin a que me vaya.

—De nada.

—No te he dado las gracias.

—Estabas a punto de hacerlo.

Se rio.

—Entonces, que mañana no tenga que ir a trabajar ¿significa que no me enviarás ningún correo electrónico?

—No te pases. Solo significa que no tienes que responderlos tan rápido.

—Tomo nota. Bueno, me voy a duchar. Hablamos más tarde.

—Hasta luego. —Puse fin a la llamada y me acomodé en el sofá. Por alguna extraña razón, tenía la tentación de volver a llamarla, de sacarme algo de la manga para seguir charlando con ella durante unas horas más.

Mientras seguía pensando sobre ello, su nombre apareció en mi pantalla en un mensaje de texto.

«¿Todavía sigues pensando en ponerte en marcha a las cuatro y media de la madrugada?».

«Sí».

«¿Te importa si te llamo mientras andas de gira por todos tus hoteles? [emoticono de gota de agua] [emoticono de gota de agua] [emoticono de gota de agua]».

«En absoluto [emoticono de paraguas] [emoticono de paraguas] [emoticono de paraguas]».

Me reí y colgué el teléfono.

Cuando estaba dejando a un lado los vasos de los chupitos, escuché el sonido de unos pies en el pasillo.

Violet apareció arrastrando una manta y apretando el osito de peluche, y se subió a mi lado en el sofá. Levantó el tetrabrick de zumo y lo sacudió, frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de que estaba vacío.

—Estos zumos son para el osito y para mí. —Me miró entrecerrando sus ojitos—. No son tuyos. Sonreí, aunque contenía la risa.

—Lo tendré en cuenta.

Se tumbó sobre los cojines y colocó al osito a mi lado. Luego me dijo que yo también podía.

—Buenas noches, tío Preston —dijo.

—Buenas noches, Violet.

VEINTICINCO

TARA

—¿Me oyes? —La voz de Ava surgió entrecortada por la conexión de Skype—. ¿Hola? ¿Hola?

—Te oigo. —Me puse los auriculares y miré por las ventanillas del avión.

—No me volviste a llamar después de la gala —dijo en cuanto su cara apareció en la pantalla del portátil—. ¿Qué dijo tu jefe cuando lo dejaste allí plantado? Y, por favor, dime que esta semana no te has presentado a trabajar.

—No exactamente —admití—. Tuvimos una especie de...

—¿Una especie de qué?

—Echamos un polvo en el cuarto de baño, y luego se la chupé en el coche, y hemos mantenido relaciones sexuales en su despacho varias veces desde entonces. —Hice una pausa—. ¿Me estás juzgando?

—No, estoy cogiendo las palomitas. —Se rio—. Hace mucho tiempo que no disfruto del sexo, así que vuelve a empezar y cuéntame cada detalle desde el principio. Después de saberlo todo, te juzgaré.

Sonreí y me acurrugué debajo de la manta, recordando cada momento que Preston y yo habíamos compartido en los últimos días, incluidas las frecuentes llamadas telefónicas nocturnas que no eran para hablar de trabajo. Sentí que me sonrojaba con cada palabra que decía, deseando en secreto estar de vuelta ya del viaje.

—Guau... —Ava parecía muy satisfecha—. Creo que voy a tener que ir a cambiarme las bragas cuando cuelgue el teléfono.

Me reí.

—Te aconsejo que disfrutes de todo el sexo con él que quieras, pero hazme un favor... —añadió, mirándome directamente—. No dejes que eso te haga olvidar que sigue siendo un jefe terrible: ha conseguido que consientas en aceptar un preaviso de seis semanas para dejar el trabajo en lugar de dos, y, sinceramente, todavía piensa que ha hecho tanto por ti como tú por él... durante los dos últimos años.

—No lo olvidaré.

—Y no te atrevas tampoco a cogerle cariño a su niña.

—Es su sobrina.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Negó con la cabeza—. Sé cómo eres cuando se trata de hombres solteros, sexys y con hijos.

—No me estoy encariñando con Violet. —Me di la vuelta para guardar en la maleta la ropita que le había comprado en Escocia para el osito de peluche—. Créeme. ¿Cómo va la semana de la moda en París?

—¡Pensaba que no me ibas a preguntar nunca! —Se puso a hablarme sobre diseñadores y desfiles durante más de una hora, y justo cuando estaba a punto de contarme lo horrible que era su nuevo jefe, él la llamó por teléfono.

—Es mi jefe. —Puso los ojos en blanco—. Tengo que dejarte.

—Hablabamos más tarde. —Cerré el portátil y fui a la salita de estar del avión, donde pasé el dedo por una de las intrincadas «P» talladas en todos los muebles de madera. Recogí las notas que había

tomado para la próxima reunión y me dejé caer en el sofá.

—Buenas noches, señorita Lauren. —Una azafata con la que nunca había viajado antes entró en ese momento en la cabina—. ¿Qué le gustaría cenar esta noche?

—¿Podría ser pasta sin gluten y ensalada completa? Si no, me valdría cualquier menú sin gluten que tengan previsto hoy.

—¿Qué?

—El menú sin gluten —repetí—. Si sigue siendo la misma que la última vez, me vale la cena normal.

Me miró con expresión confusa.

—Mmm... Miraré lo que tenemos.

Unos segundos después, regresó con una ensalada sencilla y una taza con rodajas de manzana.

—Lo siento, señorita Lauren. No disponemos a bordo de nada de lo que ha mencionado. Mi compañero me ha dicho que nunca hemos servido eso en ninguno de nuestros vuelos, pero es la primera vez que volamos con Parker International, así que me aseguraré de tenerlo para la próxima.

—¿Está segura?

—Completamente —añadió—. Tenemos una cesta de bombones con su nombre, pero la nota del señor Parker indica que se la entregue dentro de unos días. —Sonrió y se alejó, sin saber que me había dejado muy confundida.

Antes de que pudiera seguirla y enseñarle exactamente dónde estaban los menús y las cenas sin gluten, el chófer se detuvo delante de mí.

—Will, ¿has acabado con todos los menús sin gluten? —Sonreí—. Al menos podrías haberlos compartido conmigo.

—Es culpa mía que no haya nada de eso hoy a bordo —dijo, con una mirada un tanto aterrorizada—. Lo siento.

—¿Por qué dices que es culpa tuya? Seguramente sea una equivocación de los del *catering*.

—No. —Negó con la cabeza—. El señor Parker siempre pide suministros de comida a Other Words Catering Kitchen antes de cualquier vuelo que tome. Mi trabajo es recogerlo una hora antes del despegue y traerlo al avión, pero como íbamos retrasados, no tuve tiempo de pasar por el almacén del proveedor.

Me quedé paralizada. Solo había cinco delegaciones de Other Words Catering Kitchen en el país, y ninguna de ellas estaba cerca de Nueva York.

—¿Lo envían desde la Costa Oeste?

—Sí, señorita.

—¿Cada vez?

—Cada vez. —Él asintió y yo me recosté en el asiento.

—Por favor, no le cuente el error que he tenido —suplicó—. Se sentiría muy molesto si lo supiera.

—No lo haré. —Me pasé una mano por la frente, completamente aturdida.

—Me aseguré de que los propietarios de las principales tiendas de moda sepan que está en la ciudad, como hace siempre el señor Parker; así cerrarán el local por usted en cuanto llegue.

—No sabía que el señor Parker avisaba de antemano. —Negué con la cabeza—. Nunca se me ha pasado por la cabeza pensar por qué las tiendas estaban casi siempre vacías cuando compraba en el extranjero.

«No he terminado de enumerar todas las cosas que he hecho por ti...».

Las palabras que había argumentado Preston en nuestra discusión pasaron por mi mente, y me aclaré la garganta.

—¿Puedo preguntarte algo, Will?

—Por supuesto.

—¿Por qué el señor Parker siempre hace entrega a sus empleados de esas cestas de bombones? No es que me esté quejando, pero ¿es algo de lo que también se encarga el *catering*?

—El señor Parker no les regala cestas de bombones a sus empleados. —Sonrió—. Solo a usted.

—¿Como ofrenda de paz?

—No —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado. Luego, como si se sintiera avergonzado de decir las palabras, bajó la voz—. Recuerdo que me comentó una vez que la ayuda a manejar el estrés durante cierto... mmm... momento del mes.

Lo miré boquiabierta mientras palidecía. En general, siempre había estado demasiado estresada como para notar el momento, pensando que el chocolate mensual era otro «regalo de cortesía» para los ejecutivos de la empresa, ya que los bombones casi nunca eran los mismos.

—¿Will? —Lo miré.

—¿Sí?

—¿Podría ponerme al tanto de otras pequeñas cosas que el señor Parker haga por sus asistentes personales?

—¿Además de echarlos o hacer que se despidan? —Se rio—. Ni idea...

—No, es decir, ¿cuáles son los detalles que generalmente tiene con la persona que ocupa este puesto? Ya sé que ofrece transporte privado a las reuniones de negocios y trabajo, pero ¿qué más?

Arqueó una ceja.

—El señor Parker solía enviar a sus asistentes personales en primera clase de vuelos comerciales, ya que nunca sabía si renunciarían en medio del viaje. —Se encogió de hombros—. Usted es la primera que vuela en su avión privado. Y, ¿sabe?, ahora que lo pienso, sus asistentes personales nunca dispusieron de su propio despacho, y mucho menos en una esquina del edificio. Por lo general, trabajaban en un escritorio más grande en la oficina que compartían con los becarios. Ah, y estuve años trabajando para él antes de que comenzara a ofrecerme beneficios. —Se rio.

—Por lo tanto, puedo asumir con seguridad que el descuento mensual que tengo en el ático y los pases para los espectáculos de Broadway no es lo usual.

—En efecto, señorita Lauren. —Sacó el móvil y me lo entregó para que leyera un correo electrónico de Preston. Estaba fechado hacía más de un año—. Sé que nunca ha visto esto. Avíseme cuando haya terminado de leerlo. Puede llevar un tiempo. Me guiñó un ojo y se alejó.

ASUNTO: Señorita Tara Lauren (confirmar la lectura)

Estimado personal de apoyo:

Envío este mensaje ya que todos tienen acceso diario, directo o constante con mi última asistente, Tara Lauren.

Como saben, es la que ha conservado el puesto de asistente personal durante más tiempo entre todos los que he tenido antes, y me gustaría que fuera así durante el mayor período de tiempo posible.

Su trabajo es ya lo suficientemente estresante, por lo que incluyo la lista de todas las cosas que deben hacerse diaria, semanal y mensualmente para garantizar que no tenga demasiado estrés...

Necesito que cada una de estas tareas se siga al pie de la letra. O de lo contrario...

Adjunto la lista.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

Abrí el archivo y lo primero que noté fue que tenía ocho páginas. Incluía de todo, desde la forma en que me gustaba el desayuno y el almuerzo hasta las mejores horas para llevar mi ropa a la tintorería y

los zapatos al zapatero, o asegurarse de que si alguna vez pronunciaba las palabras «Necesito comprar esto», que lo adquirieran y lo tuvieran a mano por si acaso lo volvía a mencionar. También revelaba que disponía de un conserje personal en el ático. Y que todas las veces que había dicho que me sentía estresada y había insistido en que asistiera a «a una cena de empresa en el ático con el mejor chef de la ciudad» nunca era para el resto de la empresa, sino solo para mí.

Cuando llegué al final de la lista, Will reapareció ante mí.

—¿Ha respondido eso a su pregunta, señorita Lauren?

—Sí. —Asentí lentamente, con la cabeza a punto de estallar.

—Excelente. ¿Le gustaría ver las listas actualizadas que nos envió cuando usted alcanzó el récord de trabajar para él un año, o dos?

VEINTISÉIS

PRESTON

ASUNTO: La reunión de hoy con los representantes en Londres + Mi sustituto (¿Entrevistas?)

Solo te escribo para hacerte saber que la ronda de reuniones de hoy fue bien. (De nada).

Adjunto las notas para que las revises.

¿Has tenido suerte en alguna de las entrevistas hasta ahora?

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

[notasencuentroenlondres.pdf]

ASUNTO: Re: La reunión de hoy con los representantes en Londres + Mi sustituto (¿Entrevistas?)

Eso he oído. (Gracias).

Preferiría que añadieras una foto.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

ASUNTO: Re: Re: La reunión de hoy con los representantes en Londres + Mi sustituto (¿Entrevistas?)

Si quieres una foto, necesito que seas un poco más específico... [emoticono sonriente]

Tara Lauren

Asistente personal de Preston Parker,

Director de Parker International

Antes de que pudiera decirle exactamente lo que quería, George entró en mi despacho.

—De acuerdo —dijo—. Tenemos una entrevista con el exdirector de la universidad de Nueva York dentro de una hora, la verificación previa de los antecedentes de otra persona que dice que trabajó en Toys 'R' Us y... —Dejó de hablar cuando vio que Violet estaba jugando en el suelo.

Ella levantó la vista de su libro para colorear y le sonrió.

—¿Quieres jugar conmigo?

George dio un paso atrás.

—Preston, ¿qué es eso?

—Parece un niño, George. Concretamente una niña.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Parpadeó—. Por favor, no me digas que necesitas que vaya contra una demanda de paternidad, porque, por lo que parece, definitivamente es tuya y definitivamente perderás.

Sonreí.

—Es mi sobrina, George. Te lo contaré todo durante el almuerzo.

Su expresión pasó de pánico a simpatía.

—¿Te llama «tío Preston»?

—Sí. —Ella respondió por mí—. Vive en mi osito.

Le lancé una mirada con la que quería decir «No tengo ni idea de lo que está hablando» y miré al osito, que estaba sentado en mi escritorio y comiendo zanahorias.

—Podemos reprogramar las entrevistas —sugirió George, que se había sentado en el suelo junto a

Violet—. No son tan importantes.

—Estoy seguro de que sí que lo son. Solo tengo un mes para encontrar a alguien para que sustituya a Tara.

—Bueno, eso es lo mejor de contratar a una asistente como la señorita Lauren. —Cogió una pintura de cera—. Ha hecho su trabajo de una manera tan eficiente que tienes un colchón bastante decente para encontrar a la persona adecuada. Además, la familia es lo primero, y si quieres recuperar tu alma, es hora de que lo aprendas.

VEINTISIETE

TARA

—Bienvenida a casa, señorita Lauren. —La azafata me dirigió una sonrisa mientras estábamos llegando a Nueva York a altas horas de la noche. Me entregó lo que había sobrado de la cesta de bombones, y un trabajador me llevó las maletas al coche que estaba esperándome.

Will se deslizó detrás del volante y sus ojos se encontraron con los míos en el espejo retrovisor.

—Me alegro de estar de regreso en casa. ¿Quiere que la lleve a su ático esta noche, señorita Lauren?

—¿A qué otro sitio iría a esta hora?

—A ninguna parte. —Sonrió—. Solo era una pregunta.

Se incorporó a la autopista, y esperé unos minutos para ponerme en contacto con Preston.

No quería creerlo, pero lo había echado de menos durante el viaje. Aunque habíamos hablado todas las noches y él me había enviado mensajes que me excitaban muchísimo, me habría gustado que él hubiera estado allí conmigo.

«Debería confesarme a mí misma que quiero verlo esta noche...».

Tardé diez minutos en rendirme, y entonces vi que ya me había enviado un mensaje.

«¿Ya has aterrizado?».

«Sí».

«¿Cuándo planeas informarme personalmente en todas las reuniones? He leído tus notas, pero me faltan las impresiones personales».

«Puedo hacerlo esta misma noche si es necesario».

«Lo es. Estoy en casa. Sube en el ascensor privado».

—Will, ¿puedes llevarme a la residencia del señor Parker en Manhattan?

—Por supuesto, señorita Lauren.

Media hora después, subía junto con los archivos y algunas bolsas en el ascensor privado de Preston.

En cuanto las puertas se abrieron, se me aceleró el corazón al verlo de pie en la cocina vestido con una camiseta blanca y vaqueros. Le estaba sonriendo a Violet al tiempo que le daba una bolsa de palomitas.

—¡Hola, Tara! —Violet se acercó a mí dejando un reguero de palomitas a cada paso—. ¿Quieres ver *Frozen* con nosotros?

—Pues claro. —Dejé los documentos en el sofá y miré a Preston.

—Estaba convencido de que verla dos veces seguida sería suficiente —me informó—. Es la única película que quiere ver.

Miré alrededor, observando la sala de estar, atónita ante lo desordenada que estaba. Los juguetes de Violet aparecían desperdigados por todas partes, y había un montón de masa para galletas a medio

cocinar en la mesita de centro. El escritorio estaba incluso más desordenado, y tuve que parpadear un par de veces para asegurarme de que lo que estaba viendo era real. El Preston que conocía habría llamado al servicio de limpieza cuando hubiera notado que había demasiados papeles desordenados en su mesa.

Violet vio el logotipo del oso de peluche en una de las bolsas de compras que yo llevaba, y tiró de ella como si supiera que era para ella.

—Te he comprado algo mientras estaba fuera. —Me la quité de la muñeca y se la di.

Dejando las palomitas a un lado, rasgó el papel de seda y chilló como una loca mientras sacaba el primer conjuntito. ¡Pijama nuevo para el osito!

Se acercó al peluche sin abrir el resto, y le puso rápidamente la nueva ropa azul y rosa.

—Gracias. —Preston se me acercó y me dio un beso largo e intenso, pasando con ternura las manos arriba y abajo por mi espalda. No me soltó hasta que me quedé sin respiración, y entonces me apretó el culo antes de alejarse.

—No tienes ninguna televisión en tu apartamento —le susurré a Preston—. ¿Dónde estáis viendo la película?

—Tuve que hacerme con una nueva hace unos días, en cuanto me di cuenta de que la iba a necesitar. —Me deslizó la mano alrededor de la cintura, dejando que Violet nos guiara por los pasillos hasta la terraza.

En el momento en que salimos, me quedé boquiabierta. En lugar de los lujosos muebles de cuero que habían decorado la estancia, había instalado cuatro filas de asientos de estilo teatro personalizados, junto con muchos sofás de cuero. La barandilla de vidrio que los rodeaba estaba reforzada con barras amarillas a prueba de niños, y la pantalla que teníamos delante parecía recién sacada de un cine para dejarla caer directamente en su propiedad.

—¿Sabes? —comenté—. Una persona normal habría comprado un televisor.

—Por eso, exactamente, no lo he hecho.

—¿Cuánto te ha costado esto?

—Menos de lo que pagué por tener una sucursal del Sweet Seasons en la sede de la empresa.

—¿Cinco ceros?

—Seis.

Contuve la risa.

—¿Qué pasará cuando llueva?

—Una cuadrilla montará mañana unas cajas para cubrir ocasionalmente la pantalla y los muebles —dijo—. También estoy instalando otra sala de cine dentro para cuando ella no quiera venir aquí. — Parecía que su lógica era perfectamente práctica—. Te iba a pedir consejo, pero no quería distraerte de las reuniones. ¿Esto es demasiado?

—¿Tratándose de ti? —Sonreí—. No, en absoluto.

Violet se dejó caer en un asiento en la primera fila y nos miró.

—¡Dale al *play*, tío Preston!

Él se rio y sacó el mando a distancia del bolsillo. Luego me condujo a la segunda fila.

Apoyé la cabeza sobre su pecho mientras se reproducía la película, y él me pasó los dedos por el cabello.

—¿Quieres que repasemos notas después de que termine? —susurré.

—No. —Me besó—. Podemos hacerlo mañana.

—¡Shhhh! —Violet se dio la vuelta y nos miró—. Mi osito no puede oír la película si estáis hablando. Tenéis que estar callados.

Nos reímos, y ella volvió a decirnos que nos calláramos.

En el momento en que se dio la vuelta, Preston me sentó en su regazo y «en silencio» me estuvo besando durante el resto de la película.

Por la mañana, me duché en el cuarto de baño de la *suite* principal, mientras él se encargaba de que entregaran uno de mis trajes en la puerta de su casa.

Compartimos el coche de camino a su cuartel general, cada uno de los dos atendiendo a sus correos electrónicos y a las llamadas telefónicas mientras Violet dormía en el asiento de seguridad.

Solo quedaban un par de semanas para que finalizara nuestro acuerdo, y traté de recordarme que esto era solo algo temporal, y que cuando llegara el momento de renunciar a Parker International, volveríamos a ser unos extraños.

—Deja de pensar en eso. —Se inclinó y me besó como si me hubiera leído la mente, borrando cada uno de mis pensamientos.

«¡Maldito sea...!».

Nos separamos cuando llegamos a la planta correspondiente, y le dije que lo informaría sobre el viaje al mediodía.

Por desgracia, al mediodía estaba más liada que nunca, ya que era el día que debía programar más entrevistas con un posible sustituto, y no creía que fuera a encontrar antes a la persona adecuada.

Respiré hondo y sonreí ante el tercer entrevistado que estaba sentado frente a mí.

—¿Puede decirme por qué quiere trabajar para Parker International?

—Bueno, esta es la segunda entrevista que hago para este puesto, así que espero ofrecer esta vez una impresión mejor. —Se miró la palma de la mano.

—Mmm... De acuerdo, entonces. Bueno, al parecer estás terminando de sacarte el título de Derecho, pero aquí pone que trabajabas en ventas en la sede corporativa de la Librería Borders antes de que cerraran. ¿Puedes contarme un poco sobre tu puesto anterior?

—Ha sido un muy buen trabajo. Me entristeció mucho que cerraran, ¿sabe?

—Ya, pero ¿puedes darme algunos detalles sobre lo que solías hacer allí?

—Mmm..., sí. Espere un segundo. —Se llevó la palma de la mano a la cara—. Creo que aquí fue donde me equivoqué la última vez. Espere. —Comenzó a leer las palabras que llevaba escritas en las manos con un siseo lo suficientemente fuerte como para que yo lo escuchara—: Di algo sobre ventas y unidades. No menciones nombres ni detalles, así no te podrán hacer demasiadas preguntas específicas. Mira el currículum en la otra palma. No te mires demasiado las palmas. —Bajó la palma de la mano izquierda y luego miró la derecha.

Me pellizqué el brazo para asegurarme de que esto no estaba sucediendo de verdad.

—Bueno, pues... —Se aclaró la garganta—. Me encantaría hablar sobre mi empleo anterior si, y solo si, me ofrecen la oportunidad de una segunda entrevista. En este momento, mi currículum habla por sí mismo.

La miré, tentada de decirle lo que le espetaría Preston si estuviera sentado a mi lado.

«Sal de mi despacho. ¡Ahora mismo!».

—Pues seguiremos en contacto —le dije, poniéndome de pie y ofreciéndole mi mano.

—Oh, Dios mío, ¿en serio? —Sonrió—. ¡Sabía que esta vez llegaría a la segunda ronda! —Me estrechó la mano y salió del despacho.

En el momento en que la puerta se cerró, taché su nombre de la lista. Me quedaba media hora libre hasta el mediodía, así que decidí consultar los datos de otro solicitante, pero descubrí un correo

electrónico que me dejó estupefacta.

ASUNTO: Gracias por hacérselo saber (AveryCon)

Señorita Lauren:

Gracias por responder con una carta tan reflexiva a nuestra oferta de trabajo. Lamentamos no poder trabajar con usted durante la próxima etapa de su carrera, aunque, sinceramente, le deseamos lo mejor.

Max Reynolds

Director de AveryCon

«¿Qué coño...?».

Nunca les había enviado una carta de rechazo. Empecé a escribirles diciéndoles que debían de estar equivocados, pero en ese momento llegó a mi bandeja de entrada otro correo del mismo estilo, esta vez de la empresa con la que había tenido una entrevista la semana pasada. Me llevó cinco segundos comprobar la carpeta de correos enviados para darme cuenta de lo que había ocurrido.

¡Agg! Preston...

Salí de mi despacho y entré en el suyo, pero él no estaba detrás de su escritorio. Sin embargo, tenía el portátil abierto y su café todavía humeaba en la taza.

—¿Preston? —Lo llamé.

Sin respuesta.

Sin saber muy bien qué pensar, fui por el pasillo hacia la *suite* privada y lo vi durmiendo en la cama roncando suavemente, con Violet también dormida, recostada contra su pecho.

Quería darle un buen golpe, pero pensé que sería injusto hacerlo si estaba durmiendo, así que encendí la luz. Me acerqué y los cubrí con la manta, pero antes de que pudiera alejarme, Preston me cogió por la muñeca.

Al abrir los ojos, me miró con intensidad, y luego se levantó despacio.

—Gracias por haberme dado un descanso para almorzar —dijo Cynthia, entrando en la habitación. Miró nuestras manos entrelazadas e inclinó la cabeza hacia un lado.

Preston no hizo ningún movimiento para soltarme la mano; besó la frente de Violet y le susurró a Cynthia que debíamos discutir sobre algo importante.

—No me llames a menos que sea una emergencia —le comunicó.

Me llevó hasta su despacho y cerró la puerta detrás de nosotros.

—En este momento estoy muy cabreada contigo —le advertí.

—¿Y eso es nuevo? —Sus labios se encontraron con los míos al instante, y le rodeé el cuello con los brazos mientras él pasaba las manos alrededor de mi cintura hasta llegar a mi trasero. Luego me levantó contra él, y me llevó a su escritorio.

—Espera —le detuve, alejándome de él—. ¿Por qué has hackeado mi cuenta de correo electrónico para enviar cartas de rechazo?

—Por enésima vez, hackear algo implica que no puedo adivinar la contraseña. —Él sonrió mientras me pasaba el dedo por los labios—. Aunque me gusta tu nueva contraseña, «sexoconmijefe», mucho más que la anterior.

—Me has dicho que no te importaba que me marchara.

—¿Eh? Yo nunca he dicho eso.

—Sabes a lo que me refiero... ¿Por qué has enviado una carta de rechazo a AveryCon sin decírmelo?

—El director de AveryCon está a punto de ser acusado de unos serios cargos de fraude. No debes subirte a un barco que está hundiéndose. No quedaría bien una mancha en tu currículum.

—¿Y qué pasa con The H Company? ¿El señor Horford está también a punto de ser acusado de fraude?

—No. —Sonrió de nuevo—. En ese caso, sencillamente no me cae bien.

—¡Oh, Dios mío...! —Traté de alejarlo, pero él me lo impidió.

—No tiene buena reputación, Tara.

—Tú tampoco.

—Antes de hacerlo contigo, nunca me he acostado con una empleada, y nunca he despedido a nadie porque no quisiera acostarse conmigo.

No dije nada.

—No he enviado correos a nadie más. —Parecía sincero—. Solo esos dos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Me besó la frente y pasó la mano entre mis muslos, dejándome sin palabras en unos segundos. Al moverla más profundamente, sonrió cuando se dio cuenta de que no llevaba bragas que tuviera que quitarme.

Agachándose, me subió la falda despacio, llenándome la piel de besos. Luego dio un paso atrás y se sentó en la silla. Luego la bajó, por lo que quedó por debajo de la altura del escritorio, pero no apartó los ojos de los míos.

—Siéntate en mi cara —me pidió.

—¿Aquí?

—Sí. —Me miró a los ojos—. Aquí.

No me dio la oportunidad de adivinar nada. Me cogió por las caderas y me empujó hacia adelante.

—Sujétate.

Así lo hice, agarrando la madera para ponerme sobre él. Sin una palabra más, me cogió el trasero y me sostuvo mientras enterraba la boca en mi coño.

Gemí cuando noté su lengua jugando entre mis pliegues.

—Oh, joder...

Me succionó el clítoris con parsimonia, chupándolo con tal minuciosidad que me obligó a clavar las uñas en la madera de la estantería.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás mientras él mantenía su imprudente ritmo; no podía concentrarme en nada más que la presión que se acumulaba entre mis muslos, la sensación de su boca controlando mi placer.

—Espera... Ve más despacio... —Sentí que mi coño palpitaba contra su boca—. Preston...

Él gimió y me dio una palmada, sin tener en cuenta mis palabras.

—Oh... Oh... —Arqué la espalda e intenté aguantar un poco más, pero fue inútil.

El orgasmo me inundó en una dura e intensa oleada, y me sujeté a la estantería mientras mi cuerpo se sacudía como nunca antes.

Luego me acarició los costados, y esperó hasta que dejé de temblar para ayudarme a bajar. Sonriendo, me puso sobre su escritorio, apretando las manos contra mis piernas temblorosas.

—¿Podemos volver a la *suite* y acostarnos un rato?

—Por supuesto que no. —Sonrió—. Ahora, vamos a hacer realidad la fantasía de la que me hablaste por teléfono.

VEINTIOCHO

PRESTON

El sexo con Tara era increíble y descontrolado. También se había convertido en una parte importante de mi rutina diaria y mi parte favorita del día. Cada vez era más gratificante que la anterior, y aunque parecía que estábamos haciendo las paces por los dos últimos años, también me habría gustado poder regresar y comenzar de nuevo.

—¿Estás bien? —Le acaricié el cabello mientras ella se apoyaba contra mí en el cuarto de baño. Tenía una pierna envuelta alrededor de mi cintura, y el trasero estaba presionado contra el lavabo.

—Sí, pero tengo que irme ya —dijo ella, sonrojada—. Tengo que una entrevista mañana, y necesito prepararla.

—Es la sexta entrevista para un puesto de asistente personal. Pensaba que querías trabajar de *freelance*.

—Sí —repuso ella—. Pero tengo que comenzar por alguna parte. En algún lugar que no sea aquí.

—Mmm... —La besé en los labios mientras me retiraba lentamente de su interior, y luego tiré el condón a la basura—. Podría ayudarte a prepararte para mañana si quieres.

—Eso es lo que se suponía que debíamos estar haciendo.

—Entonces, puedes quedarte a pasar la noche aquí.

—Eso lo intentamos ayer, y terminamos teniendo sexo encima de la lavadora.

—¿A dónde quieres llegar?

Se rió y me besó, indicándome que le diera el vestido.

—Si termino pronto, volveré más tarde.

—¿De verdad?

—Sí. Es decir, si no me envías un montón de mensajes con garradas para distraerme mientras trabajo.

—No empezaré a enviarlos hasta dentro de cuatro horas.

—Gracias.

La cogí de la mano y la acompañé al ascensor, sin olvidarme de darle un último beso para recordarle que volviera. Luego eché un vistazo a Violet por última vez antes de sentarme en mi despacho.

No quería trabajar esa noche, así que cogí la carta de mi hermano, pero la dejé. En su lugar, saqué el sobre de papel manila de los documentos de Violet y los extendí sobre el escritorio.

Pasé las hojas de su pasaporte y noté que tenía cuatro páginas llenas de sellos: Francia, Gran Bretaña, Tailandia, Australia, México, Japón y muchos sellos de la República Dominicana.

«No sabía que Weston viajara tanto».

Leí los registros del hospital, anotando la fecha de su nacimiento en mi agenda. Hojeé también un libro de fotos en miniatura, ignorando el dolor en mi pecho cuando me encontré cara a cara con Weston ayudándola a montar a caballo, llevándola sobre sus hombros y besando a una hermosa joven morena mientras Violet sonreía al fondo.

Cuando estaba abriendo el mueble-bar donde guardaba los licores, escuché el sonido de las puertas abriéndose y cerrándose, seguido por el ruido de algo cayendo al suelo.

Me puse de pie, fui al pasillo y me quedé paralizado. Violet estaba llorando frente a la otra habitación de invitados con su osito a cuestas.

—¿Violet? —Me agaché hasta que mis ojos quedaron al nivel de los suyos—. ¿Qué pasa?

—No encuentro a mis papás. —Las lágrimas caían por sus mejillas—. ¿Puedes ayudarme a buscarlos?

Cuando la abracé, se puso a llorar más fuerte.

—No pasa nada, Violet. No pasa nada. —La cogí en brazos y la llevé a mi habitación.

Al llegar allí, apagué las luces, retiré las mantas y la acomodé junto a su osito de peluche.

—Lo siento, Violet —susurré, limpiando la última de sus lágrimas—. Haré todo lo posible para cuidarte bien, ¿de acuerdo?

—Lo sé porque vives en mi oso. —Me ofreció una sonrisa llena de ternura.

—¿Qué quieres decir con eso, Violet? —Pensaba que ya habría dejado de decir esa extraña frase, pero todavía la decía al menos una vez al día—. ¿Por qué crees que vivo en tu oso?

—Te lo enseñaré. —Se sentó y cogió al osito para darle la vuelta y abrirle la espalda. Sacó un pequeño álbum azul que decía «La familia de Violet: gente que me ama» y lo abrió.

En la primera página, había una hermosa foto de mi padres de pie frente a nuestra antigua casa.

—Esta es la abuela Rose. —Señaló a mi madre y sonrió—. Yo también tengo un Rose en mi nombre. —Señaló a mi padre—. Y este es el abuelo P. Ahora están en las nubes.

Pasó algunas páginas más de mis padres hasta que llegó a una foto en la que aparecían mi hermano y la que era su prometida.

—Estos son mis papás. Ahora están en las nubes también.

Les dio la vuelta a las últimas páginas del álbum, donde había dos fotos más, imágenes de portadas de *Míster Nueva York*.

—Este es mi tío Preston, es decir, tú. ¿Ves? Vives en mi oso. —Ella me miró—. ¿Estás llorando?

—No.

—Pues te brillan los ojos.

—No estoy llorando.

—Pues lo parece. —Me abrazó—. No pasa nada, tío Preston. Ahora están en las nubes.

VEINTINUEVE

TARA

«EL AMARGO FINAL...».

—¿No estás contenta? ¿Has renunciado a tu trabajo, cariño? —Mi madre sonrió cuando la recogí en el aeropuerto un par de semanas después.—. Dime que siempre he tenido razón.

—¿Qué? Estabas completamente equivocada. Te acabo de decir que lo he dejado, y el último día es el viernes próximo.

—Bueno, pues al final te arrepentirás, Tara. La vida no lleva nada nuevo a los que renuncian.

Negué con la cabeza y señalé el coche. Lo único que lamentaba era haberla invitado a Nueva York a pasar un fin de semana entero. Como Preston estaba yendo con Violet a Disney World para celebrar su cumpleaños, y Ava empezaba en otro nuevo trabajo ese fin de semana, había pensando en hacerle de guía personal por esta ciudad única, uno de los deseos que todavía tenía que tachar de su lista.

«Sabía que debería haber esperado un par de meses más».

—Buenas tardes, señorita Lauren. —Will salió del coche y nos abrió la puerta trasera—. Buenas tardes, señora Lauren.

Mi madre sonrió y se metió antes que yo en el coche.

—¿Tienes planeado algún itinerario, Tara?

—Sí, pero lo haremos mañana. Hoy tengo que llevarme algunas cosas de mi despacho, y tengo que estar en casa dentro de dos horas.

Ella me miró durante unos segundos.

—¿Tu jefe era tan malo como decías, cariño? ¿Estás segura de que no estabas imaginando cosas?

—No estaba imaginando cosas —dijo Will, sonriéndome a través del espejo retrovisor—. Créame.

Le di las gracias con los labios, y él me guiñó un ojo.

—Bueno, si usted lo dice —repuso mi madre, que pareció aceptar las cosas finalmente.

Comencé a cambiar de tema, a preguntarle si quería cenar esa noche algo en particular, pero mi madre me recordó con rapidez que no pensaba abandonar el tema de mi renuncia.

—¡Mira a Bill Gates! —Me lanzó una mirada intensa—. Jamás se le ha ocurrido renunciar.

—Dejó la universidad.

—Steve Jobs nunca renunció.

—También abandonó la universidad.

—Bueno, Ellen DeGeneres...

—Solo estuvo un semestre de la universidad.

—Bueno, esos son solo tres ejemplos. —Sacó el móvil—. Permite que busque algunas personas que admires para que puedas pensarte mejor esa decisión.

Miré por la ventana y contuve un suspiro.

Cuando llegamos al apartamento, mi madre me había leído las biografías de más de ochenta «empresarios» que nunca se habían rendido, y no tenía la energía para decirle que: A) Ninguna de esas personas seguían vivas y B) La mitad de ellos eran personajes de ficción de libros que habían sido *best sellers*.

El portero nos sonrió mientras nos dejaba entrar, y mi madre por fin se rindió. Revisé el buzón y noté que estaba lleno de hermosas y brillantes tarjetas de empleados de Parker International.

*«Querida señorita Lauren:
Por favor, no nos deje con él.
Gracias».*

*«Querida señorita Lauren:
¿Puedo irme con usted? (Sí, solo yo). No creo que mi trabajo sea seguro si no está usted cerca.
Gracias».*

*«Querida señorita Lauren:
Su jefe está más que dispuesto a mantenerla a bordo.
Al menos, eso es lo que he escuchado.
Preston Parker».*

Me reí y leí el resto, observando que por cada tarjeta de un becario había cinco más de Preston. Me sentí conmovida por el gesto, pero por mucho que disfrutara pasando más tiempo con él, sabía que era mejor seguir caminos separados en el trabajo.

Solo esperaba que él sintiera lo mismo que yo sobre mantener entrelazadas nuestras vidas personales.

—¡Guau! —Mi madre giró sobre sí misma en el vestíbulo—. ¿Cuánto te cuesta este lugar al mes? En realidad no, no me lo digas. Ni siquiera quiero saberlo.

Me reí y apreté el botón para que el ascensor subiera.

—Es caro, pero el jefe cubre la mayor parte.

—¿Y seguirá haciéndolo después de que te hayas ido?

—No lo sé. No he preguntado. —Sabía que, incluso si no lo hiciera, tenía más que suficiente ahorrado en mi cuenta bancaria para cubrir esa clase de cosas durante bastante tiempo.

Cuando entramos en la cabina, mi madre se echó hacia delante y me dio un abrazo; un gesto que me cogió completamente desprevenida.

—Tu padre estaría muy orgulloso de ti si pudiera verte ahora, ¿sabes?

—¿Incluso después de que me haya rendido en algo?

—Incluso así... —Sonrió—. Tu padre era un veleta al que le gustaban los cambios. ¿Por qué crees que te presioné tanto para ser lo contrario?

Me reí y la solté cuando el ascensor se detuvo en mi piso. Cuando las puertas se abrieron, la llevé a la sala de *spa* que había a la izquierda, y cuando atravesamos las puertas que conducían a la entrada del ático, Preston se alejó de la pared con una sonrisa.

—No me habías dicho que tuvieras novio. —Mi madre se abanicó de forma coqueta—. ¿Quién es este joven tan apuesto?

—Soy Preston Parker —se presentó, tendiéndole la mano—. Le pido disculpas por todas las cosas que ha escuchado sobre mí durante los dos últimos años. Es un placer conocerla por fin, señora Lauren.

—¿Qué? —Mi madre abrió los ojos como platos mientras le estrechaba la mano—. Tara, ¿este es tu jefe?

—Soy el terrible jefe que ella odia —se burló Preston con una sonrisa, corrigiéndola.

Ella pareció quedarse completamente sin palabras, pues siguió mirándolo y estrechándole la mano.

Esperé a que le soltara la mano, pero al cabo de un rato supe que eso era algo que no iba a suceder.

—¿Mamá? —Me aclaré la garganta—. Mamá.

—Oh, lo siento... —Por fin lo soltó, pero no dejó de mirarlo.

Preston se rio y me abrazó.

—¿Cómo ha llegado tu madre a Nueva York?

—En avión, por supuesto.

Arqueó una ceja.

—¿En un vuelo comercial?

Asentí.

—¿Por qué?

—Porque así es como nos desplazamos las personas normales.

Seguía riéndose mientras me soltaba.

—Podrías haber usado uno de mis aviones.

—Todavía no creo que necesites cuatro.

—Por eso tengo cinco. —Hizo una mueca—. La invito a que vaya en un avión privado a la vuelta.

—¿Podré usar uno cuando empiece mi nuevo trabajo?

—Solo si es para reunirme contigo. —Parecía a punto de empujarme contra la pared y besarme, pero por suerte se contuvo delante de mi madre.

—Tara, ¿este es tu jefe? —repitió mi madre—. Pensé que habías dicho que lo odiabas a él y a todo lo que tenía relación con él.

—Sí. —Lo miré—. ¿No ibas a Disney World?

—Esa era nuestra intención hasta que cierta persona se puso a llorar porque quería que Tara viniera con nosotros —explicó—. No, perdona. Era el oso quien quería que viniera Tara. Están esperando en el coche con Simon.

Sonreí.

—Bueno, me encantaría ir, pero ¿no puede ser otro día? Estoy esperando que me entreguen algunas cosas de la oficina, y mi madre quiere ver Nueva York.

—No me importa ir a Disney World —intervino mi madre—. Hoy. Con él. Cuando quiera...

Contuve la risa, y Preston me apretó la mano.

—Le pediré a Will que se encargue él de la entrega de tus cosas —organizó—. ¿Necesitas coger algo en tu casa?

—No me puedo creer que me preguntes si quiero hacer el equipaje antes de irme de viaje.

—Es una pregunta de sí o no, Tara.

—No —repuse—. «Recuerdo que mi jefe me dice siempre que me comprará lo que necesite cuando llegemos allí» —dije en alemán—. Me pregunto si esa oferta sigue vigente.

—«Tienes suerte de que tu madre esté aquí en este momento» —respondió, en perfecto alemán. Luego se pasó al inglés—. Bueno, podemos irnos ya. A menos que la señora Lauren necesite recoger algo de su apartamento o quiera verlo antes de marcharnos.

—Ya veré el interior del ático cuando regresemos. —Empezó a andar hacia el ascensor, y Preston y yo nos reímos mientras la seguíamos.

Cuando subimos a la cabina, Preston recibió una llamada, y mi madre aprovechó para darme un codazo.

—Retiro todo lo que he dicho sobre tu renuncia —susurró—. Cuando se tiene un jefe con ese aspecto, en especial uno que está claramente interesado en ti, no se debe dejar un trabajo. ¿Es demasiado tarde para pedir que te lo devuelvan?

TREINTA

PRESTON

Miré a Tara, que dormía al lado de Violet, mientras el avión empezaba la maniobra de aterrizaje. Sostenía al osito en una mano y una bolsa con piruletas de Mickey Mouse en la otra. A diferencia de mí, Tara no tenía problemas para limitar los dulces diarios de Violet, y me había alegrado mucho de que nos acompañara en el viaje.

El viernes siguiente sería su último día de trabajo, y aunque no estaba cien por cien convencido de su sucesor, ya lo había aceptado. Después de que terminara la fiesta de despedida en las oficinas, estaba decidido a preguntarle si podíamos continuar lo que fuera que hubiera estado pasando durante las últimas semanas entre nosotros.

No me interesaba salir con nadie más, y sabía, sin lugar a dudas, que los sentimientos que tenía por Tara eran más profundos que el sexo.

—¿Es demasiado tarde para que recupere su trabajo? —Su madre entró en la cabina—. Puedes decirme la verdad, y encontraré la manera de hacer que cambie de opinión.

—Tara ha tomado la decisión correcta. —Volví a mirarla—. Ha llegado la hora de que tome una dirección diferente.

—¿Crees que tiene potencial como abogada?

—No —repuse con sinceridad—. Creo que tiene potencial como directora. En cualquier otro puesto estará desperdiciando su talento.

Sonrió y cogió un tazón con rodajas de manzana.

—¿Sabes?, tiene el sueño ligero y odia las grandes declaraciones. —Su madre me miró como si pudiera leerme la mente—. Dile ahora cómo te sientes. Es decir, yo lo haría si fuera tú.

—No tengo idea de lo que está hablando. —Sonreí—. Solo somos amigos, y es mi exempleada.

—He pasado los tres últimos días con vosotros dos, y este es el único momento en el que no os estáis tocando. —Me lanzó una mirada de complicidad y regresó a la *suite* del fondo—. Sois mucho más que amigos.

Cuando la puerta se cerró, valoré la opción de despertar a Tara y pedirle que viniera conmigo a la *suite* principal, pero me empezó a vibrar el móvil. Era un correo electrónico de George.

ASUNTO: Recomendación de Tara Lauren

Preston:

Por favor, no me digas que le has dado a Tara la carta de recomendación para su próximo trabajo.

George Tanner

Abogado jefe de Parker International

ASUNTO: Re: Recomendación de Tara Lauren

Por supuesto que lo he hecho. Y de mil amores. Incluso escribí la última carta de recomendación yo mismo.

Preston Parker

Director y propietario de Parker International

ASUNTO: Re: Re: Recomendación de Tara Lauren

Ahora no es un buen momento para estar de broma, Preston.

*Lo digo en serio.
Ahora mismo no-me-hace ninguna gracia...
George Tanner
Abogado jefe de Parker International*

*ASUNTO: Re: Re: Re : Recomendación de Tara Lauren
Ni a mí. (Por cierto, podrías haber usado comillas en lugar de esos dos guiones).
Preston Parker
Director y propietario de Parker International*

*ASUNTO: Re: Re: Re: Re: Recomendación de Tara Lauren
Entonces, ¿tú personalmente la has recomendado para que sea consejera general interina? Eso es bueno.
Muy tierno. El único problema es la maldita compañía con la que hará eso.
Por favor, mira el documento adjunto.
George Tanner
Abogado jefe de Parker International*

*Abrí el archivo y el suelo se abrió bajo mis pies.
«¿Qué coño...?».*

TREINTA Y UNO

TARA

—¡Un brindis por la mejor asistente personal en la historia de Parker International! —Cynthia levantó la copa de champán—. ¡Tara Lauren!

Todos en la sala lanzaron vítores y chocaron sus copas, mientras yo les ofrecía mi mejor sonrisa. Hasta ahora, había habido canciones de despedida, un poema grupal llamado *Por favor, no nos dejes, Tara* y un baile dramático muy raro que se titulaba *No, de verdad. Por favor, no nos dejes, Tara*.

Por alguna razón, Preston no estaba, y desde que habíamos regresado de Disney World me había parecido muy nervioso. Como si estuviera irritado por algo.

«Posiblemente porque los Von Strum todavía no han firmado el contrato».

—Muchas gracias a todos por esta fiesta —dije, poniéndome de pie sobre una silla—. De verdad, significa mucho para mí. Aunque tengo que marcharme, haré todo lo posible para pasar a tomar un café del Sweet Seasons para hablar con vosotros siempre que pueda. Hice una pausa—. Bueno, con algunos de vosotros.

Todos se rieron.

—Aseguraos de ofrecerle a mi sucesor, Taylor, todo el apoyo que necesite.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Cynthia.

—Taylor.

Todos los presentes la sala se rieron, excepto Taylor y yo, así que me encogí de hombros y me bajé de la silla.

Saqué el móvil y le envié un correo electrónico a Preston.

*ASUNTO: Mi fiesta de despedida
Te la estás perdiendo.
Tara Lauren
Asistente personal de Preston Parker,
Director de Parker International
(Envíen todas las solicitudes a su nuevo asistente,
Taylor Milton, a través de taylormilton@parkerhotels.com)*

*ASUNTO: Re: Mi fiesta de despedida
Soy consciente de ello.
Preston Parker
Director y propietario de Parker International*

*ASUNTO: Re: Re: Mi fiesta de despedida
¿Ha pasado algo? Me lo puedes contar. (Has estado fuera toda la semana)
Tara Lauren
Asistente Personal de Preston Parker,
Director de Parker International
(Envíen todas las solicitudes a su nuevo asistente,
Taylor Milton, a través de taylormilton@parkerhotels.com)*

No me respondió, y para cuando se acabó la tercera tarta y se escuchó la canción final, mis compañeros de trabajo empezaron a marcharse.

Esperé hasta que solo quedaron algunas pocas personas y fui a su despacho.

—Espere un segundo, señorita Lauren. —Cynthia se detuvo frente a mí, bloqueándome el paso—. Quiero disculparme por la forma en la que te traté cuando llegaste aquí. No te lo merecías.

Sonreí.

—Acepto tus disculpas.

—También quería agradecerte que me hayas recomendado como niñera interina de Violet. Ahora que estoy comprometida, ha sido una bendición dedicarme a un trabajo menos estresante. —Sus mejillas se pusieron rojas, como solía ocurrir cuando estaba a punto de pedirme algo—. Me gustaría saber si podrías preguntarle al señor Parker si yo podría ser la niñera definitiva, ya que ha estado entrevistando a tres personas al día y todavía no ha dado con una.

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

Me miró como si me hubieran crecido dos cabezas.

—¿Estás bromeando, verdad?

Me encogí de hombros.

—Estoy segura de que lo considerará. Has hecho un gran trabajo hasta ahora.

—El señor Parker no considera nada, ni siquiera qué corbata usar, sin preguntarte primero —dijo—. Cada vez que le digo que ha recibido una propuesta, me pregunta si la has leído tú antes. Nadie llega a él sin pasar por tu filtro.

—Violet es un asunto diferente, Cynthia.

—No. —Negó con la cabeza—. No lo es. Y sabes que da igual que sigas trabajando aquí o no: él te pedirá tu opinión sobre la elección final de todos modos.

Lo había mencionado hacía unas semanas.

—Está bien, le haré saber que debe considerarte, pero es Violet quien tiene la decisión final.

—Gracias —repuso—. Una última cosa, Tara. ¿Alguna vez te dije que el señor Parker se enteró de lo del grupo de apuestas?

—No. ¿Te obligó a cancelarlo?

—No. —Sonrió—. Se unió...

«Figúrate...».

—Bueno es saberlo. ¿Porqué me lo estás contando?

—Porque fue quien ganó. —Me guiñó un ojo mientras se dirigía a la puerta—. Nos dijo que durarías al menos dos años. —Me deseó suerte por última vez antes de salir.

Me quedé quieta ante mi escritorio y recogí una caja de archivos para Preston antes de ir a su oficina.

Para mi sorpresa, él no estaba hablando por teléfono ni en medio de una reunión. Estaba sentado a su escritorio, absorto en el infinito.

—Hola. —Entré y cerré la puerta—. ¿Qué te pasa?

No respondió. Me miró de arriba abajo como siempre, y permitió que una sonrisa le cruzara los labios, pero no dejó que se quedara.

—¿Qué está pasando, señorita Lauren? —preguntó.

—Bueno, tengo todo lo que necesitas para la reunión final con el señor Von Strum. —Dejé la caja en su escritorio y saqué un paquete de bolígrafos—. Asegúrate de llevar estos cuando vayas y no uno de tus bolígrafos caros: ya sabes que odia las muestras de riqueza. Y asegúrate también de invitarlo a cenar en un lugar modesto.

—Vale. ¿Algo más?

—Sí. —Saqué una carpeta codificada por colores que decía: «Haz tú mismo tu maldita lista»—. He diseñado esto para ti. Se lo he enseñado a Taylor un poco durante las últimas semanas, pero sé que le llevará un tiempo comprender cómo funcionan las cosas, así que cada vez que sientas que necesitas una segunda opinión o quieras simplificar algo, hojea esto antes de despedirlo, ¿de acuerdo?

Me cogió la carpeta, pero no dijo nada.

—He puesto copias extra en tu escritorio y por todo el despacho —expliqué sonriendo—. Ah, y quiero que sepas que, aunque los dos primeros años fueron difíciles para mí, las seis últimas semanas han resultado increíbles. Espero que podamos vernos con la misma frecuencia a pesar de que estaremos trabajando por separado, ¿sabes?

—No, no sé —espetó—. Me gustaría poder decir que siento lo mismo que tú, pero no es así. Y después de que hoy salgas de mi oficina, no quiero volver a verte.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque no quiero exponer a Violet a tu comportamiento traidor.

—¿Es esto algún tipo de recorrido por los recuerdos? —Sonré—. Estoy segura de que hay una onza de chocolate en el café, y le he dicho a Taylor innumerables veces lo particular que eres sobre tomarlo a la temperatura adecuada.

—No se trata de una onza de chocolate —dijo, en tono seco—. Se trata de que me has traicionado a todos los niveles posibles.

—Preston, ¿de qué me estás hablando?

—Me has dicho que tus dos opciones principales para el próximo trabajo eran LimeCorps y Tate-Hills. Me aseguraste que después de trabajar en cualquiera de esas dos empresas durante un año, ibas a hacer algo tú misma. Nunca comentaste nada sobre Marriott.

Suspiré. Estaba guardando la conversación para la cena.

—¿Tienes idea de lo que pienso de eso? —dijo, mirándome.

—Es solo un puesto eventual de un año —expliqué—. Y su oferta fue la mejor de las tres; te aseguro que iba a contártelo.

—¿Cuándo? ¿En tu maldito primer día?

—Preston...

—De todos los lugares de esta ciudad que podías elegir después de trabajar para mí... Tienes que ser consciente de que esto crea un conflicto de intereses personal y profesional. —Estaba hablando tan alto que yo no podía decir nada—. Abandonar la marca de hoteles de lujo número uno para trabajar en la marca de hoteles de lujo número dos. Eras mi mano derecha, mi confidente, mi todo... —Golpeó la mesa con el puño—. ¿Qué crees que la junta directiva está pensando en lo competente que eres en este momento para contratarte?

—Siempre has dicho que no son tu competencia.

—Y no lo son. —Se levantó de un salto—. Para mí, al menos. Pero yo sí lo soy para ellos. ¿No crees que te harán preguntas sobre todo lo que has aprendido aquí en los dos últimos años?

—Voy a ocupar un puesto como abogada. No participaré en las decisiones diarias de la dirección, y solo voy a estar allí para tener experiencia extra en el tema legal de una empresa. Una compañía diferente —dije, tratando de mantener la voz tranquila—. Y sí, debes saber que me gusta trabajar en la industria hotelera.

—Entonces puedes quedarte aquí y obtener esa experiencia que quieres. —Siseó—. Te he dicho que te daría todo lo que quisieras para que te quedaras. Cualquier cosa.

—Con el debido respeto, necesito aprender cómo funcionan las diferentes capas de la industria, y

necesito aprender bajo otro tipo de liderazgo. Ya no puedo trabajar para ti, en ningún campo. No pensé que...

—No, está claro que no has pensado. —Me interrumpió—. Si me hubieras dicho que estabas considerando enviar allí el currículum, te habría dicho que el director es un mentiroso y que lo que sea que te haya prometido no lo hará. También te habría dicho que de ninguna manera voy a seguir saliendo contigo y durmiendo contigo cada noche mientras hablas con él todos los malditos días.

—De verdad, me gustaría que me dieras la oportunidad de explicarte... —dije, mirándolo con los ojos entrecerrados—. Esto no es lo que crees que es, y he hecho las diligencias precisas para asegurarme de que no habrá un conflicto de intereses.

—Se convirtió en un conflicto de intereses en el momento en que hiciste una entrevista con ellos y no me lo dijiste —aseguró, apretando los dientes—. Sal de mi despacho. Ya.

—¿Perdón?

—Que salgas de mi despacho —repitió las palabras, esta vez en un volumen más alto—. Seguramente tienes un despacho en Marriott donde puedes malgastar el aliento y hablar de todas las cosas en las que no has pensado. Yo ya te he escuchado suficiente.

—Preston...

—No tuve la oportunidad de llamar a seguridad el día que nos conocimos. —Levantó el teléfono—. ¿Quieres que lo haga ahora?

—De hecho, te reto a que lo hagas. —Faltaban unos segundos para que lo perdiera—. Si dejaras de hablar por una vez y finalmente escucharas a alguien que no fueras tú, verías que estamos diciendo lo mismo. Quiero trabajar para mí misma.

—Pero antes lo harás en Marriott, ¿verdad? ¿Por eso no me lo has dicho?

—No te lo he dicho porque sabía cómo reaccionarías.

—Entonces, ¿sabías que esto iba a ocurrir? —Apretó un botón del teléfono, sin dejar de mirarme—. Necesito que alguien acompañe a la señorita Lauren fuera de mi propiedad. Ahora. Y, ya que estamos, es considerada oficialmente *persona non grata* en todos mis hoteles a partir de ahora. Asegúrense de que el personal que trabaja en las barras de desayuno esté al tanto de este hecho en caso de que vuelva a aparecer.

Negué con la cabeza.

—Gracias por demostrarme que eres exactamente quien pensé que eras cuando empecé a trabajar aquí. Gracias por enseñarme también que las seis últimas semanas no han significado nada para ti.

—Ahí tienes la puerta. No necesitas decir nada más antes de irte.

—Puedo garantizarte que nunca volveré a hablar contigo.

—Entonces, ¿por qué sigues moviendo los labios?

Tiré la caja del escritorio y salí de su despacho. Bajé en el ascensor hasta el vestíbulo sin molestarme en echar un último vistazo a mi despacho en la esquina.

TREINTA Y DOS

TARA

ASUNTO: Día de inicio y una enmienda

Señor Greywood:

Si es posible, me gustaría empezar en mi nuevo puesto como asesora general esta semana en lugar de la próxima.

Gracias.

Tara Lauren

Marriott International

UNA SEMANA DESPUÉS...

TREINTA Y TRES

PRESTON

El modesto restaurante en el que estaba sentado me recordó por qué acostumbraba a evitar lugares así tanto como pudiera: los camareros eran todos estudiantes de instituto mucho más interesados en hablar entre ellos que en tomar nota de mi pedido, la cocina estaba muy cerca del comedor y el gerente definitivamente estaba hablando por teléfono con *Page Six*, dados el brillo perverso en sus ojos y la forma en que me seguía saludando desde el otro extremo de la habitación.

«Tengo que terminar con esta mierda».

Esperé hasta que nos sirvieron el «postre», consistente en sándwiches helados prefabricados, y entonces puse los documentos que había que firmar encima de la mesa.

—¿Se unirá la señorita Lauren a nosotros para esta ocasión trascendental? —El señor Von Strum me sonrió desde el otro lado de la mesa—. Esperaba verla una última vez.

—La señorita Lauren es oficialmente una traidora para Parker International, y no estará presente en ninguna reunión en el futuro.

—¿Qué?

George me dio una patada por debajo de la mesa.

—Lo que ha querido decir es que la señorita Lauren no puede venir esta noche, pero quería hacerles saber que se siente feliz de que por fin podamos llegar a un acuerdo en tan excelentes términos.

—Bueno, ¿y cómo podríamos ponernos en contacto con ella? —preguntó—. Solo queremos darle las gracias.

—¿Por qué? —exploté—. ¿Por marcharse? ¿Por pasarse al enemigo?

—Estaba pensando más en que ha sido la persona que me dejó claro qué hará su compañía con mi cadena, señor Parker. Ha sido genial trabajar con ella, ¿sabe?

—No, no lo sé. Es más bien normalita.

—Preston, ya basta. —George lanzó la servilleta encima de la mesa—. Señor Von Strum, ¿puede disculparnos un minuto, por favor? —Se puso de pie y me miró, indicándome que lo siguiera a la terraza del restaurante.

Exigió que el personal nos dejara en paz, y en cuanto se fueron, me miró cruzándose de brazos.

—¿Te has vuelto loco, Preston? Has estado persiguiendo este trato durante demasiado tiempo como para echarlo a perder por la ira que sientes por la señorita Lauren.

—¿Te puedes creer que esté trabajando allí?

—Preston, hemos hablado de esto durante toda la semana. Durante-toda-la-puta-semana.

Negué con la cabeza.

—Fuiste tú quien me dijo que se iba a Marriott.

—Algo que lamento de verdad —dijo, suspirando—. Mira, no conocía todos los hechos. Solo supuse que volvería a ser asistente personal y que la utilizarían como una forma de obtener consejos expertos sobre cómo hacemos las cosas en Parker International.

—¿Y no es eso lo que está haciendo allí?

—Es la abogada general interina, pero solo hasta que la verdadera abogada general regrese de su

excedencia.

—Es la misma mierda.

—Soy tu abogado general, y puedo decirte que no lo es. —Hizo una pausa—. Además, ella vino a hablar conmigo hace unos días para examinar su contrato de trabajo con ellos, por lo que incluso si intentarían que ella les dijera algo, no puede legalmente.

—No es posible que hayan aceptado eso. —Todavía me sentía herido en lo más profundo—. ¿Qué director general de una cadena hotelera en su sano juicio la contrataría y no le preguntaría nada sobre lo que hacía cuando trabajaba para mí?

—Estoy seguro de que muchos lo intentarían. —Se encogió de hombros y luego sonrió—. Pero agregé unos epígrafes fascinantes en letra pequeña que le impedirán responder a cualquier cosa. El mismo tipo de letra pequeña que otra persona usó a mis espaldas.

—¿Ha usado tinta blanca?

—No solo ha usado tinta blanca en el final de su contrato, sino que también agregó pequeñas notas en la primera parte del contrato por el mismo procedimiento.

Contuve una sonrisa. Todavía estaba enfadado.

—Ahora, si no te importa —dijo—, es necesario que entres y no pienses en la señorita Lauren durante cinco minutos para que podamos cerrar este trato.

—No pensar en ella no será un problema.

—Es por eso que la has estado espiando a través del conserje en su apartamento durante toda la semana, ¿verdad?

No dije nada.

—Cinco minutos, Preston. —Señaló las puertas—. Eso es todo.

Regresamos a la mesa, pero el señor Von Strum estaba de pie.

—Lamentamos hacerle esperar, señor Von Strum —dijo George, aterrizado—. ¿Ya no está interesado en firmar el acuerdo con nosotros?

—No se trata de eso. —Sonrió y señaló los papeles, con su firma recién plasmada en cada uno—. Solo quiero largarme de aquí, ya que me niego a creer que el señor Parker lleve a sus clientes de negocios a un lugar donde los camareros ni siquiera se dan cuenta de que solo nos han servido el postre y nada más.

—Tiene razón —convine con una sonrisa, metiendo los papeles en mi maletín—. Pensaba que le gustaba la comida económica.

—Y me gusta, pero eso no es lo mismo que no apreciar una invitación a una cena de lujo. —Soltó una carcajada—. ¿Por qué no me dice dónde cenaría en una noche como esta, señor Parker?

—De acuerdo. —Le estreché la mano y los conduje, a él y a George, al ascensor, que tenía el suelo de goma.

—¿A dónde quiere llevarnos? —preguntó—. Estoy seguro de que a su chófer le va a costar muchísimo llegar aquí con este tráfico.

—No va a necesitar un coche. —Saqué el teléfono—. Cogerá aquí mi helicóptero privado.

Negó con la cabeza.

—No tiene nada mejor que hacer con su dinero, ¿verdad?

—¿Se sentiría mejor si le dijera que tengo una sobrina a la que no le importa nada y solo quiere jugar con cajas de cartón de cincuenta centavos y ositos de peluche?

Se rio y me dio una palmadita en el hombro.

—Solo un poco...

TREINTA Y CUATRO

TARA

Atravesé las puertas de Marriott International otro día más, y cerré la puerta de mi despacho cuando llegué a él, irritada y con el corazón roto. Todavía seguía conectada con la vida de Preston, todavía seguía teniendo el chófer que me llevaba al Sweet Seasons todas las mañanas y todavía algunos de los viejos contactos de Preston seguían llamándome a mi teléfono y me decían cosas que ya no me importaban sobre él.

Como no era tan mezquino como Preston, remití todas esas llamadas a su nuevo asistente personal, e incluso le envié algunos mensajes de texto a Cynthia sobre algunas pequeñas cosas que recordaba de vez en cuando. Por otra parte, como había aprendido una o dos cosas de mi antiguo jefe, bloqueé todos sus números de teléfono y los borré. (Sí, aunque los conocía de memoria).

«Agg... A la mierda con él...».

Imprimí el horario diario del que era ahora mi jefe y saqué el bloc para poder tomar algunas notas.

«Brunch para hablar sobre contratos de propiedad.

Sesión de Skype por la tarde sobre honorarios legales con Voight Company.

Sesión de inventario con los pasantes».

Actualicé el horario de nuevo, sabiendo que eso no podía estar bien. Sin embargo, por mucho que lo actualizaba, esas tres reuniones eran las únicas cosas que aparecían. Miré el calendario de toda la semana y vi que solo había dos o tres eventos por día.

«¿Qué coño es esto?».

Cogí el teléfono del escritorio y llamé a su secretaria.

—¡Buenos días, señorita Lauren! —me respondió al primer timbrazo—. ¿Qué tal va todo durante su primera semana?

—Por ahora va perfecto.

—¡Genial! ¿En qué puedo ayudarla?

—Estaba revisando el horario del señor Greywood, y solo hay dos o tres reuniones por día. ¿Puede pasarme la agenda privada?

—Todo eso está bien. Al señor Greywood le gusta que sus jornadas laborales sean sencillas y que no le provoquen estrés.

—Bueno, dado que la mayoría de estas reuniones se resuelven solas, ¿no sabe a qué se dedicaba la asesora general? Todavía no quiero ponerme en contacto con ella para preguntarle, ya que estoy tratando de ser una buena interina, ¿sabe?

—Si yo fuera usted, me limitaría a disfrutaría del trabajo, señorita Lauren —dijo, y parecía que estaba siendo sincera—. El señor Greywood no confía en las mujeres, y nos ha contratado a usted y a mí para que mostremos una buena imagen. Su verdadero abogado general es un tipo llamado Bob, al que confiaría su vida. Pero ese es un trabajo tan estresante que ninguna mujer podría hacerlo bien. Créame. —Se echó a reír—. Regálese una sesión de *spa* en la planta baja, responda a algunos correos electrónicos y revise la situación cada hora más o menos. Luego respire y sonría, porque, oficialmente,

tiene el mejor trabajo en todo Nueva York.

—Cierto...

—¿Puedo hacer algo más por usted?

—No, pero gracias a usted y al resto del personal por la cesta de bombones.

—La cesta no se la hemos enviado nosotros —informó—. Ha llegado de Preston Parker. —Puso fin a la llamada y yo miré la cesta, tentada de tirarla a la basura.

Lo último que necesitaba en ese momento era algún recuerdo de él. Me levanté y salí del despacho, apagando las luces.

Iba a aprovechar la idea del *spa*.

DOS SEMANAS DESPUÉS...

TREINTA Y CINCO

TARA

ASUNTO: ¿Cómo va tu trabajo en la cadena hotelera número dos?

ASUNTO: Necesito hablar contigo sobre la última vez que estuviste en mi despacho

ASUNTO: Te he llamado cincuenta veces esta semana

ASUNTO: ¿Has bloqueado mi número?

ASUNTO: Sé que ves estos malditos correos, Tara...

Eliminé la última página de correos de Preston y bajé al departamento de tecnología.

—Buenos días, señorita Lauren. —El director me sonrió—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Me gustaría que marcara y bloqueara una dirección de correo electrónico para que no recibiera ningún mensaje suyo de aquí en adelante —expliqué—. Por alguna razón, yo no puedo bloquearla.

—Por supuesto, señorita. ¿Cuál es esa dirección de correo electrónico?

—PrestonCEOParker@ParkerHotels.com.

—Oh... —suspiró—. Veré lo que puedo hacer.

—¿Verá lo que puede hacer? Lo único que tiene que hacer es añadirlo a la lista de bloqueos como todas las demás direcciones bloqueadas.

—Bueno, es un poco más complicado que eso. Se necesita mucha habilidad técnica y, a veces, ciertas direcciones son imposibles de todas formas.

Puse los ojos en blanco.

—Internet es un lugar un poco raro, ¿sabe? Una pura locura.

—¿Cuánto le paga el señor Parker para que no lo añada a mi lista de bloqueos?

—¿Qué? —Se puso tan rojo que supe que había dado en el clavo—. Nada. No me atrevería a aceptar su dinero por algo tan simple como esto. Es decir...

—¿Cuánto le paga?

—Dos mil por semana.

—Le daré el doble.

—Eso es lo que me dijo él que haría si se enteraba —susurró.

—¿Y?

—Me dijo que debía llamarlo cuando eso ocurriera.

—No va a llamarlo —advertí—. Porque, si lo hace, le despediré por confraternizar con la competencia.

—¿Competencia? Marriott no juega en la misma liga que los hoteles Parker, señorita Lauren. Los hoteles Parker son tan adelantados que casi resultan ridículos.

—Eso no es lo que debería decir un empleado. —Lo miré con los ojos entrecerrados—. No lo llame. No me importa lo que le haya ofrecido. ¿Está claro?

Él asintió.

—Clarísimo.

—De acuerdo. —Me di la vuelta para salir de su despacho, pero él me llamó, haciendo que lo mirara por encima del hombro—. ¿Sí?

—Mmm... Me ofreció también una bonificación si podía conseguir que abriera una de las cestas que le ha enviado. —Se fue al almacén principal y lo abrió, para revelar las enormes cestas de regalo que llegaban tres veces al día con la puntualidad de un reloj—. ¿Tanto le costaría abrir una y dejar que le haga una foto? Quiero decir, es solo una imagen, y estaría ayudando a alguien menos afortunado, ¿no?

Negué con la cabeza y me alejé.

«¡Por Dios, Preston!».

TREINTA Y SEIS

PRESTON

No estaba acostumbrado a que Tara no me hablara.

No estaba acostumbrado a no verla ni escucharla durante tanto tiempo, y aunque me costaba admitirlo, me dolía en lo más profundo. Me escocía especialmente cada vez que tenía que llamar a mi nuevo asistente personal, que no era tan bueno como ella, o cada vez que Violet me preguntaba si iba a venir.

Estaba ignorando todos los correos electrónicos y mensajes de texto que le enviaba, y si la conocía como creía que lo hacía, probablemente estaría metiendo todos mis regalos en un armario en algún lugar.

Suspirando, levanté el móvil del escritorio y llamé a Taylor. Respondió al primer timbrazo:

—¿Sí, señor Parker?

—Te has olvidado de traerme la lista de tareas de hoy.

—Ah, sí —repuso—. Ahora voy... —Puso fin a la llamada y entró en mi oficina unos segundos después.

Era un asistente bastante bueno, aunque no comprendía el arte del sarcasmo y no podía traerme un café perfecto ni aunque con ello salvara la vida. Había renunciado a pedírselo, e incluso había usado el «Haz tú mismo tu maldita lista» de Tara para completar ciertos aspectos de su trabajo.

—¿Cuándo vas a comenzar a entregarme algunas de tus anotaciones, Taylor? —pregunté—. Ahora sería un buen momento.

—Correcto. Bueno, tengo todo listo para la reunión del viernes. —Se tocó el labio—. También tengo a punto su agenda para la conferencia en Florida del próximo mes. Además, la organizadora de la fiesta de cumpleaños de Violet dijo que le llamaría pronto.

—Ya le he hecho una fiesta de cumpleaños a Violet este año. Fue un viaje a Disney World.

—Sí, pero... —Se cruzó de brazos—. Me dijo que Violet se estaba adaptando a Nueva York muy rápido con sus nuevos amigos y que, al ritmo que iba, querría una fiesta en la Grand Central Station. He pensado que le gustaría comenzar a planearla ya, ¿no es cierto?

—Fue un comentario sarcástico, Taylor.

—No sonaba a sarcasmo. Parecía que hablaba en serio.

—Esa es la gracia del sarcasmo. —Puse los ojos en blanco—. El próximo año la llevaré a Disney World para celebrarlo. De hecho, sus fiestas de cumpleaños las celebraremos siempre allí hasta que cumpla nueve años.

—Sin embargo, puede permitirse alquilar una parte de Grand Central Station por una noche. Creo que le gustaría, ¿no le parece?

—Sal de mi despacho, Taylor.

—¿Eso es sarcasmo?

Puse los ojos en blanco y contuve un suspiro.

—Gracias por tu trabajo hoy. Puedes irte a casa temprano si quieres.

—¿Puedo añadir algo antes de irme, señor?

—Adelante...

—Bueno, no se lo tome como algo personal, pero no puedo evitar ser como soy, y le agradecería que aceptara que no soy Tara. Nunca seré Tara.

Arqué una ceja.

—Hoy es la primera vez que me llama por mi nombre, y espera que sepa cómo es todo. Solo han pasado unas semanas; ¿no podría darme una oportunidad como individuo sin todas esas expectativas y convenios que tenía con ella? Es todo lo que le pido.

Dejó una carpeta en mi escritorio, sin darme la oportunidad de responder.

—Nos vemos mañana, señor.

TRES SEMANAS DESPUÉS...

TREINTA Y SIETE

TARA

Nunca pensé que vería el día en que echaría de menos trabajar para Preston, pero esa mañana llegué a preguntarme si debía haberme quedado un poco más. Mi agenda estaba vacía, había completado la lista de tareas y la mayoría del personal asistía a una sesión de actualización que los mantendría ocupados durante el resto del día.

Me recosté en la silla y miré la montaña de regalos que había en el rincón. Todavía no había tocado ninguno de ellos, y quería llegar al récord de cuatro semanas antes de leer siquiera una de las tarjetas adjuntas, pero como pasara otra tarde en blanco, tendría la tentación de ceder.

Antes de que pudiera abrir el paquete más cercano, apareció en la bandeja de entrada un correo de mi jefe.

ASUNTO: Necesito ideas

Hola a todos:

Solo escribo para hacerles saber que necesito ideas para organizar una conferencia que quiero celebrar para algunos amigos ejecutivos este mes. Sería para la primera sesión con respecto a la campaña promocional de otoño que llevaremos a cabo el próximo año, así que avísenme si tienen alguna.

No compartan este correo electrónico con nadie que no sea empleado de nivel B o nivel C.

Mark Greywood

Director de Marriott International

Al instante saqué la carpeta de ideas en la que había estado trabajando la semana pasada y me dirigí a su despacho. Llamé a la puerta y me aclaré la garganta cuando entré.

—Bueno, hola, señorita Lauren. —Me sonrió cuando entré, y se pasó la mano por el pelo gris—. ¿Qué tal le va hoy?

—Muy bien. Me preguntaba si podría hablar con usted un minuto.

—Por supuesto, por supuesto. —Me hizo un gesto para que tomara asiento y me ofreció una cesta de pan—. Pruebe alguno de estos bollitos. Son increíbles.

Vacilé.

—No se preocupe, señorita Lauren —me animó—. No contienen gluten.

—Gracias. —Sonreí y probé uno. Luego otro, y otro más.

—Son increíbles, ¿verdad? —Se rio—. No me canso de estas malditas cosas. El chef que los hace es un fuera de serie, y estará cocinando para los ejecutivos de nivel B y C en una fiesta privada mañana, antes de comenzar el trabajo en nuestro hotel del centro.

«¿Por qué no he recibido una invitación para eso?»

—Eso suena genial. Quería enseñarle algunas ideas para la conferencia que está organizando para los ejecutivos. Como será una campaña temática de otoño, debe asegurarse de que todo lo relacionado con el viaje se ajuste de principio a fin a ese tema, para que el trabajo sea inmejorable. —Abrí la carpeta—. Si me concede cinco minutos...

—No sabía que la había incluido en ese correo electrónico —me interrumpió—. No necesito ninguna idea suya, señorita Lauren. Estoy seguro de que son increíbles, pero este es el trabajo de un

hombre, como ya sabe.

—No, no lo sé. ¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que solo la he contratado para que fuera la interina. —Sonrió—. Así que actúe como tal. Haga algunas de las pequeñas tareas por la mañana de la lista de pendientes, revise la bandeja de entrada y deje que su cabecita descansa mientras los chicos nos ocupamos de todo lo demás.

—Pero contribuí a todas las campañas de marketing en Parker International —alegué—. Y ni siquiera entraba en mi trabajo, y algunas de mis ideas eran mejores que las del maldito director de marketing.

—¿Cómo voy a creerme eso? —Inclinó la cabeza hacia un lado, ofreciéndome una sonrisa condescendiente—. El Preston Parker que conozco no se atrevería a dejar que una mujer tuviera opinión sobre nada, salvo sobre lo corta que sea su falda.

—Él no es así. —Hice una pausa—. Una buena idea allí era una buena idea, daba igual a quién se le ocurriera.

—Buen intento, señorita Lauren. —Me guiñó un ojo—. Pero estoy bastante seguro de que conozco al señor Parker mucho mejor que usted. Lleva en esto durante más de una década, como yo, y la única razón por la que es el número uno es porque es un poco más despiadado que nosotros, pero también porque siempre tenemos a las mejores mentes pensantes en la sala: los chicos.

—Vale, mire... —No iba a soportar algo así durante un año entero—. Le agradecería que simplemente escuchara lo que tengo que decir antes de hacer cualquier... —Estornudé—. Lo siento. Como le decía... —Estornudé de nuevo.

Él mordió otro bollito.

—¿Le ocurre algo, señorita Lauren?

—¿Los bollitos llevan ajo?

—Oh, sí... Toneladas. —Sonrió—. Lo más brillante de este producto del chef es que ni siquiera lo notas hasta que bebes vino, pero está ahí. —Sonrió muy ufano—. Es increíble, ¿verdad?

—Tengo que irme a casa. —Sentí que me picaba la garganta, y supe a partir de ese momento que solo iba a ponerme peor—. Ahora mismo.

—Bueno, ¿quiere que le pida un taxi? —preguntó—. De todos modos, suspenderé el servicio de chóferes a partir de mañana. Lamento no haberla incluido en ese correo electrónico.

—Un taxi estaría bien.

Levantó el teléfono y me lo pasó.

—No esperará en serio que llame por usted, ¿verdad?

Esa misma noche, mucho más tarde, gemía mientras sostenía la cámara del teléfono frente a mi cara. Tenía los labios hinchados y los ojos rojos e hinchados.

—Aquí tienes, amiga. —Ava me puso una toalla fría en la frente—. Si te hace sentir mejor, mi nuevo trabajo es una mierda. Ni siquiera puedo decirte con palabras cuánto lo odio.

—Creo que yo también odio mi nuevo trabajo —dije—. ¿Por qué es tan difícil encontrar uno bueno?

—Como si lo supiera. —Soltó una risita—. De todos modos, tu novio ha pasado hoy otra vez por el mostrador.

—No es mi novio.

—Bueno, me topé con él cuando salía, y prácticamente me rogó que hablara con él.

—Preston Parker no ruega.

—Definitivamente estaba rogando. —Me ahucó la almohada detrás de la cabeza—. Le dije que te habías puesto enferma en el trabajo. Muy enferma. No era como una artimaña para que se fuera.

Se alejó unos segundos y regresó con una bandeja con comida.

—Me dijo que me pusiera en contacto con Other Noodles, y me enviaron esto mientras dormías. ¿Puedes creerlo?

Descubrió la bandeja para revelar sopa de pollo y galletas *gourmet*. También había té caliente, *ginger-ale* y una nota:

«Mejórate. (Y, por favor, responde a alguna de mis llamadas).

Preston.

P. D. 1: Sí, los fideos no contienen gluten.

P. D. 2: Todavía me gustaría que estuvieras trabajando para mí, pero aprecio el “Haz tú mismo tu maldita lista”».

—No pienso comerme esa comida de disculpa.

—Sí, lo harás. —Me tendió una cuchara—. También te ha enviado medicinas, y Violet incluye un dibujo de colorines. No me preguntes qué se supone que es, porque sinceramente no lo sé.

Me reí y me senté despacio para tomarme la sopa.

—Después de que me hablara de esa forma en su despacho, ¿tú le darías una segunda oportunidad?

—Veamos. ¿Qué haría si mi antiguo jefe, multimillonario, se enfadara mucho conmigo por ir a otra compañía hotelera y me dijera que me fuera de su despacho? Si este es el mismo multimillonario que se preocupa por mí, tiene una buena polla y quiere estar conmigo mientras me llama todos los días e incluso envía regalos a mi mejor amiga solo para recibir pequeñas pinceladas sobre mi vida... —Se tocó la barbilla de forma pensativa—. No, no le daría una segunda oportunidad. Encontraría otro multimillonario. Aparece uno en cuanto le das una patada a una piedra.

—Espera un momento. ¿Le has estado dando pinceladas de mi vida a cambio de regalos?

—Por supuesto que no. —Cubrió el reloj Cartier que llevaba en la muñeca con la mano—. ¿Qué tipo de amiga crees que soy?

Cogí una almohada y se la tiré.

—Una terrible.

—Dale un poco de tiempo y decide por ti misma —dijo—. Tal y como está actuando, estoy segura de que esperará todo lo que sea necesario.

—Él no está enfermo de amor, Ava. Está acostumbrado a tenerme cerca para ayudarlo a tomar decisiones.

—No, estoy segura de que se preocupa por ti tanto como tú te preocupas por él. —Se apoyó contra el marco de la puerta—. ¿Sabes?, creo que lo odiaste durante el primer año más o menos, pero, después de eso, ya no pondría la mano en el fuego. Seguías yendo al trabajo a pesar de que sabías que tenías suficiente dinero en el banco, y podrías haberte largado con facilidad.

—Por enésima vez, estaba legalmente obligada a ir.

—No estabas obligada a hacerlo personalmente. —Se encogió de hombros—. Podrías haberte quedado en casa y no haber aparecido nunca. ¿Qué habría hecho él?

—Vete de mi habitación.

—Eso es lo que pensaba.

TREINTA Y OCHO

PRESTON

Corté la comunicación de mi teléfono mientras la décima llamada del día iba directamente al buzón de voz de Tara. Nunca había llamado tantas veces a una mujer sin recibir nada a cambio, y dado que ella sabía de sobra que quería hablarle, no estaba seguro de qué podía hacer a continuación. No podía negar que mis días habían sido mucho menos emocionantes sin ella, y, en su ausencia, pasaba mucho menos tiempo en mi despacho.

Sentí un ligero tirón en los pantalones, así que bajé la vista y vi a Violet jugando con una nueva taza deportiva.

—¿Puedes ayudarme, tío Preston? —me preguntó.

Se la quité de las manos y ajusté la pajita.

—Ya está.

—¡Gracias! —Sonrió y ofreció un sorbo al osito. Luego me miró de nuevo—. Echo de menos a Tara.

—Yo también.

—¿No puede venir a jugar con nosotros?

—Vamos a ver... —Saqué el móvil del bolsillo y llamé a su amiga Ava. Me había quedado sin paciencia.

—¿Sí?

—Hola, Ava —respondí—. Soy Preston.

—Ya lo sé. Me acabas de llamar hace dos horas; podría agregar que sin ofrecerme un regalo, así que no tengo información nueva para ti.

Me reí.

—No pienso pasar otro día sin verla. ¿Dónde está?

—Ya no trabaja para ti.

—Soy muy consciente de eso.

—Y ya no te ama...

—Para empezar, no sabía que me amaba.

—Bueno... —jadeó—, y no lo hacía. Te odiaba.

—Por favor, dime dónde está, Ava.

—¿Y no me ofreces nada a cambio?

—Mi mejor regalo será que no te hable de mí todas las noches.

—No está hablándome de ti todas las noches. —Hizo una pausa—. Vale, no, definitivamente ese sería un buen regalo. Está en el 21 Roof Bar, en Park Avenue, en un evento de trabajo.

—Muchas gracias.

—Por cierto, si alguna vez te vuelves a dirigir a ella como lo hiciste en tu despacho, hablaré con todos mis amigos del mundo de la moda y conseguiremos que rebajen todos tus hoteles a una estrella —me advirtió—. También contrataré a alguien para asegurarme de que la próxima onza de chocolate en el fondo del café del Sweet Seasons no sea precisamente de chocolate..., ya me entiendes.

—¿Me estás amenazando?

—Te lo estoy prometiendo —dijo—. Ahora corta la llamada y ve a buscar a la persona con la que quieres hablar.

TREINTA Y NUEVE

TARA

«A quien corresponda:

Gracias por darme la oportunidad de trabajar en una empresa tan misógina. Aprecio de verdad que me traten como a una ciudadana de segunda clase».

—¿Señorita Lauren? —Mi jefe se acercó a mí, así que guardé el primer borrador de mi preaviso de dos semanas—. Señorita Lauren, quiero presentarle al señor Kline. Es el hombre que ha organizado este fantástico evento. ¿No es grandioso?

—Es... algo, sí... —Me mordí la lengua para no decirle que este evento era muy básico. La comida estaba pasada, el tema (el viejo Hollywood) resultaba inexistente y la mayoría de la decoración era anticuada. La «estrella» del evento fue un imitador de Elvis, y, finalmente, no me había quedado más remedio que aceptar que Preston sería siempre el mejor hotelero que había visto esta ciudad.

—El señor Kline lleva trabajando conmigo una década —continuó—. Es alguien de quien puedes aprender mucho, ya que estás ansiosa todo el tiempo por trabajar.

—Es un placer conocerla, señorita Lauren. —El señor Kline me tendió la mano mientras mi jefe se alejaba—. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en Marriott?

—Demasiado...

—¿Y eso cuánto es?

—Un poco más de tres semanas.

—Ah... —dijo, sin soltarme la mano, que acariciaba lentamente con el pulgar—. Bueno, si alguna vez quiere aprender algo de alguien con algo de experiencia, siempre estaré disponible para usted. El señor Greywood me ha dicho que es bastante ambiciosa.

Estaba a punto de vomitar cuando aparté la mano.

—Si cree que estoy dispuesta a acostarme con usted para obtener algo en este mundillo, está totalmente equivocado —le advertí—. Ya he trabajado con la mejor compañía de este negocio, y estoy aquí para tomar notas y ver por qué las empresas como la suya nunca se ponen al día.

—¿Perdón?

—Pensaba que me llevaría un año, pero solo he tardado tres semanas.

—Entonces muy bien... —Entrecerró los ojos mirándome—. Es evidente por qué Preston Parker la dejó marchar. No sabe cuál es su lugar. Típico, de todos modos, de las mujeres que trabajan en este mundo.

Puse los ojos en blanco.

—Que no se sorprenda si el señor Greywood tiene una larga conversación con usted el lunes.

—Que no se sorprenda él si ya no trabajo en Marriott el lunes.

Incapaz de pensar en algo más que decir, se aclaró la garganta y se alejó.

Volví a sacar el preaviso de dos semanas de nuevo, para volver a leerlo desde el principio. Ya tenía tres párrafos en la cabeza que quería modificar cuando sentí unas manos muy familiares alrededor de mi cintura. De repente, recordé cómo esas manos me poseían frente a un espejo, cómo me sostenían contra un escritorio y cómo me sujetaban sobre una mesa de cristal.

—En serio, estoy empezando a pensar que me odias de verdad —susurró Preston, encendiendo cada nervio de mi cuerpo en unos segundos—. ¿De qué otra forma puedes explicarme que haya venido a una mierda de evento como este solo para verte?

Me dio la vuelta y las palabras murieron en mis labios cuando lo miré. Iba vestido con el immaculado traje gris y los brillantes gemelos que llevaba el día que nos conocimos, y estaba consiguiendo que todas las mujeres presentes en aquella terraza miraran en su dirección.

Sus ojos verdes me dejaban de nuevo sin palabras, y mi corazón latía a cien por hora.

—Espero que no estés aquí para decirme que lo sientes —le avisé—. Estás perdiendo el tiempo, porque no pienso perdonarte.

Arqueó una ceja, sin decir nada.

—No me gustó nada la forma en que me hablaste en tu despacho la última vez que nos vimos ni la manera en la que me echaste, como si nada —añadí—. Tampoco apreció que no puedas pasarte un día, solo un día, sin enviarme mensajes de texto y llamarme sin parar como si aún fuera tu asistente.

—Cuando eras mi asistente, te enviaba muchos más mensajes de texto y estaba llamándote a todas horas.

—Ese no es el tema. Ya me has dicho de todo en esos cientos de mensajes y correos electrónicos, salvo las dos palabras que dudo mucho que alguna vez digas. Por lo tanto, a pesar de lo sexy eres y lo que echo de menos sentirte dentro de mí, o estar con Violet...

—Lo siento. —Me interrumpió, apretándome la cintura con más fuerza—. Lo siento, Tara.

—¿Sientes no haberme dado la oportunidad de contarte mi versión de la historia?

—Siento no haberte dicho antes lo mucho que me importas. —Me miró a los ojos—. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo.

—¿Hace semanas?

—Hace años —me corrigió—. En los dos primeros meses que trabajaste para mí.

—Pues tenías una manera increíble de demostrarlo.

—Vuelve, y lo haré mejor.

—Ahora ya tienes a Taylor.

—Voy por el quinto Taylor. —Sonrió antes de abrazarme con fuerza—. Haré lo que sea necesario para recuperarte. Solo quiero verte de vuelta.

—¿Y no estás arrepentido de haberme echado de tu despacho?

—Claro que lo estoy —repuso, y parecía sincero—. Y todavía me he arrepentido más durante las últimas semanas, ya que cierta persona ha hecho lo único que siempre me duele. Lo único que me merecía.

—¿Odiarte?

—Ignorarme. —Curvó los labios en una sonrisa—. No lo soporto más.

—Bueno, ahora estoy con otra persona, así que quizá sea mejor que me sueltes antes de que regrese.

—Voy a hacer que no te he oído —replicó, sonriendo—. Una cosa es denigrar tu trabajo, pero no te atreverías a denigrarme a mí.

—No es inferior porque no tenga mil millones de dólares.

—Es inferior porque no existe. —Me acarició por la espalda—. No me iré hasta que me digas que podemos seguir donde lo dejamos.

—¿Y si digo que no podemos?

—Estarías mintiendo, pero solo tendría como consecuencia que aparecería el lunes en tu trabajo y te lo volvería a preguntar de nuevo.

—El lunes no estaré allí —le dije, satisfecha—. Ya he aprendido todo lo que voy a aprender allí, y estoy redactando el preaviso de dos semanas.

Parecía aturdido.

—¿Eso significa que vas a volver conmigo?

—Demonios, no —dije, sintiendo que me rozaba los labios con los suyos—. Nunca volveré a trabajar para ti.

—Ahora soy un jefe mucho mejor.

—No, claro que no lo eres. —Me reí—. Solo me presenté a este trabajo para poder aprender a desempeñar un papel diferente; así, cuando tenga mi propia compañía, sabré perfectamente lo que debe y no debe hacer una persona en este puesto. No ha sido nada personal, Preston.

—Ahora lo sé —reconoció—. ¿Qué tengo que hacer para que vuelvas conmigo?

—Puedes empezar besándome —dije—. Tendré que redactar una lista de tareas y dejártela en el escritorio para el resto.

Sus labios se encontraron inmediatamente con los míos, y noté la barandilla en la espalda cuando deslizaba la lengua entre mis labios, mientras se tomaba su tiempo para explorar cada centímetro de mi boca. Me acarició los costados al tiempo que me besaba con más fuerza, y me olvidé por completo de que estábamos en público.

Durante varios minutos, solo fuimos nosotros, como si estuviéramos de nuevo en su despacho.

Cuando por fin se separó de mí, tuve que luchar por recuperar el aliento, y nos miraba toda la gente que había en la terraza.

Completamente imperturbable ante la atención que habíamos suscitado, Preston sonrió y me agarró la mano.

—Creo que tenemos que terminar esto en otro lugar —se rio, guiándome a través de la multitud de ejecutivos de Marriott que nos miraban con la boca abierta—. También debemos negociar la idea de que trabajes para mí otra vez.

—Ya te he dicho que nunca volveré a trabajar para ti.

—¿Conoces la palabra «compromiso»?

—¿Conoces la palabra «nunca»?

Soltó una carcajada antes de deslizarse un dedo por mis labios, ya dentro del ascensor.

—Creo que te gustará este trato. De hecho, actualmente estoy en plena redacción del contrato, y creo que los términos son más que justos.

—¿Hay letra pequeña?

—Por supuesto —reconoció, besándome—. Siempre la habrá.

EPÍLOGO

TARA

UN AÑO DESPUÉS... EN DISNEY WORLD

—¿Has terminado, Violet? —Preston le tendió una piruleta de Mickey Mouse.

—¡Sí! —Asintió con la cabeza y se alejó corriendo, volviendo al paseo de las tazas de té locas por enésima vez—. ¡Ven a verme!

Gracias a una gestión de Preston, el parque estaba abierto en exclusiva para nosotros durante todo el día, y Violet estaba disfrutando su cumpleaños con cinco de sus nuevos amiguitos. Aunque ahora ya se había adaptado por completo a vivir con nosotros en el ático de lujo de Preston, todavía se despertaba de vez en cuando preguntando por sus padres. Nosotros le dábamos seguridad abrazándola cada una de esas veces.

Estaba viendo que Preston le hacía fotos dando vueltas en una taza rosa cuando sentí que el móvil vibraba dentro de mi bolsillo.

—¿Sí, Nicole? —respondí.

—Mmm... Hola, señorita Lauren —me saludó mi nueva asistente personal—. Quiero decir, señora Parker. ¿Ya es la señora Parker?

—No hasta esta tarde, Nicole —dije sonriendo—. ¿Va algo mal?

—No, solo la llamaba para informarle de que el acuerdo del día se ha hecho oficial y que el abogado jefe ha finalizado todos los trámites —dijo—. ¿Quiere que se lo envíe por correo electrónico desde su cuenta o desde la mía?

—Puedes hacerlo desde la mía.

—¡OK, genial! Esta es la última llamada que le hago durante las vacaciones, ¡lo juro! —Puso fin a la llamada, y al instante noté la vibración de que me había entrado un correo electrónico.

ASUNTO: El acuerdo del día (Enviado a través de la cuenta principal)

Va toda la documentación adjunta.

Tara Lauren

Directora de Von Strum Hoteles,

División de Parker International

—Creía que habíamos dicho que nada de trabajo en vacaciones —dijo Preston, acercándose a mí.

—Es cierto, pero tú ya has respondido hoy a diez llamadas.

—Eran llamadas relativas a entrevistas para mi próximo Taylor. —Esbozó una sonrisa—. Eso no es trabajo.

—¿Cuántos Taylor llevas desde que me fui? ¿Veinticinco?

—Veintisiete. —Me besó en los labios—. Me encantaría que se quedaran en veintiocho si cierta persona se está cansando de ser directora.

—Nunca. —Solté una risita, mirando a Violet de nuevo—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dispara...

—¿Has llegado a leer la carta de tu hermano?

—Sí, ya lo he hecho...

—¿Y me vas a decir alguna vez lo que ponía?

—Lo haré en otoño. —Él sonrió—. Pero diré que parece que vamos a ser tres hoteleros en la familia.

—¿A qué te refieres?

—Le ha dejado la cadena The W Hotels a Violet —me explicó—. Son suyos todos los hoteles, pero algo me dice que deberíamos esperar hasta que tenga más de cuatro años y medio para decírselo.

—Entonces, ¿al final tendrás tres cadenas hoteleras número uno en sectores diferentes?

—No. —Me besó de nuevo—. Las tendremos nosotros.

CONFESIONES DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

Queridos lectores:

Hace siete años, en 2011, para ser exactos, estaba viviendo la peor etapa de mi vida. Me encontraba en la ruina (solo tenía poco más de dos dólares en mi cuenta) y seguía empeñada en vivir en Pittsburgh, tratando de abrirme camino en lugar de admitir la derrota y volver a casa. Entonces, tuve que recurrir al «robo» de la misma manera en que lo ha hecho la protagonista de este libro. Sin embargo, los hoteles que yo frecuentaba no eran los de la cadena de Preston Parker con un director supersexy. Eran las SpringHill Suites en Bakery Square, los Hampton Inn y, en ocasiones, The Homewood Suites.

Cada vez que pienso en esos días, me desmorono y me echo a llorar, porque el simple recuerdo de estar sentada en el coche devorando comida robada es algo que desearía poder olvidar.

También me gustaría poder olvidar todos los rechazos laborales que recibí en esos días; me tomaba cada uno de ellos como si fuera algo personal, pero, por desgracia, sigo teniendo esos recuerdos tan vívidos como siempre. También debo confesar que en esa época tan terrible la escritura fue lo que siempre me mantuvo en pie...

No sé expresar lo agradecida que estoy de que te hayas arriesgado a leer mi libro, da igual si te ha gustado o no: me siento muy honrada de que le hayas dedicado tiempo a su lectura.

Sé que no soy la autora más «profesional» del mundo, pero gracias por hacerme sentir afortunada.

Si me conociste a través de *Mi jefe*, gracias.

Si fue a través de *Turbulencias*, gracias.

Si fue a través de *Una noche y nada más*, gracias.

Carter y Arizona, *On a Tuesday*, *Thirty day boyfriend*, *Naughty Boss* (y la colección *Steamy Coffee Reads*), *Over Us/Over You*... Gracias, gracias, ¡GRACIAS!

F. L. Y. (Efffín, te amo).

Whitney G.

SINOPSIS DE *DOS SEMANAS Y UNA NOCHE*



A quien corresponda:

Sirvan estas líneas para anunciar formalmente mi renuncia en Parker International (y a su arrogante y condescendiente director), efectiva a partir de hoy en dos semanas.

Ha sido una decisión MUY FÁCIL de tomar, dado que los dos últimos años han sido un horror total. Espero que su nueva asistente ejecutiva tenga toda la suerte del mundo (la necesitará), y si mi jefe me necesita para cualquier cosa en estas dos semanas, que al menos alguien le diga que puede apañárselas sola.

Un saludo (no tan) cordial.

Tara Lauren.

Este es el aviso de dimisión que debí haber mandado con dos semanas de antelación a mi jefe, porque la versión profesional — aquella en la que decía sentirme «agradecida por la oportunidad» y «honrada por haber tenido tan gratificantes experiencias» — fue rechazada con esa sonrisilla sexy tan suya y ese «es altamente recomendable que lea usted la letra pequeña del contrato».

Y lo hice.

Ahora me doy cuenta de que, a menos que finja mi propia muerte, le encucene o encuentre la forma de renegociar ese contrato imposible de entender, estoy atrapada trabajando para uno de los jefes más engreídos y bordes de todo Nueva York.

Y entonces, cuando creía que nada podía ir a peor, me llama anoche a última hora con una proposición difícil de creer...

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



WHITNEY G. (1988, Tennessee, Estados Unidos) es una optimista de la vida obsesionada con los viajes, el té y el buen café. Es autora de varias novelas *best seller* incluidas en las listas de *The New York Times* y de *USA Today*, y cofundadora de The Indie Tea, página que sirve de inspiración para autoras de *indie* romántico.

Cuando no se encuentra hablando con sus lectores a través de su página de Facebook, la podremos encontrar en su web, en su Instagram, en Twitter... Pero si no la vemos en las redes, es porque está encerrada trabajando en una nueva y loca historia...

Mi jefe otra vez es la sexta novela de Whitney que publicamos en nuestra colección Phoebe, después del éxito de *Una noche y nada más* (2017), *Turbulencias* (2017), *Carter y Arizona* (2018), *Mi jefe* (2019) y *Mi jefe otra vez* (2019).

Web: [whitneybooks](http://whitneybooks.com)



FB: [@AuthorWhitneyG](https://www.facebook.com/AuthorWhitneyG)



TW: [@Whitgracia](https://twitter.com/Whitgracia)



IG: [whitneyg.author](https://www.instagram.com/whitneyg.author)



**OTROS TÍTULOS
DE LA AUTORA
EN PHOEBE ROMÁNTICA**

UNA NOCHE Y NADA MÁS WHITNEY G.



Me llamo Andrew Hamilton y soy uno de los mejores abogados de Nueva York. No puedo perder mi tiempo con relaciones románticas, por lo que cubro mis necesidades saliendo con mujeres que conozco de forma anónima a través de una web de ligues.

Tengo un gusto muy particular: rubias y curvilíneas, que a ser posible no sean unas jodidas mentirosas (aunque eso es otra historia).

Mis reglas son muy sencillas: una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Se trata solo de sexo. Ni más. Ni menos.

Por lo menos se trataba de eso hasta que conocí a «Alyssa». Yo pensaba que era una abogada con la que intercambiaba opiniones jurídicas a altas horas de la noche, alguien con quien hablar...

Pero, de repente, se presentó en mi bufete para una entrevista...

Y todo cambió.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Una noche y nada más



TURBULENCIAS WHITNEY G.



Posécme...

Bésame con fuerza...

Tómame una y otra vez...

Al principio fue lo de siempre: chico conoce chica, chico conquista chica, chico se acuesta con chica.

Nuestra historia debería haber terminado justo después de la primera vez, cuando cada uno se fue por su lado.

Pero nos volvimos a encontrar... en otras circunstancias. Unas circunstancias prohibidas.

Y ninguno de los dos fue capaz de resistirse.

Las reglas eran sencillas, la pasión puro escándalo, y nuestros corazones estaban a salvo...

Sin embargo, cuando algo lo consume todo, algo que es tan seductor como irreprimible, arriesgas todo lo que tienes para seguir disfrutándolo, incluso aunque esté destinado a estrellarse y arder.

Pero así somos nosotros.

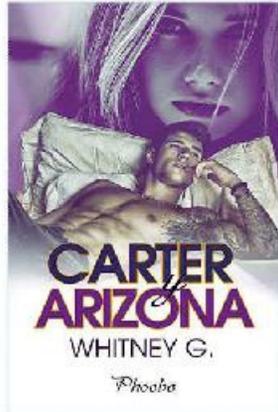
Así es nuestro amor imperfecto.

Lleno de turbulencias...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias



CARTER Y ARIZONA WHITNEY G.



Solo amigos.

Solo somos amigos.

No, en serio. Arizona es solo mi mejor amiga...

Arizona Turner y Carter James son amigos inseparables desde los nueve años. Se lo han contado siempre todo el uno al otro y se han apoyado en todas sus «primeras veces». Y, por supuesto, han sido mutuo paño de lágrimas cuando las relaciones que han mantenido con otras personas han fracasado...

Pero a lo largo de los años, a pesar de todo lo que han pensado los demás

sobre ellos y su amistad, jamás han traspasado la línea.

Nunca se les ha ocurrido.

Nunca han querido...

Hasta que una noche todo cambió.

Así que quizá ahora...

Solo amigos.

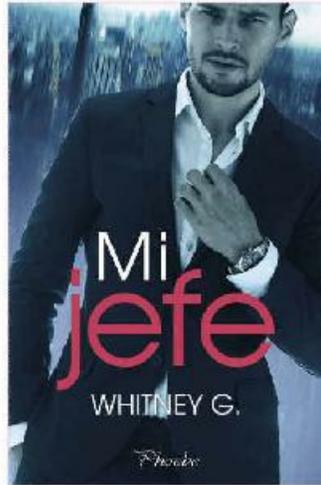
Solo somos amigos.

O eso seguiré diciendo hasta que averigüe si Carter sigue siendo «solo» mi mejor amigo.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Turbulencias



MI JEFE WHITNEY G.



La carrera de Claire Gracen como directora de marketing no podía ser más meteórica, y, además, estaba felizmente casada con el hombre del que había estado enamorada desde la adolescencia; su vida era perfecta...

Espera... ¡No! Era satisfactoria y asombrosa, pero un día se dio cuenta de que todo era mentira, una mentira en la que su mejor amiga y su marido la habían engañado de la peor forma posible. Para superar la ruptura y la decepción, Claire se obliga a hacer un cambio de aires: nuevo trabajo, nueva ciudad, nuevas amigas...

Es entonces cuando capta el interés del hombre más sexy que haya conocido nunca, Jonathan Statham. Jonathan es diferente a todos los hombres que han pasado por su vida: es dominante, está acostumbrado a conseguir lo que quiere, cuando quiere y como quiere, y no está dispuesto a aceptar un no por respuesta... Pero, a pesar de la innegable química que hay entre ellos, Claire lo intenta rechazar... porque es más joven que ella.

Sin embargo, la vida da muchas vueltas, y poco después descubre que Jonathan es el fundador de la empresa donde ella trabaja.

Su jefe.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mi jefe



MI JEFE OTRA VEZ WHITNEY G.



Claire Gracen tiene por fin la vida que siempre ha querido: una carrera profesional que adora como diseñadora de interiores; un hombre, Jonathan Statham, el que fue su amado y deseado jefe, que está dispuesto a hacer todo lo que ella desee y amigos que conocen el verdadero significado de la palabra «amistad». Cuando ella y Jonathan empiezan a preparar la boda de sus sueños para formalizar su compromiso de amor eterno, Claire se da cuenta de que el doloroso pasado que había dejado atrás está mucho más encima de lo que pensaba, y la duda parece querer instala-

larse en su perfecta vida junto a Jonathan.

Para Claire, Jonathan es el prometido perfecto, ¿pero será un marido perfecto? Para Jonathan, algunas conductas de Claire en la recta final hacia su enlace hacen que se llene de preguntas: ¿Claire está poniendo a prueba su amor... o en realidad es ella quien debería estar bajo esa sospecha? Las dudas empiezan a poblar cada vez más el sendero hacia el altar de Claire y Jonathan, y los problemas parecen crecer a cada día que pasa.

Pero no por nada Jonathan ha sido todo un jefe tanto dentro como fuera del ámbito laboral, tanto dentro como fuera de la cama de Claire..., y eso, junto con el amor que se profesan, es algo que está por encima de todos los problemas...

Captura en el código
los primeros capítulos de
Mi jefe otra vez

